

A photograph of a woman's back, wearing a white strapless dress. A single red rose is pinned to her left shoulder. Her right hand is resting on her left arm. The background is a soft, out-of-focus light green.

Para darte Mi vida

De la autora de la Trilogía Quiero

VALERIA CÁCERES B.

PARA DARTE MI VIDA

Valeria Cáceres B.

OceanofPDF.com

Valeria Cáceres B.

Séptima Región del Maule, Linares —Chile

Octubre 2015

1ª edición

Registro N° 1503113439136

©Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que aquí acontecen son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares, es mera coincidencia.

Para darte mi vida

[« Sinopsis »](#)

[« 1 »](#)

[« 2 »](#)

[« 3 »](#)

[« 4 »](#)

[« 5 »](#)

[« 6 »](#)

[« 7 »](#)

[« 8 »](#)

[« 9 »](#)

[« 10 »](#)

[« 11 »](#)

[« 12 »](#)

[« 13 »](#)

[« 14 »](#)

[« 15 »](#)

[« 16 »](#)

[« 17 »](#)

[« 18 »](#)

[« 19 »](#)

[« 20 »](#)

[« 21 »](#)

[« Epílogo »](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Carta a Camilo y Carolina](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

«Me basta mirarte, para saber que con vos me voy a empapar el alma»

Julio Cortázar .

OceanofPDF.com

« SINOPSIS »

Dos personas que caminan en direcciones opuestas en el viaje de la vida, ¿podrán coincidir en algún punto?

Carolina tenía una familia perfecta, o casi.

A la mañana siguiente de su cumpleaños número cuarenta y dos, recibe la llamada que será el detonante en su vida para que un derrumbe le permita renacer.

Camilo irrumpió en su vida con juventud, ternura y amor, a cambio de su sonrisa. El flechazo fue inmediato, sin embargo, la diferencia de edad, los prejuicios, los miedos y manipulaciones de terceros, podrían hacer tambalear lo que los une.

«Con Carolina era fácil subirse entre nubes para alcanzar el sol, pero los miedos de ella eran su mayor tormenta.»

OceanofPDF.com

« 1 »

—*Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, feliz cumpleaños, Carolina, que los cumplas feliz. ¡Bravo!*

Todos los asistentes cantaban y celebraban el cumpleaños número cuarenta y dos de Carolina. La festejada se mostraba risueña y, tal vez, esa sonrisa era la causante de que los años en ella no se notaran.

Con una melena larga y castaña, ojos café oscuro y un vestido negro ajustado, recibía un año más.

Su esposo, sus mejores amigas: Liliana y Paola, su hija de dieciocho años y su madre, la acompañaban en ese bonito día en que todos se reunían para agasajarla.

—¡Ya es hora de abrir los regalos! —Antonia, con una sonrisa igual a la de su madre, se acercó con un obsequio—. Este es el mío.

Carolina, abrazó a su hija. Eran muy unidas. Desde que nació fue su gran compañía; ya que Álvaro, su esposo, tenía una vida caótica por su trabajo y muchas noches debía pasarlas lejos de la ciudad para cumplir compromisos laborales.

—Mamita... Sabes que te adoro, pero *Joaco* vendrá a buscarme.

Álvaro, que había permanecido abstraído durante toda la noche, alzó la voz:

—¿Cómo que «*Joaco*» vendrá a buscarte? —Miró a Liliana y aclaró—: Nada personal. Es el cumpleaños de tu madre, Antonia.

La jovencita, ladeó los ojos y sin un ápice de recato, contestó:

—Mientras la acompañé, estuve aquí. De ti no puedo decir lo mismo, papá. ¿En la luna te pagan igual de bien? Porque vives más allá que acá. —No esperó a la respuesta de su padre, dio media vuelta y subió por las escaleras.

Carolina no dijo nada, sabía muy bien que Antonia tenía razón. Su marido estaba ausente aunque estuviera a su lado. «*El trabajo lo tiene muy ocupado*», intentaba justificarlo, aunque interiormente sabía que algo no estaba del todo bien.

—A esa niñita, le están dando mucha entidad. Cuando llegue a casa embarazada, será la vergüenza familiar. —La madre de Carolina era así, muy inquieta respecto al qué dirán.

Álvaro permaneció aferrado al respaldo del sillón, con su mirada fija en Carolina, que con el regalo aún sin abrir, caminó hasta su madre y dijo cruzándose de brazos:

—La niña tiene razón. Es joven y si quiere salir, que lo haga. Ya cenó conmigo y por mi parte, doy por finalizada la celebración.

Estaba molesta. Primero con su marido, para quien solo resultaba importante ver reflejados sus propios desplantes en su hija. Luego, con su madre que era demasiado rígida en cuanto al comportamiento de todos los miembros de la familia. Excepto con Álvaro. Con él, esto no importaba; un hombre trabajador que aparte de mantener a su hija y nieta, le brindaba también apoyo económico a ella y antes de que el padre de Carolina falleciera, también se hizo cargo de él.

Norma y Roberto, habían vivido cómodamente y sin mover un dedo desde el día uno bajo el brazo protector del matrimonio.

Hacía muchos años, ellos habían sido parte de la alta sociedad, pero tenían más sociedad que dinero. Sin embargo, las cosas habían mejorado gracias a que la belleza de Carolina permitió que Álvaro la desposara. A él le debían todo y no tenía nada que reprocharle.

Las amigas de la festejada se miraban incómodas. A pesar de que aquella situación se vivía a diario en esa casa, buscaron la forma de apartar a Carolina y poder hacerla cambiar de opinión.

—Caro, lo estamos pasando bien. Deja que la nena salga y continuamos de festejo —insistía Liliana en voz baja.

—Pero es que...

Dudaba. El ambiente se había vuelto embarazoso y las ganas de celebrar se le habían esfumado mucho antes del impasse. Específicamente cuando una hora atrás, mientras compartían en la sala el primer brindis, Álvaro salió a la terraza para responder una llamada. Cuando éste regresó, notó el cambio. De haber sonreído un par de veces, no muchas porque no empatizaba muy bien con las invitadas; pasó a estar serio, preocupado, ausente.

Lejos de la casa Irrrázaval Gurruchaga, una persona exigía la presencia de Álvaro. Y él, no se iba a resistir. Estaba ausente porque se encontraba ideando la manera de alejarse esa noche, como lo había hecho

muchas otras veces. Su preocupación, era porque no sería tan fácil zafar del cumpleaños de su mujer... Y el semblante serio, porque no quería que se le notara la inquietud que llevaba por dentro.

Miraba con disimulo cada cierto tiempo el reloj. Carolina lo había descubierto un par de veces, pero como siempre, no decía nada.

Álvaro ya lo tenía decidido. Una vez que cantaran el feliz cumpleaños, iría hasta el despacho que mantenía en casa, esperaría unos minutos, tomaría su maletín y anunciaría que había surgido una emergencia y no llegaría hasta dentro de una semana. A punto de llevar a cabo su plan, Antonia se adelantó. Si ella salía, le comería la culpa de dejar sola a su mujer. Debía retenerla. Pero su hija ya no era una niña, y a pesar de los intentos por ocultar su inquietud, logró descubrirlo impaciente y con su mente en otro lado... a muchos kilómetros de la ciudad.

—Cariño, no quiero dejarte sola pero... —Álvaro se acercó hasta donde estaban su mujer y sus amigas, interrumpiendo la charla que pudo convencerla para seguir con la celebración.

—Pero tienes algo que hacer... —completó la frase, suspiró y le dedicó la misma sonrisa que le dedicaba siempre. La misma de hace veinte años, la misma sonrisa que le quitaba la culpa a Álvaro pero que era la máscara de Carolina para ocultar su propio dolor—. No te preocupes, mi madre se irá pronto a dormir... —Sus amigas pensaron que luego de esa frase le comunicaría que se irían las tres a algún bar a celebrar, pero...—. Las chicas ya se van y yo estoy un poco cansada.

Al decir aquello, tanto Liliana como Paola quedaron anonadadas. Esperaron a que el especialista en escapismo se retirara para decir:

—¡Debemos salir! Ni se te ocurra quedarte en casa. Él se ha ido, tu hija ya pronto se va con su novio... ¡Vamos que no harás nada malo! —Paola, con copa en mano, alentaba a que la festejada no diera por finalizada la noche.

—No sé cómo le sigues aguantando este ritmo de vida... Es más, ya poco le creo que solo sea trab... —El golpecito que le dio Paola a Liliana con su codo, interrumpió la frase que muchas veces Carolina tenía en mente.

—Basta, no voy a ir. —Se cruzó de brazos y con voz desprovista de emoción, continuó—: Les agradezco, pero sigan la noche sin mí. A parte, si mi madre me ve salir por esa puerta, es capaz de arrastrarme al comedor, sentarme y darme el sermón de la vida respecto a lo que una señora de

sociedad debe y no debe hacer. —Ladeó la cabeza y suspiró—. Gracias por venir, por mi parte quisiera descansar.

Las amigas se despidieron, pero antes volvieron a insistir una vez más en salir. No lo lograron.

Estaba ayudando a Mónica, quien había preparado una deliciosa cena, cuando Antonia, a toda carrera y con una vestimenta distinta, corría escaleras abajo.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —La abrazó fuerte, pero fueron interrumpidas por Norma.

—¿Cuándo será el día que te vistas como la gente, Antonia? —Era una ofensa que una mujercita vistiera jeans gastados y top ajustado mostrando un provocador escote—. En otros tiempos, serías catalogada como mujerzuela.

—¡¡Mamá!! —Carolina ya no quería escuchar más.

—Nona... no se preocupe, que la que viste soy yo y no usted —lo dijo sin mirarla, ladeando sus ojos mientras que su madre le pedía calma con los propios.

Tomó su cartera, se comunicó por celular y salió con Joaquín, su novio.

Cuando Carolina estaba por subir a su dormitorio, se acercó al retrato de su padre.

—Buenas noches, papá.

Lo extrañaba, hacía poco que había fallecido. Acarició su sonrisa inmortalizada y luego de unos minutos se acercó a la escalera.

Comenzaba a dar los primeros pasos cuando escuchó la inconfundible voz de su madre.

—En mis tiempos... estos descaros no sucedían.

Carolina se detuvo un momento, quiso responderle, pero ya estaba demasiado cansada para seguir discutiendo con ella. Nada de lo que dijera, la haría entrar en razón y sería una discusión sin fin. «*Ya no estoy en edad de dármelas de rebelde*», pensó y volvió a iniciar su camino hasta la habitación.

A la mañana siguiente, la llamada entrante de un número desconocido... aunque no tan desconocido, la despertaba de su profundo sueño.

—Carolina, Álvaro o te está viendo la cara a ti o me la está viendo a mí. —Escuchar esa voz nuevamente, le provocaba las mismas sensaciones que hacía diez años atrás. Incertidumbre y miedo... No, ya no tenía miedo. Ya no era la misma de antes y Antonia ya había crecido.

—Isabel... —Tan solo pudo pronunciar el nombre de la mujer que se había interpuesto en medio de su matrimonio hacía una década.

En ese entonces, Antonia tenía ocho años. Una niña que necesitaba la imagen paterna presente. Excusa del momento, para no asumir que quien lo necesitaba presente era Carolina.

—A mi lado está durmiendo Álvaro. Lleva un año diciéndome que ya se separó de ti, pero acabo de encontrar en la chaqueta una cajita de regalo que lleva tu nombre.—«*Se llevó el regalo donde la otra*».

—Dame con él... —ordenó furiosa.

—No quiere despertar. ¿Se separaron o no?

—¿Qué crees tú, Isabel? ¡Claro que no! Pero no te preocupes, en cuanto se digne a aparecer, lo estaré esperando para que me firme el divorcio.

Cortó la llamada y se metió a la ducha. Luego de vestirse, tomó las llaves de su auto, pasó por la habitación de Antonia, y al ver que su hija no estaba, desapareció.

Lloró las penas con sus inseparables amigas.

Dejó sus miedos de lado y durante un año se encargó de ponerse en pie.

Fue dura la separación. Su madre le reprochaba cada paso que daba, queriéndola hacer sentir culpable por sus decisiones.

—Alvarito quizás estaba mal atendido. —Ese era uno de los tantos comentarios que recibía a diario, desde el desayuno hasta la cena.

Antonia, por su parte, fue su gran apoyo.

Carolina sufrió bastante y se lamentó también. Álvaro había causado heridas que no sanarían muy fácilmente. En su mente rondaban las palabras que poco a poco fueron causando la inseguridad de Carolina a través de los años.

«¿*Para qué vas a usar esa ropa interior? Te ves ridícula*». La primera vez que Álvaro la había engañado con Isabel, se propuso reconquistarlo, pero él la apocaba siempre.

«Ningún hombre te va a querer así de gorda como estás. ¿Dónde quedó la mujer con la que me casé?». Su cuerpo había cambiado, y era porque aún guardaba recuerdos de su último embarazo. Carolina era una bella mujer a la cual no supieron cuidar y ella tampoco se cuidó. Dejó que la pisotearan una y otra vez en nombre de la familia, porque se sentía culpable de dejar a sus padres sin la estabilidad que Álvaro les prometía y cumplía. Y porque aunque no lo reconociera abiertamente, ella se creía todo lo que le decía su esposo. Creía que nadie más podría amar a esa mujer que cada día dejaba que su sonrisa se apagara.

«Por lo menos él está conmigo». El miedo a la soledad fue su motor para continuar con una relación que entre cuatro paredes no era más que una agonía.

¿Su sexualidad? Hacía mucho que no gozaba con Álvaro. Inventaba dolores de cabeza, que no eran respetados por su marido. Y muchas veces, mantuvo relaciones sexuales para cumplir con las necesidades de su esposo pero no por placer propio. «Mi madre tenía razón, no era bien atendido». Verdaderamente lo pensaba y lo creía los primeros meses de la separación. Pero después, se lamentó el no haber aceptado a tiempo que ella era quien se había dejado de atender. No se preocupó de lo que realmente sentía. Se reprochó el haber aguantado cada una de las palabras de Álvaro. Pero ya no más.

Se levantó. Buscó trabajo, aún con el reproche de su madre, quien se había vuelto más insoportable.

—Pasas todo el día fuera de casa. Milagro que Antonia no ha llegado con un bebé. Te aviso, yo no se lo voy a criar.

—Besitos, mamá. Voy a pasar a la consulta, luego al supermercado para comprar las cosas de la noche y llego a más tardar a las ocho. —Pasó por alto el comentario agraz.

—Dile a ese doctor que cada día estás más flaca y fea. Que te dé algo para que empieces a subir de nuevo de peso. ¡Estás en los huesos!

Era cierto, en pocos meses había adelgazado treinta kilos. No hacía gimnasia, pero había iniciado un tratamiento. Disminuyó de talla, mas no eliminó las marcas en su piel, tanto por bajar de peso como por haber acunado nueve meses a su querida Antonia y...

Dio dos besos y cerró la puerta para dejar tras ella, los reclamos y comentarios irracionales de su madre.

OceanofPDF.com

« 2 »

Camilo aquella mañana se levantó contra el tiempo, como siempre. Llevaba días esperando ese sábado y se había quedado dormido.

—¡Mierda! Me quedé dormido otra vez. —Saltó de la cama y mientras caminaba hacia la puerta, luchaba por ponerse el pantalón de pijama.

Era el único hombre de la casa y debía guardar sus «vergüenzas».

«*Yo no me avergüenzo de nada de lo que tengo, no sé por qué tu insistes en llamarlas así*». Esa era la respuesta que había formulado cuando su madre le sugirió hacía un par de días atrás, que «*ocultara sus vergüenzas*».

Al salir de su habitación, chocó con Sofía, su hermana menor.

—¿De nuevo te quedaste dormido, Camilito?

—Sofía, no me jorobes y dame permiso. —Trató de esquivar su diminuto cuerpo para poder entrar al pequeño cuarto de baño, pero ella se adelantó y con una sonrisa pícara le cerró la puerta en la cara.

—¡Yo primero!

—No, no, no. ¡Sofía, abre la puerta! No me demoro nada, por...

—¡Ya salgo! —gritó la joven desde la ducha.

Media hora debió esperar Camilo para poder darse un baño que duró un suspiro y salir hacia la radio.

Allí lo esperaba su jefe y amigo, Joaquín.

—Como sigas llegando tarde, no cuento nunca más contigo.

—Perdón, viejo. Sofía me pescó el baño y ya sabes cómo son las mujeres... —Alzó las cejas y dejó su mochila sobre una mesa.

—Tenemos toda la mañana para ordenar el lugar. Es la inauguración y cuentan con nuestro enlace con la radio. Tú harás la locución desde allá y yo le pediré a Anto que me acompañe desde acá para la transmisión. ¿Te parece?

—Como digas, tú eres el jefe. —Resopló y comenzó a organizar todo para llevarlo hasta el bar en donde se realizaría la fiesta.

Estaba en eso, cuando su madre se comunicó a su celular.

—Hola, mamá.

—Camilito, necesito urgente que vayas a la Clínica. —Las palabras de Margarita lo alertaron al instante.

—¿Qué te pasó? ¿Estás allá? —Tomó su mochila y, sin decir nada a su jefe, salió a la calle.

—No, hijo. Yo estoy bien... —Camilo se había tranquilizado y vuelto a alterar en dos segundos.

—Sofía... ¿Qué tiene Sofía? —Sin saber cómo, estaba montado en su moto y aún con teléfono en mano salió a toda velocidad—. ¿En qué parte está?

—¡Dios, qué fatalista! Se me acabó la medicina y hay que ir a retirarla antes del viaje, nada más.

—¿Y por qué no me dijiste eso antes? —Volvió a respirar y a bajar la velocidad.

—Porque no me dejaste decirlo.

Esperó a que su madre cortara la llamada y se dirigió hasta la Clínica.

Carolina había llegado con media hora de anticipación a su cita con el doctor. Sus amigas no pudieron acompañarla, sin embargo, su celular y el *Candy Crush* eran su mejor aliado.

Estaba distraída, hasta que las campanas de la puerta de la consulta sonaron. Levantó la vista y ahí vio a un hombre... ¡Qué dice hombre... era un niño! «*Con cuerpo de bien hombre*», se corrigió. Sonrió por la situación. Un hombre anunciado por campanas parecía cuento romántico.

Ella bajó la mirada, pero Camilo le entregó toda su atención hasta que el mostrador detuvo sus pasos de forma violenta.

—¡Auch! —Volvió la vista a la recepcionista y sonrió—. Disculpe, vengo por las medicinas de Margarita de Núñez.

Mientras era atendido, miró varias veces hacia donde Carolina permanecía envuelta en su coraza. Intentó robarle miradas, pero no le resultó.

—Gracias, Norita. Mi madre le manda saludos.

Recibió los medicamentos, se despidió y al abrir la puerta, que estaba al costado de donde Carolina jugaba distraída, hizo sonar a propósito las campanitas.

«*Un niño que necesita llamar la atención*», se dijo Carolina mientras sacaba de su cartera una cajetilla de cigarros.

—¿Le falta mucho al doctor, Nora? —preguntó levantándose de su asiento.

—Quince minutos y la llama, señora.

Carolina le sonrió y con un gesto de manos le dijo:

—Me fumo un puchito y entro.

Nora le guiñó el ojo y siguió con sus labores.

Carolina, salió a la calle para encender el cigarrillo al tiempo que buscaba entre sus contactos el número de Paola.

—¡Amiga! ¡Feliz cumple número cuarenta y tres! —Paola alardeaba desde el otro lado del auricular.

—¿Tenías que recordarme cuántos cumplo?

—Si estás divina, Caro.

—Divina me tiene el doctor que voy a ver dentro de unos minutos. Te llamo para que me acompañes a comprar todo lo de hoy. ¿Te parece?

—Listo, le aviso a Liliana y te pasamos a buscar donde el guapo de Ricardo. —Ricardo era el doctor. Alto, cuerpo fornido y un galán.

—En media hora estaré desocupada.

Las amigas se despidieron y cuando pisó la colilla de cigarro, sintió cómo una moto pasaba a su lado despacio y tocando la bocina. Al girar, se encontró con la misma sonrisa de minutos antes. Y en pocos segundos, la moto desapareció a gran velocidad.

Al entrar, de inmediato la atendieron.

—Hola, Ricardo. —Dio dos besos y se sentó.

—¿Cómo te has sentido, Caro?

—Mmm... Bien, he sufrido un par de desmayos pero debe ser estrés.

—¿Desmayos? Estás comiendo bien supongo...

—Bueno... Depende a qué le llames bien. —Intentó ser graciosa pero no lo logró—. No... con las pastillas que me diste no me da hambre. —Se encogió de hombros.

Más de veinte minutos estuvo escuchando los sermones de su doctor. Cambiando la dosis y finalmente, con la cabeza hecha un lío por tantas advertencias de Ricardo respecto a las consecuencias de su irresponsabilidad.

—Nora, recuérdame no venir hasta dentro de un año —le dijo mientras cerraba la puerta de la oficina de Ricardo. Pero para su sorpresa, ésta se abrió.

—Nora, agéndale para dentro de dos semanas. Sin falta, Carolina.
—El médico cerró la puerta, Carolina suspiró y Nora sonrió.

—Llámemme mañana y así le tengo la fecha y hora de atención.

—Gracias, Nora. —Se despidió con dos besos, uno en cada mejilla, y cuando salió, se encontró con el auto de Paola.

—¿Cómo estaba vestido hoy? —preguntó Liliana sacando la cabeza por la ventana.

—¿Sigue casado? —agregó Paola mientras abría la puerta del copiloto.

—No tengo idea qué le ven ustedes. Le pago la mitad de mi sueldo para que me taladre la cabeza sobre lo que tengo y no tengo que hacer.

—Lógico, es el que sabe... Ya quisiera yo que me taladrara —se escuchó decir desde los asientos traseros a Liliana, quien sonreía y suspiraba.

—¡Qué mujeres! —Carolina movió la cabeza—. En fin, nos vamos al supermercado y luego me ayudan a preparar todo para la noche, que ahora no tengo quién me ayude.

Desde que se separó, decidió prescindir de los servicios de Mónica. En realidad, no quiso recibir un peso más de Álvaro. Antonia ya tenía un trabajo en la radio junto a Joaquín, y ella impartía asesorías de contabilidad en algunas empresas. Con lo que ambas ganaban, alcanzaba para lo necesario.

Su madre, era un cuento aparte. Si no se quejaba por «A», se quejaba por «B». Ya había aprendido a convivir con sus reclamos.

«Si no hubieses dejado a Álvaro, ahora tendríamos a Mónica sirviéndonos la comida y no tendría que andar yo haciendo las compras». Era una de las tantas protestas diarias.

—Te acompañamos, pero con la condición de que este año sí o sí sales con nosotras. Un amigo mío... —Paola sonrió y luego agregó—: Hoy inaugura su bar. Le comenté que iría con dos amigas así que te vas preparando.

—No tengo ganas, chicas. Estoy cansadísima. Toda la semana he corrido con la contabilidad de un cliente —se justificó la cumpleañosera.

—El año pasado nos dejaste solas por la culpa del imbécil de Álvaro, ahora no te salvas.

Esa noche cenaron menos de los que lo hicieron un año atrás. Antonia y Joaquín tenían que trabajar y Álvaro estaría quizás entre las sábanas de Isabel.

Esta vez, solo la acompañaban sus amigas y su madre.

—Mamá, hoy llego tarde.

—¿Me estás pidiendo permiso? —refunfuñó.

—Te aviso... Llego tarde.

—¿Quieres que te felicite? Más vieja, más suelta... Haces lo que quieres. Yo ya no tengo autoridad en esta casa... Cuando Alvarito vivía aquí...

—Pero Alvarito ya no vive aquí... —Carolina, cansada de los reclamos de su madre, la interrumpió—. Buenas noches, acuérdate de la medicación.

Luego de un cariñoso abrazo, cerró la puerta.

—Tu madre cada día está peor —señaló Liliana mientras subían al auto.

—Desde que falleció mi papá y desde que se fue Álvaro, su mal humor se intensificó —explicó sin rodeos.

—¿No crees que sería bueno que la envíes por un tiempo de viaje? —propuso Paola a la vez que ponía en marcha el auto.

—¿Con qué plata, Pao? Con suerte me alcanza para mantener la casa —dijo Carolina cruzándose el cinturón de seguridad.

—Bueno, que se lo pida a su querido yerno... Ese estúpido de seguro se la compra con un viaje —acotó Liliana encendiendo un cigarrillo.

—¡Apaga esa cosa que me vas a llenar de humo el auto! —gritó Paola al mismo tiempo que accionaba el botón para bajar las cuatro ventanas.

—¡Perdón, perdón! —La culpable devolvió el grito sacando por la ventana la cabeza y el brazo con el que sostenía el cigarrillo.

Al llegar al bar, el anfitrión recibió con los brazos abiertos a las tres mujeres.

—¡Qué guapa que estás, Paola! —Le dio dos besos y luego miró a las demás—. ¿Ellas son tus amigas?

—Hola, Eduardo. Sí, y ella... —Abrazó a Carolina—, es la cumpleañera.

A la primera que saludó, fue la festejada. Le tomó la mano y se la besó, para luego hacer lo mismo con Liliana.

—Un placer. Vengan, les aparté una mesa en el primer salón. ¿Les molesta si compartimos la mesa con Ricardo, mi amigo y socio?

—En lo absoluto. —Se apresuró a decir Paola.

Subieron las escaleras y se abrieron paso en un salón con terraza. Pequeñas antorchas iluminaban las mesas al aire libre y en una de ellas, Paola divisó a un hombre que había visto más de una vez.

—Mira —dijo a Carolina con un pequeño golpe de codo.

—¡Si tendré suerte! Me hará la lista de las cosas que comí y cómo debo bajarlas —susurró sonriente Carolina.

—Si en sus planes de «cómo bajarlas» está él y su...

—En la mesa de allí, está Ricardo, mi amigo. —interrumpió Eduardo, sin haber escuchado los comentarios previos de las dos mujeres. Y sin percatarse de la carcajada contenida de Carolina.

Al llegar a la mesa, la primera en saludar fue la cumpleañera.

—Supongo que hoy no estás de doctor porque no tengo ni la menor intención de privarme de lo que consumirán todos. —La sonrisa de Carolina siempre era bienvenida por Ricardo.

—Me alegra que estés sonriente. —Se acercó con familiaridad y la abrazó. Por sobre sus hombros, vio a sus dos inseparables amigas—. No sabía que eran amigas de Eduardo.

—La verdad es que lo conozco recién. —Se giró hacia Eduardo y luego volvió a mirar a Ricardo a los ojos—. Pero Paola lo conoce.

—Bueno, siéntense, por favor; está por comenzar. Estamos teniendo problemas con la transmisión radial, pero pronto estará en orden —indicó Eduardo a la vez que Paola y Liliana saludaban al apuesto doctor.

En la planta baja, un joven muchacho junto a su asistente, intentaba conectar con el estudio radial.

—Joaquín, no me toma nada.

—Revisa todo otra vez, Camilo. Desde acá todo está funcionando, el problema está allá.

Cortó la llamada y se acercó hasta la camioneta de la emisora para revisar las conexiones.

—¿Qué más quiere que revise? —se preguntó y observó que uno de los cables no estaba en su lugar—. ¡Esto es!

Sacó su teléfono móvil y avisó a su jefe para dar inicio al programa.

Desde el estudio, Antonia saludaba a los radioescuchas:

—Muyyyyyy buenas noches a todos. Hoy tenemos la transmisión especial de la inauguración del bar «*Summa*».

—Así es, querida Antonia. Estamos en directo desde este bar que abrió sus puertas a todos los Linarenses.

La transmisión siguió su curso hasta la media noche y tanto Camilo como su asistente quedaron libres.

En la mesa de Carolina, se hablaba de todo un poco. Las carcajadas abundaban y por fin ella se sentía relajada. Rápidamente Eduardo y Paola se adueñaron de la pista de baile y Liliana conversaba muy animadamente con Ricardo.

—¿Y eres casado? —preguntó sin miramientos.

—¡Lili! — Carolina regañó avergonzada.

—Caro, no te preocupes. No, Liliana, soy divorciado —respondió con la vista fija en Carolina. Luego, agregó—: ¿Cómo siguen tus desmayos, Caro?

—¿Te has desmayado? —preguntó Liliana, quien recién salía de su nube por enterarse del estado civil del hombre que las acompañaba.

—No... —Carolina reprendió con la mirada al médico—. Estoy perfecta. ¿Dónde dejaste el secreto profesional, Ricardo? —preguntó de forma retórica antes de levantarse.

—Son amigas, pensé que Liliana lo sabía. —Tomó su mano y se disculpó—. Lo siento.

—No hay problema. Voy al sanitario, permiso.

Se sentía incómoda sabiendo que Liliana estaba interesada en Ricardo y que él no le correspondía completamente, ya que tenía toda la posaba en ella. Prefirió alejarse al baño y si tenía suerte, se iría antes que las demás.

Caminó hacia la barra y se sentó en el taburete para mirar el show que se estaba llevando a cabo.

Movía sus hombros en un pequeño vaivén, al ritmo de la canción. Le gustaba mucho bailar, pero hacía tanto tiempo que no lo hacía...

—Un primavera, por favor —pidió al barman mientras observaba las mesas. Entonces, lo vio.

Respiró una y otra vez. ¿Qué hacía allí?

«*Y está con Isabel*», pensó agotada.

Lo que menos quería era ver a su ex con su amante.

En cuanto le entregaron el trago, se lo devoró y pidió otro. Iba muy rápido y necesitaba calmarse, así que se tranquilizó y se giró para mirar la mesa de sus amigas: Estaba vacía. Seguramente bailaban en medio de tanta gente en el lugar.

Antes de volverse, sintió un perfume suave masculino envolver el ambiente en el que estaba, giró rápido y encontró al niño de las campanas. Lo que la hizo sonreír. Él no la vio, pidió un trago fuerte y se refugió en él.

—Estoy agotado, Tonny —le decía al de la barra—. ¿Hasta qué hora dura esto?

—Seis de la mañana, mínimo. Pero ya terminaron la transmisión, ¿por qué no te vas?

—No sé... Estoy solo en casa y no me gusta la soledad. Las chicas se fueron a Santiago hasta la próxima semana. Ya sabes, lo de siempre. —Se encogió de hombros y bebió del vaso recién servido.

El barman conocía a Camilo de otros bares en los cuales había trabajado y en los que él era cliente frecuente.

Carolina, escuchaba atenta al hombre que tenía al lado. Voz suave pero varonil. Lo miraba de reojo y veía a un joven con chaqueta de cuero y jeans gastados. Se removió inquieta y el movimiento, provocó que él mirara hacia su derecha.

Camilo sintió el aroma a rosas, quizás de su cabello, quizás de su perfume. A esa mujer la había visto antes, pero ¿dónde?

—Yo a ti te conozco —dijo apoyando el codo izquierdo en la barra mientras levantaba el vaso y apuntaba con uno de sus dedos a Carolina.

—Me parece que no. —Negó con la cabeza y aún con la vista en su trago, sonrió.

—Ya sé... En la clínica. Eres la que estaba junto a la puerta. —Carolina alzó las cejas y lo miró a los ojos.

—Así es —moduló despacio y se levantó.

—¿Te vas? —preguntó Camilo.

—Sí... —¿Qué tenía ese «niño» que la ponía nerviosa?

—No... No quieres... ¿bailar? —Apuntó a la pista y Carolina, ante la música, dudó. Camilo al no escuchar una negativa, insistió—. Será solo un baile, ¿te parece? Prometo ser todo un caballero. —Y la sonrisa que Camilo le dirigió, fue la puerta de entrada para estirar su mano y dejarse guiar hacia la pista.

Camilo con torpeza y timidez desconocida, aferró una de sus manos a la cintura de la mujer, dejando que el ritmo de un cantante que no conocía los acompañara en el íntimo baile.

Era una canción movida, pero que decía mucho para ambos:

«Tal parece que yo, me acostumbré a ti en un solo día, tal parece que el sentimiento rompió las reglas que habían».

—No conocía esta canción —le dijo él al oído.

—Yo... hace mucho que no bailaba —le confesó ella en el mismo tono de voz mientras sentía la comodidad en los brazos de Camilo.

En cada paso, iban rozando sus cuerpos, despertando sensaciones que Camilo no había experimentado aún y que Carolina hacía mucho tiempo, años, no sentía.

Se miraban a los ojos sin soltarse del cuerpo del otro. Camilo encontró tristeza y Carolina encontró la vitalidad que le faltaba. Una sonrisa tímida los hizo sonrojar y ella se avergonzó por su comportamiento.

—Camilo —susurró él, sosteniendo el mentón de ella.

—¿Cómo? —preguntó confusa.

—Mi nombre es Camilo —dijo antes de pestañar. Pestañeo que se robó la atención de Carolina por completo. Luego de un largo silencio, él interrogó—: ¿No me dirás tu nombre? —Con una mueca divertida mostró decepción.

—Oh, perdón. —Sacudió su cabeza y contestó—. Carolina, soy Carolina.

—Bueno, es un placer. ¿Qué hacías en el doctor? —Fue una pregunta inadecuada, pero es que no sabía qué decir y fue lo primero que se le vino a la mente. Ella lanzó una pequeña risita, que le aportó otro tema de conversación—. Me gusta como ríes.

—Camilo... —dijo en falso reproche—. Tengo cuarenta y tres años, no es necesario que coquetees conmigo como si tuviera quince y no conociera a los hombres.

El joven detuvo el movimiento, haciendo que ella también quedara inmóvil frente a él. La miró a los ojos y dijo:

—Yo tengo veintiocho... —*«Dios mío. Menos de lo que imaginé»*, pensó Carolina y tomó aire.

—Podrías ser mi hijo. —Fue lo único que acertó a decir.

—Pero no lo soy, Carolina. ¿Te incomoda bailar con un hombre menor?

—¿Te incomoda bailar con una anciana? —Rio divertida, pero él no sonrió.

—Eres una mujer bellísima. Nada de anciana.

—Gracias por el halago. Ahora puedes decir la verdad.

Él iba a contestar cuando un hombre hizo girar a Carolina tomando sus hombros y le dijo en un tono bastante elevado:

—Así de rapidito te olvidaste de mí. Era cierto todo lo que tu mamá me decía. Estás comportándote como una cualquiera y más encima con un mocosito. —Álvaro aún tenía su mano aferrada a un brazo de Carolina.

—¿Con qué cara, Álvaro? Déjame tranquila. —Miró hasta donde sabía que se encontraba Isabel y levantando el mentón en esa dirección, le espetó—: Te están esperando.

—¿En esto te gastas todo lo que te doy?

—Nunca te he recibido nada, no te hagas el machito, por favor —interrumpió ella.

—De seguro que es un cafiche. —Álvaro estaba fuera de control. Su mujer, aquella que solo había sido para él, hoy se paseaba públicamente con un niño que podría ser su hijo—. Qué mal estás, Carolina. —Y de pronto y sin explicación, su tono se suavizó—. Cariño, recapacita. Sé que lo haces por despecho, pero hubieras elegido algo mejor... Me ofendes, cariño. ¿Crees que él pueda llegar a compararse conmigo? No, cielo.

—¡No me llames cielo, Álvaro Nicolás! —Y entre dientes, volvió a hablar—: Y suéltame antes que te arme un escándalo que mañana mismo saldrá en el periódico: «*Ex mujer del Gobernador, protagoniza escándalo en inauguración de bar*». —Señaló en el aire un cartel imaginario con la mano del único brazo libre.

—No te atrevas... —amenazó.

—No me provoques —contestó sin titubeos y soltándose de las manos de su ex marido. Él al ver su reacción, intentó volver a sostenerla, pero esta vez Camilo se interpuso entre ambos para impedirlo.

—Señor, creo que la dama ya no quiere hablar con usted.

—¡No te metas, pendejo de mierda! —Intentó apartar con una mano el cuerpo de mediana altura del joven, pero éste se mantuvo firme.

—Me meto porque ella no quiere hablar con usted. Y creo que ya dijo lo suficiente. Retírese a su mesa si no quiere que llame a los de seguridad.

—¿Y quién te crees tú para darme órdenes a mí? —Álvaro ya se estaba soltando la corbata. Estaba descolocado y ese niño se las daba de caballero defendiendo a una doncella—. Ve a tomarte el biberón y deja que los grandes arreglen sus asuntos.

La risa burlona que Álvaro le dedicó, más el insulto por ser menor que él, terminaron por colmar a Camilo y luego de pensárselo unos segundos, lanzó un rechazazo directo al estómago de Álvaro.

En cuanto chocó sus nudillos con el abdomen del esposo de Carolina, debió retirar la mano y relajarla en el aire. Le había dolido, pero ¡cuánto lo había disfrutado!

—No, Camilo. ¡No te metas! —rogó Carolina, pero ya había sido demasiado tarde.

—No sabes con quién te metiste, pendejo.

Fue lo último que dijo Álvaro antes de desaparecer tras la barra.

Carolina suspiró y se giró hasta donde Camilo la miraba.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada. Él asintió—. Lo siento por... —Señaló la dirección por donde se había marchado su ex marido y luego dijo—: Creo que es hora de irme.

—Déjame que te acompañe —propuso de inmediato el joven mientras estiraba y encogía sus dedos.

—No, de ninguna manera. Ya arruiné tu noche, no quiero seguir haciéndolo. A parte ando con amigas... —Carolina intentó ubicarlas con la mirada, pero fue casi imposible—. No importa, tomo un taxi.

—Vamos, déjame ayudarte y llevarte a donde precises. Si te vas... mi noche queda finalizada. —Sonrió triste.

—Camilo... no es necesario que saques frases de caballero andante, no lo requiero a estas alturas. —Elevó los ojos y sonrió.

—No es de caballero andante, es la verdad. No quiero que te vayas sola, y quiero aprovechar los últimos minutos contigo. Más sincero imposible. —Carolina se cruzó de brazos, apretó sus labios dejándolos en una fina línea y se cuestionó el porqué de tanta complicidad entre dos extraños. El chico era amable, eso era todo. Él al no obtener una respuesta, volvió a insistir—: Vamos —dijo estirando su mano mientras sonreía y guiñaba un ojo.

Carolina no supo qué fue lo que la impulsó a dejar caer su mano sobre la de Camilo. Una mano grande, tersa y de dedos largos.

Al salir del bar, vio que él se subía a la moto que había visto en la tarde.

—¿Piensas que...? —Apuntó asustada.

—Así es. Ven. —Le alcanzó su mano para ayudarla a subir.

—No, no, no. Estás loco si piensas que me voy a subir ahí.

—Vamos, ¿nunca te has subido a una? —Ella negó con la cabeza e hizo un movimiento de hombros atribuible al frío.

Camilo sin pensarlo se sacó su chaqueta de cuero y se la acercó. El vestido rojo que marcaba las curvas de Carolina estaría cubierto con una chaqueta cuadrada, pero no por eso se vería menos encantadora. ¡Cuánto le hipnotizaba esa mujer!

—Tienes frío, pónela.

—Han sido demasiadas molestias... —Se negó a recibirla, pero él se levantó de la moto y se encargó de calzársela. Luego le puso el casco y la subió a su tesoro.

—Afírmate bien de mi cintura —dijo antes de echar a andar la moto. Con un movimiento suave, Carolina recorrió el abdomen de Camilo. Era firme, lo que la hizo suspirar. «¿*Qué estaba haciendo?*» y entonces lo recordó: «*Vivir*».

Camilo anduvo un par de cuadas a alta velocidad. Sentía cómo las manos de Carolina se aferraban a su abdomen. Le gustaba el calor que ellas le proporcionaban.

Carolina, por su parte, disfrutaba del viento agitando su cabello y chocando en su cara. Se mantenía con fuerzas aferrada a la espalda de aquel joven y cerraba los ojos porque aún tenía temor. Cuando éste se detuvo, ella aún permanecía unida a él y sin abrir los ojos.

—¡Hey, ya estamos seguros! Aunque no me molesta que me sigas abrazando. —Lanzó una risa pequeña y tomó las manos de la mujer que tiraban de su sudadera. Ella al sentirlo, se apartó y murmuró algo parecido a un «*perdón*»—. ¿Te gustó? —preguntó sonriendo. Ella se quedó en silencio unos minutos, se peinó con las manos el cabello y contestó.

—Mucho, es... —Pensó demasiado tiempo si usar o no la palabra que seguía la frase, pero finalmente lo dijo—...excitante.

Camilo resopló nervioso y luego volvió a hablar.

—Tú dirás... ¿Dónde quieres ir?

Carolina le dio su dirección, pero le pidió detenerse en un parque cercano. No quería que la vieran llegar de madrugada y con un hombre

mucho menor.

—Gracias. Fue un cumpleaños diferente, pero me encantó tu compañía.

—Espera... ¿Estás de cumpleaños? Es muy temprano para que termines la noche. Dame un segundo... tienes que festejarlo como corresponde. —Sacó el celular del bolsillo delantero de su jeans y pidiendo tiempo con su dedo índice para que aguardara, comenzó a marcar un número.

—No, Camilo. Estoy cansada, fue suficiente para mí, pero te lo agradezco. —Camilo cortó el llamado iniciado y se acercó.

—¿Estás segura? ¿Quieres que te acompañe a tu casa? —Carolina miró hacia un extremo del parque. Solo una casa tenía encendida la luz de entrada, la suya y porque seguramente su madre estaría esperándola despierta.

Resopló y volvió a mirarlo a los ojos para contestar.

—No hace falta y sí, segurísima. —Asintió con la cabeza, para luego proseguir—. Disculpa por el incidente en el bar y por hacerte venir hasta acá. Deberías estar disfrutando con tus amigos o tu novia. —Sonrió sin ganas, bajó la vista y al ver que llevaba puesta la chaqueta de él, comenzó a quitársela.

—No te la quites. ¿Te parece si mañana te invito a un café y ahí me la das? —preguntó esperanzado, sin aclarar que él no estaba en pareja.

—La verdad es que hace frío —aceptó sonriendo—. Un café... —susurró más para ella que para su acompañante. ¿Qué había de malo en tomar un café? Nada, pero se sentía una niña teniendo una primera cita. ¿Por qué?—. Está bien.

Él espera a que le diera su número, ella quedó a la espera de lo mismo. Luego de un silencio prologado, ambos sonrieron.

—Creo que ya es hora... ¿te dejo mi número? —preguntó Carolina.

—¡Claro! Qué tonto. —Movié la cabeza sonriendo y preparó el teléfono para agregar el contacto.

Carolina le dio su número telefónico y, luego de un beso en la mejilla, ambos se retiraron a sus respectivas casas con la sonrisa del otro pegada en el alma.

« 3 »

—¿Estas son horas de llegar? —Carolina, al escuchar a su madre, inclinó la cabeza hacia atrás, inhaló profundamente y cerró sus ojos.

—Mamá...

—Me llamó Álvaro. Me habló de ti y de ese... niño. —Se levantó del sillón en el que estaba, cruzó sus brazos y luego señaló a su hija con el mentón—. Imagino que esa horrenda prenda que llevas puesta es de él.

—Mamá, se acabó. No tengo por qué darte algún tipo de explicación. Permiso, me voy a dormir. Y tú —dijo señalándola con su dedo índice—, deberías hacer lo mismo. —Dio media vuelta pero su madre la volvió a atacar.

—Mientras estés bajo mi techo... —Carolina frenó su caminar y se giró con más enojo que nunca.

—¿Tú techo? Qué rápido actuó Álvaro. ¿Ya lo puso a tu nombre? No sabía... —Movié la cabeza en forma reprobatoria y continuó su andar. Esta vez, no se detendría por nada.

—Antonia aún no llega... Si no es la madre, es la hija.

Cuando Carolina llegó a la habitación, se quitó la chaqueta y una vez en sus manos, sin saber muy bien el motivo, se la llevó a la nariz y la olfateó. Su vestido, también había quedado impregnado de ese olor y hasta su piel le recordaba que la chaqueta de Camilo había pasado por ahí.

A la mañana siguiente, sintió los golpes en la puerta del dormitorio y fue eso lo que la despertó. Era domingo, así que se permitía dormir hasta tarde.

—Adelante —exclamó. En segundos, vio entrar a su hija que intentaba sostener una bandeja con la mano y su cadera derecha.

—¡Mamita! Feliz cumpleaños, lamento no haber estado contigo. Anoche salimos tarde y me fui al departamento de Joaquín. —Puso la

bandeja sobre las piernas de su madre, la besó y se dejó caer en el lado de la cama que hasta hacía un año era de Álvaro.

—¿Cómo les fue? ¿Todo bien? —preguntó Carolina mientras tomaba una de las tazas de café.

—Sí, todo bien. La transmisión al principio tuvo problemas pero luego fue perfecto. A ese bar le irá bien, va mucha gente y como es la novedad... irán más.

—¿Era de un bar? —Antonia asintió y entonces Carolina le comentó que ella había estado allí.

—¿Y qué tal lo pasaste, mamá? —Antonia notaba retraída a su madre, ¿sería por aquello que su padre le había dicho?—. Papá me contó que se encontró contigo... No dijo donde, pero que te vio con un hombre, ¿es así?

Carolina dejó la taza de café en la bandeja y tomó la mano de su hija.

—¡Ay, hija! A tu padre no le bastó con arruinar mi noche, sino también la tuya. Quédate tranquila. Pao y Lili me llevaron al bar para celebrar mi cumple; allí estaba un amigo de Paola y él nos presentó a otro hombre, que resultó ser mi doctor. Tu padre cuando quiere hacer escándalo, lo arma por cualquier cosa. —No le iba a contar de Camilo. No lo haría porque se moría de vergüenza.

—Dijo que era menor, mamá. —Álvaro lo único que estaba haciendo era intentar incomodarla y avergonzarla ante su madre e hija.

—A ver. Yo no tengo que dar explicaciones a nadie. ¿Estamos? —Carolina volvió a refugiarse en su taza de café y la miró a los ojos—. ¿Estamos? —insistió.

—Sí, mamá.

—Por otro lado, tu abuela ya me tiene agotada. No vuelvas a quedarte fuera de casa sin avisar, Antonia. No es porque quiera controlarte, es que quiero mantener la casa en paz. ¿Es posible que me ayudes en eso?

—Mira mamá, yo estoy grande, tengo casi veinte años y no tengo que dar explicaciones tampoco... Ni mi padre me las pide.

—A ti no, pero a mí sí me pide explicaciones de lo que haces. —Alejó la bandeja y se levantó al baño de la habitación.

Desde la cama, Antonia le gritó:

—Bueno, simplemente no se las des y punto.

—Sabes que con tu padre eso no es posible... no es nada simple —contestó.

—Bueno, al final yo venía para compartir contigo y terminamos hablando de papá.

Carolina volvió a la habitación.

—Baja los pies de la cama, Antonia —reprendió, tocándole las piernas y haciendo que las bajara mientras pasaba hacia el armario.

—¿Aún lo amas? —Con prenda en mano, Carolina se volteó sorprendida.

—¿A quién? ¿A tu padre? ¿Estás loca? No, hija. Ya me equivoqué y ya creo estar reparando ese error.

—No hables de papá como un error. Lo elegiste para que fuera mi padre, y creo que como tal no se ha equivocado. Como hombre, quizás el peor... pero aun así, no es justo que lo llames error, porque yo estoy en medio y espero no ser parte de ese traspié. —Carolina cerró los ojos y se dio cuenta del daño que sus palabras, llenas de orgullo, podían producir.

—No, hija, para nada. Discúlpame, por favor. Jamás podrías ser un error y tienes razón, elegí a un buen padre para ti y eso es un acierto. —Dejó la ropa sobre la cama y se acercó a su hija para abrazarla—. ¿Qué te parece si hoy tenemos un día de chicas? Sin celular, sin nadie más que tú y yo.

—Me parece estupendo. ¿Y la abuela? —Uf, su madre era otro tema que tenía que aprender a manejar—. La escuché hablar por teléfono para quedar con sus amigas.

—Perfecto, entonces nos vamos las dos. De seguro prefiere estar con sus amigas.

Ese día se dedicó por completo a disfrutar con su hija. Comieron en un restaurante, hablaron de su noche anterior y así se les pasó la hora. El teléfono, tal como había prometido, lo apagó. Fueron al cine, rieron y también ambas derramaron lágrimas al hablar de todo lo que habían pasado desde la separación.

—Yo ya soy grande mamá, si los planes siguen con Joaquín, yo me voy a ir. A la abuela en algún minuto le llegará su hora... pero me preocupas tú.

—¿Yo? —preguntó extrañada—. Anto, tú no tienes que preocuparte por mí. Yo estoy bien, feliz con mi trabajo y viéndote a ti siendo feliz con Joaquín.

—Te admiro, mamá. Eres fuerte... muy fuerte. —Suspiró y tomó sus cosas—. ¿Vamos?

—Vamos... —Sonrió y juntas caminaron hasta la casa.

Esa noche, tampoco encendió el celular y se durmió temprano para ir al trabajo al día siguiente.

Como nunca, cuando Joaquín llegó a la estación de radio, vio a su amigo sentado en su puesto de trabajo. Le extrañó pero no hizo comentario alguno.

—Hola, Camilo. Tenemos despacho desde el Hotel hoy en la noche —dijo palmeándole la espalda.

—De acuerdo —contestó sin levantar la vista de su teléfono. ¿Cuántas veces la había llamado sin tener respuesta? Un montón. ¿Cuánto la había pensado desde que la vio alejarse? Demasiado. Ni siquiera había dormido esa noche, en la cual se encontró recordando su risa y sus gestos.

—¿Ocurre algo? —se interesó Joaquín, que lo veía más distraído de lo habitual.

—No, nada. Tonterías. ¿A qué hora tengo que estar allá?

—A las nueve, pero intenta ir antes porque hoy está anunciada tormenta y sabes cómo se pone de denso el tráfico.

—¿Por qué no puedo quedarme en el estudio? —preguntó a sabiendas de la respuesta.

—Porque el jefe soy yo. —Joaquín sonrió ganador y le pasó una carpeta—. Deja de alegar. Toma, esto es el guion de continuidad del programa de hoy. Comenzamos en veinte minutos.

—Dame un momento, quiero llamar a Sofía para ver si llegan hoy.

—¿Cómo sigue tu mamá?

—Bien, el sábado viajaron a la casa de mis tíos en Santiago y hoy a primera hora la revisará el médico.

—No demores, estaré en la sala de monitoreo.

Camilo marcó el número al que había llamado todo el día anterior. Hasta que por fin le contestaron.

—¿Aló? —Escucharla había sido un enorme placer. Era ella, no le había mentado en el número.

—Teníamos una cita pendiente pero no pude contactarme contigo. ¿Todo bien? —Cuando Carolina escuchó la voz de Camilo, se acomodó en su asiento del taxi.

—Camilo, perdón. Ayer estuve todo el día con mi hija y me olvidé... Mil disculpas.

—No te preocupes, pensé que algo había sucedido. Entonces... ¿Lo dejamos para otro día? —preguntó ansioso.

—¿Te parece y lo hablamos después? Voy en el taxi camino al trabajo.

—De acuerdo... Un... abrazo.

—Hasta pronto, Camilo.

Carolina cortó la llamada, guardó el teléfono y suspiró. «*Eres un niño, Camilo... Si tan solo...*», se lamentó y volvió a suspirar.

Camilo, en cuanto colgó, deseó no haber transmitido tanta impaciencia en su voz. Marcó el número de su madre y tras comprobar que todo estaba bien, volvió al trabajo.

Cuando llegó a casa, Camilo no cenó, caminó directo a su cuarto y miró su celular. Tenía dudas. ¿Llamarla de nuevo sería demasiado para un solo día? Buscó su contacto, y debatió entre enviar un mensaje o iniciar una llamada.

—Un mensaje... uno de buenas noches. —Pensó a viva voz.

«*Que descanses. Buenas noches*»

Carolina estaba terminando de cenar cuando su teléfono sonó. Norma la miró, puso atención a su reacción y aunque Carolina intentó obviar que el teléfono había alertado la entrada de un mensaje, ella apuntó a su cartera.

—Alguien te ha llamado.

—Es un mensaje, mamá... Y de seguro es de la compañía... Ya sabes, ofertas por recargar el teléfono. —Se encogió de hombros—. Nada importante.

Lavó los platos y se olvidó que en su celular una luz intermitente seguía encendida. No estaba acostumbrada a recibir mensajes, es más... nunca había recibido uno. Con todo el mundo se llamaba, pero no se mensajeaba jamás.

Camilo, en su habitación, se daba vueltas una y otra vez. La había asustado. Fue un tonto, no debió enviar nada.

«*Buenos días. No estoy acostumbrada a esto de los mensajes. No pensé que me escribirías. Abrazos*»

Ese mensaje lo despertó por la mañana. Y lo releyó durante todo el día. Le había enviado abrazos, no estaba molesta. Sonrió y deseó saber más de ella, llamarla, preguntar qué hacía, si tenía algún momento libre para

tomar un café. Pero no lo hizo, esperó hasta la noche y le envió otro mensaje.

«Mi día estuvo un poco agitado. Espero que el tuyo fuera mejor. Un abrazo.»

Cuando esa mañana vio el mensaje que Camilo le había enviado la noche anterior, su corazón se aceleró. Parecía que había estado dormido durante mucho tiempo y ahora volvía a sentir. ¿Pero qué sentía?

Le gustó recibir un mensaje de él, así que le envió uno de vuelta disculpándose por no haberlo visto antes. Y durante el día, él no envió ninguno... hasta ese instante, en que se disponía a dormir y él le enviaba abrazos. ¿Cómo sería dormir abrazada a él? Se sonrojó por sus pensamientos y para evitar seguir profundizando en lo que sentía, se durmió sin contestar.

Durante la semana, siguieron enviándose mensajes en los cuales se deseaban los buenos días y las buenas noches. No obstante, no concretaban ninguna cita. A él lo desesperaba su indiferencia y a ella le aterraba salir con otro hombre que no fuera el que siempre la acompañó: su marido.

Tenía la intención de comenzar de nuevo y rehacer su vida; sin embargo, no poseía el valor suficiente para llevarlo a la práctica. Y menos con un hombre más joven que ella, para quien solo sería algo del momento, un cheque con fecha de caducidad.

Ese viernes, la tormenta tenía calles anegadas y a la gente corriendo con paraguas por las avenidas.

—Está horrible, no creo que pueda llegar a tiempo para la cena. Pasaré a tomarme un café y cuando la lluvia se detenga un poco, me voy —explicaba Carolina a su hija al tiempo que salía de la oficina en la que acababa de auditar.

—¿Quieres que con Joaquín pasemos a buscarte? No me gusta que estés sola tan tarde —respondió preocupada tomando su chaqueta con clara intención de salir en su búsqueda—. Dime dónde estás y vamos para allá.

—No, hija. Si no se calma la lluvia, me voy en taxi. Es viernes y tienen trabajo.

—Son las nueve y media, es muy tarde para ti.

—Hija, pásenlo muy lindo. Besos.

Cortó la llamada y abrazando su maletín, entró a la primera cafetería que encontró.

—Muy buenas noches, señora. ¿En qué le puedo ayudar? —Levantó la vista y vio a un hombre joven.

—Un café, por favor.

Mientras esperaba el pedido, su teléfono vibró, lo que la hizo sonreír:

«*Que esta noche descanses. Camilo*»

Suspiró, iba a responder, pero el camarero llegó con su taza de café.

Llevó su vista hacia el ventanal que estaba a su lado, mientras que la lluvia infernal no menguaba. Se abstraigo tanto en lo que el panorama le ofrecía, que recorrió su vida con su ex marido y sin querer comenzó a comparar lo que estaba sintiendo con lo que alguna vez sintió. ¡Cuántos años al tacho de la basura!

A esa misma hora, a las afueras de ese lugar, un joven hablaba por teléfono:

—No alcanzo a llegar a la fiesta de hoy, Joaquín. Está todo inundado.

—Te voy a buscar, hombre. La vieja de Antonia está en las mismas, así aprovecho de recogerlos a ambos. —Desde lejos se escuchó gritar a Anto, aclarando que su madre ya no precisaba ayuda.

—No te preocupes, te voy a retrasar más y al final no podrás cumplir. Quédate tranquilo que yo paso a tomarme un café y vuelvo a casa.

—Mañana te quiero temprano, aunque llegues en canoa —reprendió cariñoso. Eran amigos del alma, pero cuando se trataba de trabajo, quien regañaba era él.

—Esta vez no me quedé dormido, Joaquín. —Abrió la puerta del café y entonces... ahí la vio, con la mirada perdida y con una taza de café en las manos—. El puto clima me dejó... —Y no continuó. Cortó la llamada y caminó hasta una mesa cercana.

Ella no lo veía, él la llamaba con la mirada.

Ella mostraba un gesto dolorido, él quería aliviarla.

¿Ese señor del bar era su marido? ¿Él la tenía con aquella expresión tan triste?

La había visto una sola vez, y esa vez fue suficiente para descubrir a la mujer que habitaba en ella. Tenía un atractivo especial.

Cuando el mesero se acercó, no pidió café, pero le pidió un bolígrafo y una servilleta de papel que envió a la mesa de la mujer de aspecto

afligido.

«*Si sonríes, el café pasa por mi cuenta*».

Y Sonrió... ¿A quién se le ocurría enviar notitas? Miró a todos lados, pero nadie parecía mirarla. ¿Y si otra vez su esposo había comenzado a hostigarla?

Cuando se separaron; flores, dinero y chocolates abundaban en casa, pero todos terminaban en la basura. ¿Comprarla ahora con "detalles" que nunca tuvieron lugar dentro de su matrimonio? No, no volvería atrás.

—Vamos, cariño. Sin mí no podrás lograr nada. Asume que quieres volver conmigo y yo te perdono por dejarme tanto tiempo solo.

¡Un imbécil con todas sus letras! Ahora tenía menos, pero era más feliz.

De pronto, un hombre se sentó en su mesa, sacándola de sus pensamientos.

—¿Tú? —Ahora sí sonrió de buena gana.

—Bien, dos cafés a tu favor. Aunque debes reconocer que esta sonrisa de ahora, es más linda que la anterior. —Entrecerró sus ojos gracias a la amplia sonrisa que ahora también él llevaba—. ¡Me encanta volver a verte! ¿Qué tal todo? Te pescó la lluvia igual que a mí.

Ella lo deslumbraba, lo iluminaba y por los latidos acompasados y el tirón en su pantalón, también lo aceleraba.

—La lluvia me tiene retenida... pero ya es muy tarde y debo volver a casa. Terminó mi café y me voy.

—No... ¿Pero cómo te vas a ir si yo vengo recién llegando? Hagamos una cosa: nos tomamos otro café, luego tomamos un taxi, y como buen chico te dejo en la puerta de tu casa. ¿Te parece? —Compartir con Camilo eran conversación y risas seguras. Dudó un minuto y luego aceptó.

—Está bien... Pero solo un café. Te debo una disculpa por lo del domingo, habíamos quedado en compartir uno y yo me olvidé.

Y así fue, tan solo un café. Cuando les avisaron que cerrarían las puertas, pagaron la cuenta y dejaron sus tazas intactas. Ni un solo sorbo, porque entre risas no pudieron hacerlo. Juventud y experiencia juntas. Él le contaba sobre sus proyectos, que vivía con su madre y hermana y que pronto comenzaría a estudiar Comunicación Audiovisual.

Ella, le abrió su corazón y le contó porqué su ex marido había reaccionado así la semana anterior. Le contó que tenía una hija y que poco a poco se había levantado para ser feliz.

OceanofPDF.com

« 4 »

—La lluvia no para y no hay ni un solo taxi. —Consultó la hora, chasqueó la lengua y dijo—: Es tardísimo.

—Dame un segundo. —Camilo se alejó unos pasos y le pidió ayuda a su mejor amigo.

—Está bien, pero te advierto que si es para tus aventuras, en tres horas más yo llego. —Después de la venia de Joaquín, Camilo sonrió.

—Listo, acompáñame.

—¿A dónde?

—A dos cuadras tengo un lugar para que nos refugiemos mientras pasa la lluvia.

—Es muy tarde...

—Te puedes quedar, prometo comportarme.

Lo miró de soslayo pero finalmente accedió. ¿Quién la extrañaría en casa? Antonia estaba con su novio y su madre debía estar durmiendo plácidamente. A parte, era una locura esperar a que pasara la tormenta, de seguro no lo haría durante toda la noche.

Corrieron bajo la lluvia, tomados de la mano y amparándose bajo algunos diminutos techos que sobresalían.

Al llegar a uno de los pocos edificios con departamentos de la ciudad, Carolina se acomodó un poco el cabello, el cual ya se encontraba mojado y quitándole movilidad a sus ondas. Y solo ese gesto, robó toda la atención de Camilo.

Abrió las estupendas puertas dobles que había a la entrada de la residencia y saludó al recepcionista:

—Buenas noches, Jorge. —Camilo le guiñó el ojo y estiró su mano para recibir las llaves que le darían acceso al departamento. Era el único autorizado, junto con Antonia, para entrar allí sin identificación.

Una vez que salieron del ascensor, entre miradas y sonrisas complacientes, Carolina abrió la boca por primera vez desde que había decidido irse con él.

—¿Y esto es tuyo? —preguntó entrando al departamento. Se encontró con una sala amplia y sillones cómodos.

—No, de un amigo pero de vez en cuando me permite quedarme aquí. Él lo usa poco. —Carolina asintió con la cabeza y volvió a preguntar.

—¿Y tu moto? ¿Ya no la tienes?

—Sí, pero hoy como anunciaron lluvia, la dejé en casa. —Camilo desapareció unos segundos y luego volvió a entrar a la sala con una toalla entre sus manos, la cual alcanzó hasta su invitada—. ¿Quieres beber algo? —preguntó acercándose a la cocina.

—Gracias. —Secó lentamente su pelo a la vez que contestaba—. Creo que el café que no nos tomamos. —Dejó escapar una pequeña carcajada que hizo que la vista de Camilo se dirigiera hacia el lugar en el cual se había producido tan linda melodía.

Sonrió y comenzó a prepararlo.

Esa madrugada, ella siguió relatando detalles de su vida, entre medio se contaban chistes, en otras oportunidades el tema se volvía serio, como por ejemplo cuando sin saber el motivo, le contó cada uno de sus miedos y lo que sintió cuando supo que su esposo le había sido infiel por primera vez.

—Fue horrible, Camilo. Incluso pensé que era yo quien no había salvado el matrimonio. El cuerpo que ves hoy, es la mitad o cuarta parte de lo que fui. Yo no me preocupé de mí.

—No digas eso... Tú eres hermosa, Carolina. Si él no supo ver lo que tenía en frente, mejor para mí.

—¿Para ti? —Entrecerró los ojos.

—No estarías aquí, conmigo, ahora; sino durmiendo con él. —Carolina alzó las cejas, dándole la razón.

—Y hablando de dormir...

—Ven, tendremos que dormir juntos porque la otra habitación es de mi amigo y hoy la ocupa, pero si te incomoda...

—Es esa, supongo. —Apuntó la habitación más alejada.

—Sí, esa. ¿Ya quieres dormir? —preguntó tomando ambas tazas de café vacías y llevándolas al lavaplatos.

—La verdad es que sí.

En cuanto entraron a la habitación, se produjo un silencio incómodo. Camilo no quería faltarle el respeto. Eran adultos y quizás con otras mujeres ya podría haber estado desnudo sobre aquella pequeña cama. Sin embargo, algo lo frenaba, quizás la barrera del miedo que Carolina había levantado. ¿Qué la atemorizaba?

—Me voy a la sala. Espero te sientas cómoda.

Carolina asintió y él desapareció por la puerta.

Se acercó hasta la ventana que había a un costado de la cama y vio cómo dos gotas parecían competir mientras descendían por el vidrio. Y se imaginó por un segundo que esas gotas reflejaban la lucha interior por intentar superar el pasado y dejarse sorprender por el presente. Sonrió por su absurda cavilación y se recostó sobre la cama.

Camilo se revolvía inquieto. No estaba cómodo sabiendo que Carolina estaba a solo unos pasos y no podía siquiera mirarla.

Se levantó al baño y en cuanto salió de él, en vez de volver al sillón, abrió la puerta que lo dejaría ver a Carolina con la cabeza inclinada hacia la ventana.

—¿Puedo pasar? —preguntó en un susurro. Ella no dijo nada, simplemente pestañeó y asintió con la cabeza.

El joven, con cuidado, se recostó a su lado. Le tomó la mano y ella se dejó acariciar. El suave roce la hizo dormir sin darse cuenta. En cambio Camilo, tardó en entregarse al sueño. No quería perderse la expresión de Carolina mientras descansaba. Sus pestañas que acariciaban sus mejillas y el suave ritmo al respirar le robaban toda la atención.

Cuando Carolina despertó, lo vio durmiendo a su lado. Con una mano y con mucho cuidado, acarició sus cabellos. Eran dóciles y castaños. Luego, fijó su mirada en sus labios perfectamente delineados, color salmón y de aparente suavidad. Quiso rozarlos con uno de sus nudillos, pero se arrepintió en el acto.

Se levantó sin hacer ruido y miró por la ventana. Un nuevo día comenzaba.

En un solo día la hicieron sentir la mejor de todas. Camilo con su juventud, energía e inexperiencia, había encontrado en ella, lo que ni ella había mirado. Fue una aventura loca de una noche. No lo conocía pero le confió sus más íntimos pensamientos. ¿Qué había hecho él para que ella cediera tanto? Quizás la soledad de tantos años por fin tuvo descanso. Fue

vulnerable, de eso estaba segura. Era la primera vez que dormía lejos de su casa y con otro hombre. Pero lo que más le preocupaba era que el sexo no fue lo que la retuvo, sino un hombre que buscaba rescatar su sonrisa perdida.

Salió de la habitación para dirigirse al baño y a lo lejos, en la cocina, divisó a su hija. Cerró inmediatamente la puerta antes de que ésta la viera e intentó despertar a Camilo.

—Camilo... Camilo despierta. —Él se removió inquieto, sin escuchar lo que Carolina le decía en tono desesperado—. Camilo, por favor.

Comenzó a moverlo. Finalmente éste levantó la cabeza y con voz somnolienta, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Mi hija... Está ahí fuera.

—¿Eres la mamá de Antonia? —Se incorporó rápidamente y al escucharlo, Carolina preguntó compungida.

—¿La conoces? —Cubrió su cara y empezó a pensar cómo saldría de allí.

—Okey, no te desesperes. Ya vengo.

Camilo se acomodó el pelo con las manos y salió.

—Hola, Anto. —Sonrió, tomó un vaso y lo llenó de agua—. ¿Dónde está Joaquín?

—En la habitación. ¿Te preparo desayuno? Estoy haciendo huevos revueltos.

—No, gracias. —«*Mierda, está en plan de quedarse*», pensó.

Cuando llegó hasta donde estaba Joaquín, cerró la puerta. Lo vio medio desnudo pero no le dio importancia.

—¿No te enseñaron a tocar? —regañó mientras se tapaba.

—Mi mamá te diría que tapes tus vergüenzas, pero yo te digo que me da igual, necesito que saques a Antonia de aquí.

—¿Estás loco? ¿Qué te tomaste anoche? —Frunció el ceño.

—La mamá de Antonia está en la otra habitación —susurró.

—¿Te tiraste a mi suegra? ¿Y en mi departamento? —Joaquín se levantó sin importar que se encontraba desnudo frente a su mejor amigo. Se abalanzó sobre Camilo y lo tomó por la camiseta que llevaba—. ¿Qué tienes en la cabeza, Camilo?

—No me la tiré, solo conversamos. Aunque te parezca una mentira, te juro que es así. Ayúdame, está desesperada.

—¿Y pretendes que me crea eso con el historial que tienes?

—De verdad, hombre.

—Me debes una, Camilo —señaló con su dedo índice, aun sosteniéndolo con una de sus manos—. Pero no la voy a echar, entretendré a Anto.

—Lo que quieras, pero ¡ya!

Camilo volvió a la habitación, en donde encontró a Carolina con sus ojos empapados en lágrimas.

—¿Qué pasa?

—Yo debería estar en mi casa.

—Vamos, te voy a dejar. Joaquín está con Anto.

—No, yo me voy sola. ¡Con qué cara lo voy a mirar! ¿Qué va a pensar de mí?

—Pensará que tienes un amigo. ¿Eso somos, verdad?

—Me voy. Gracias por la compañía.

Secó sus lágrimas, besó la mejilla del joven que tenía en frente y antes de salir de la habitación, se cercioró de que estuviera todo despejado.

Caminó de puntillas hasta que cerró la puerta de entrada.

—¡Ya parezco adolescente!

Si bien conocía desde chiquito a Joaquín, nunca se interesó por saber cuál era su departamento. Siempre lo veía en casa de Liliana, aunque sí sabía que tenía un inmueble a su nombre.

Llegó a su casa. Eran las diez de la mañana y su madre parecía aún estar dormida.

Luego de una ducha, recibió una llamada.

—¡Hola, mamá! —«*Antonia*», pensó nerviosa.

—Hija, ¿qué tal? —preguntó delante del espejo y tocando las arrugas que llevaba cerca de los ojos. Frunció el ceño y tocó la piel plegada que se formaba entre las cejas.

—Bien, anoche no llegué a dormir...

—Me di cuenta. ¿Le avisaste a la abuela? —Sostuvo con el hombro el teléfono y comenzó a esparcir crema sobre su rostro.

—Sí... Tú tampoco llegaste. —Detuvo sus manos y tomó el teléfono que se resbaló y cayó al piso—. ¿Mamá?

—¿Cómo lo sabes? —dijo una vez recuperándolo.

—Porque cuando llamé de madrugada para avisar que no llegaba, la abuela me lo dijo. Aún estaba despierta.

—Vaya...

—¿Con quién estuviste? ¿Es con el chico que dijo papá? ¿Cuántos años tiene?

—Son muchas preguntas. ¿Vienes a almorzar?

—Sí, voy con Joaquín. —«*Oh, por Dios*».

—¿Joaquín? —La voz fue casi inaudible.

—Sí, mamá. Llegamos dentro de dos horas, nosotros llevamos la comida.

—Perfecto —aseguró nerviosa.

—Suerte con la abuela, mamá.

—Hija... La abuela tiene que entender que yo ya estoy grande. —Y ella también debía entender que era mayor que Camilo y que aquella complicidad entre ambos era peligrosa.

—Anoche te pasaste de la raya. No llegar a dormir...

—¿Pero tú si puedes? —No iba a dejar que Antonia también controlara su vida.

—Yo estaba con Joaquín. ¿Y tú?

—No encontré taxi, la lluvia no cesaba y me fui a casa de Paola que quedaba cerca de donde estaba. ¿Cuál es el problema? —Mentira número uno.

—¿Con Paola? —preguntó dudosa. A su madre la notaba rara hace algunos días. Su padre probablemente tenía razón y estaba saliendo con alguien.

—Sí, con Paola.

—Bueno, mamá. Sabes que te adoro y si estuvieras saliendo con alguien...

—Antonia... ¿No crees que esta charla debería ser al revés? ¿O por lo menos personalmente?

—Está bien... No quiero incomodarte pero... quiero que sepas que te quiero mucho y no me gustaría que cometieras una locura y te apresuraras...

—Deja de insinuar cosas que no son, Antonia. Besos y hasta más tarde.

Cuando bajó a la sala, encontró a su madre hablando por teléfono.

—Lola, te tengo que cortar. Tengo una conversación pendiente con mi hija y acaba de aparecer. —Dejó a un lado el teléfono y observó a su hija

que esquivaba su mirada y se paseaba por la sala hacia la cocina—. ¿Ni siquiera me saludarás?

—Buenos días, mamá. —Se asomó por la puerta de la cocina, sonrió y volvió a entrar. No quería discutir con su madre, y el no haber llegado a dormir, era discusión segura.

—Te convertiste en una libertina. Me parece increíble que todo el tiempo que estuviste casada te mostraras una mujer de casa, virtuosa y respetable. Ahora que Alvarito no está, decidiste hacer todo lo que en tu adolescencia no hiciste. ¡La madre y la hija durmiendo fuera! De tu hija ya no me preocupo más porque con el ejemplo que le das, poca cara me queda de reprenderla. Pero usted, señorita, se está pasando —dijo todo gesticulando y paseándose por la sala, frente a la cocina.

—¿Ya terminaste, mamá?

—No. No he terminado. Invité a Álvaro a almorzar; ya es hora de que él ponga orden, tanto contigo como con Antonia. —¡Lo que le faltaba! Miró al techo y dejó de preparar su taza de café para dirigirse a su madre.

—Mamá... Álvaro ya no está casado conmigo, no vive acá y si tiene algo que hablar con Antonia lo puede hacer fuera de estas paredes. Es mi casa, es mi vida y yo sé lo que hago con ella. Si tanto te gusta Álvaro, dile que te lleve a vivir con él y con su amante, a ver si te recibe. —Tomó su taza, esquivó el cuerpo de Norma y se sentó en uno de los sillones de la sala, con una pierna sobre otra y sin levantar la vista de su café.

—Si no está casado contigo es porque lo dejaste de atender y por lo mismo ahora vive con su amante. Yo no me voy a ir a meter en medio de su vida... ¿Cómo se te ocurre tamaña barbaridad? Alvarito tiene muchas cosas de las cuales ocuparse como para que también le sume mi presencia porque tú no me quieres aquí contigo. Lo que pasa es que como ya no me necesitas, te estorbo. —Carolina bebió el primer sorbo de café lentamente, disfrutó del sabor y dejó la taza en la mesa de centro.

—La barbaridad es que te metas en mi vida, metas a Álvaro y sigas pretendiendo que le rinda cuentas a él. Ayer había lluvia, no encontré taxi y Paola me tendió una mano. Me vine temprano y ya estoy aquí. —Se apuntó con ambas manos y sonrió de forma forzada.

—Tu hija tampoco llegó a dormir.

—Y vendrá a almorzar con Joaquín dentro de una hora. —Suavizó la voz y se levantó para llegar a su madre, tomarle las manos y decir—: ¿Podrías una vez en tu vida dejar de ver todo lo malo? Mamita... Yo soy

medianamente joven y tengo derecho a volver a vivir. Álvaro no es un mal hombre ni mal padre, pero asume de una vez que no fue un buen esposo. —Norma iba a decir algo pero Carolina movió la cabeza—. Álvaro y yo tuvimos la culpa por igual. No fue solo mi culpa. Asume de una vez que lo de nosotros se acabó y no volverá a ser nada como antes. Sé que ahora no tenemos la vida relajada que tuvimos, pero es lo que te puedo ofrecer. Me esfuerzo por trabajar más y poder cubrir los gastos de esta casa. ¿Podrías mirar un poquito ese esfuerzo?

—Si estuvieras con Álvaro... —refunfuñó.

—Pero ya no estoy con él, mamá. Entiéndelo, por favor. —Le soltó las manos y caminó por la sala a paso lento.

—Pero él te quiere ayudar. Él dice que volvería contigo.

—Pero yo no. —Se giró para mirar a su madre a los ojos—. Yo ya no quiero volver a lo que viví con él. Referente a lo de Anto... Ella ya es mayor de edad y está comenzando a rehacer su vida. Ella nació en otro tiempo, mamá. Y entiendo que para ti sea inconcebible ver cómo sin estar casada duerma en la casa de su novio, pero ella nació con una libertad que antes no poseíamos.

—No confundas libertad con libertinaje... Eso que hace Antonia es libertinaje y no me convencerás de otra cosa.

—Bueno, mamá. Deja que se equivoque, que viva... Yo viví siendo la hija perfecta, la mamá perfecta y traté de ser la esposa perfecta que solo aceptaba y no reclamaba nada. Ya no más. Y que te quede claro que no voy a dejar de salir con mis amigas, de trabajar y de vestir como se me plazca por el solo hecho de que a ti o a «Alvarito» les moleste. Mamá... yo hace mucho dejé de ser la mujer a quien manipulabas.

—No me digas eso. No sabes lo difícil que ha sido vivir este proceso sin Álvaro y sin Roberto. No sabes lo que es...

—¿Lo que es haber querido ser lo que yo hoy soy y que no pudiste ser? —En cuanto lo dijo, se arrepintió y Norma reaccionó volteándole la cara con una bofetada.

—No te atrevas a ensuciar mi comportamiento comparándolo con el tuyo.

—¿Fuiste feliz siendo así, mamá? ¿Eres feliz recriminando el actuar de todo el mundo? —preguntó sin esperar respuesta, a la vez que sobaba su mejilla—. No vuelvas a hacerlo. No tienes derecho.

—Ni tú de cuestionar mi felicidad. Yo fui muy feliz con tu padre, fui una esposa ejemplar y pensé que había criado a una hija íntegra para que atendiera a su marido como lo merecía. Me equivoqué y que hayas dormido fuera es prueba de ello.

Carolina la traspasó con la mirada y caminó hasta la cocina dejándola atrás. Cuando pensó que Norma no diría nada más, ésta agregó:

—No estuviste con Paola ni con Liliana porque las llamé. No sabían nada de ti. No hace falta que mientas, Carolina. Solo espero que no sea lo que estoy pensando.

—No lo es. —Fue lo único que dijo antes de cerrar la puerta de la cocina.

—¡Buenas tardes! ¿Qué te pasa, Lela? ¿Estuviste llorando? —Cuando Carolina oyó a su hija decir aquello, entornó los ojos y volvió a la sala. Llegó justo para cuando su madre encogió los hombros y apuntó el lugar de donde ella recién salía.

—Buenas tardes, chicos. —Y en cuanto vio a Joaquín, se ruborizó.

—Buenas tardes, suegra. —Joaquín la abrazó y sin que se notara, dijo—: No se preocupe.

—Gracias —susurró ella.

Durante el almuerzo, todo estuvo tranquilo entre Carolina y Norma. Un par de miradas, temas neutros y algunas risas provocadas por las ocurrencias de Antonia. Iban a comenzar a tomar el café, cuando el timbre sonó.

—Yo voy. —Joaquín se levantó y dejó a las tres mujeres hablando de forma relajada.

Cuando abrió, se encontró con su suegro.

—Álvaro...

—Joaquín... —dijo mirando la mano extendida que éste le ofrecía, pero pasó de largo.

—Bueno, por lo menos están todos. —Irrumpió en la sala y se sentó como si aún fuera el amo y señor de la casa.

—Lástima que yo ya me tengo que ir a la oficina.

Carolina se levantó y se despidió con un beso en la mejilla de su yerno, madre e hija. Caminó unos pasos y quedó frente a Álvaro que se había levantado y tenía ambas manos en los bolsillos. Pensó si seguir de largo luego del incidente vivido en el bar, pero prefirió darle paso a la cortesía:

—Que tengas un buen fin de semana, Álvaro. —Hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y lo rodeó para salir.

—No te vayas aún. Vengo para hablar unos temitas que te involucran. —Álvaro no aceptaba verla tan campante y que no lo extrañara. No soportaba darse cuenta que ya no lo necesitaba. Y consideraba inadmisible saber que salía y no llegaba a su casa a dormir.

—Tú no tienes nada que decir que me involucre, Álvaro. Hace un año, a Dios gracias, tenemos vidas separadas. Yo no me preocupo de la tuya, no te preocupes de la mía. —Giró y lamentó tener esa conversación delante de tanta audiencia.

—Carolina...

—Álvaro, estoy atrasada. En otro momento y en otro lugar, te sigo explicando que el «*nosotros*» ya no existe y que en tu vocabulario solo debo estar para hablar de Antonia. Me voy a la oficina.

Tomó su cartera y salió sin mirar atrás. ¡Oficina había dicho! ¿Qué oficina? Si todo lo veía desde su casa.

Caminó una cuadra, hasta que escuchó que la llamaban. Se dio vuelta, era Álvaro.

«*Este hombre no entiende*».

—¿No te quedó claro?

—Carolina... ¿Qué te hicieron? No eres la mujer de quien me enamoré.

—No me interesa serlo. Por cierto, hasta que estuve contigo sí lo fui, aun así me engañaste.

—¿De eso se trata?, ¿de despecho? —Carolina se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No, Álvaro. Se trata de que me cansé de aguantar tus infidelidades, que sabrá Dios cuántas fueron. Me cansé de ser la mujer condescendiente que aguantó tus insultos, esos que aún llevo como cicatrices. Esa mujer que fui, te la perdiste... Te esmeraste en hacerme sentir inferior. Pero no te preocupes que la culpa no es solo tuya, en gran parte fue mía por soportarlo tanto tiempo. Quizás hasta las gracias debo darte o darle a Isabel por abrirme los ojos y así comprender que entre tú y yo no quedaba ni pizca de amor.

Hizo una pausa, suspiró y continuó:

—Traté de justificarte tantas veces... y hoy me doy cuenta que con esa actitud, solo logré encadenar mi tiempo a un hombre que prefería estar

en brazos de otra mujer en vez de acompañarme a vivir. Ahora sigo mi camino, sola, y no por eso menos feliz.

Álvaro no daba crédito a todo lo que escuchaba. Esa no podía ser su mujer hablando. Su mujer jamás le hubiese dicho eso, su mujer estaba para servirlo, atenderlo, complacerlo.

—¿Pretendes que te crea? —Tomó con fuerza uno de sus brazos para retenerla—. Tú aún me amas y por eso hablas desde el despecho. —La acercó y le obligó a besarlo.

—¡Suéltame! —Logró decir luego de morder su labio inferior—. No te atrevas a besarme nunca más.

Mientras Carolina se limpiaba los labios, Álvaro se pasaba una y otra vez la mano por la cabeza.

—Es que simplemente no me lo creo... ¿Por qué no llegaste anoche a dormir? ¿Con quién estabas? ¿Otra vez con ese nenito?

—Ni por asomo se te ocurra que te voy a responder algo que ¡no te incumbe! Álvaro, no te lo voy a volver a aclarar. Nos une Antonia, pero ella ya es mayor de edad como para comunicarse directamente contigo sin intermediarios. Sigue tu vida, como yo seguí la mía.

Lo miró unos instantes y aprovechó que un taxi se detuvo para subir en él y desaparecer.

Camilo en cuanto la vio salir del departamento esa mañana, quiso ir tras ella. ¿Cuánto tiempo más pasaría hasta verla? Le envió un mensaje:

«Gracias por la noche»

No obtuvo respuesta. ¿Estaba molesta con él? Tal vez estaba ocupada. ¡Cómo lo deslumbraba esa mujer! Tenía un andar delicado, su suave voz lo hipnotizaba y el olor a rosas que desprendía su cabello le nublaba la razón... tanto que llegaba a pensar que solo con verla se sentía vivo.

—¿Y vas a desayunar? —dijo Antonia mientras él miraba la puerta cerrada.

—No, gracias. —Se apartó a su habitación, se calzó y se despidió de los dos ocupantes del departamento.

Cuando llegó a su casa, Sofía lo estaba esperando.

—¡Qué bueno que llegaste! Necesito que me hagas un favor.

Respiró hondo y se sentó en un pequeño sillón.

—A ver... ¿Qué está tramando esa cabeza?

—Necesito permiso... —Levantó las cejas y sonrió—. Quiero ir a estudiar a Santiago.

—¿Estás loca? Ya este año casi se acaba...

—Camilo, por favor. ¡Quiero salir de este pueblucho!

—Sofía, eres una niña. ¿Qué quieres estudiar?

—No sé. Pero quiero irme de acá.

—Irte a vivir fuera sería un gasto extra. Los ahorros solo nos cubren los estudios... ¿Por qué no buscas un instituto acá? O en una ciudad más cercana, tal vez.

—Odio conformarme con lo que nos tocó...

—Aprende a hacerlo, porque mientras no te pongas a trabajar, no tenemos otra forma de surgir.

—¿Para eso trabajas? —preguntó refunfuñando.

—Claro, porque si me quiero ir a estudiar fuera, tengo que aumentar los ahorros. Trabaja un tiempo y luego te vas a Santiago. ¿Te parece?

—¿Y dónde quieres que trabaje?

—Déjame hablar con Joaquín por si tiene algo en la radio. No te prometo nada, así que aprovecha tus tardes y ve a buscar trabajo a tiempo parcial.

—Bueno... pero el favor que te quería pedir era otro. —Se sentó y apretó sus manos de forma nerviosa.

—¿Otro? —Frunció el ceño.

—En realidad son dos... Uno es si puedes hablar con mamá para que me deje mudarme a Santiago cuando ya haya ahorrado lo suficiente...

—Dalo por hecho. —Se levantó y sacó de su jeans su celular. Necesitaba comprobar que ella hubiese respondido su mensaje.

—El otro es que el viernes me lleves a casa de Isidora, mi amiga.

—Olvidalo. —Levantó la vista y la vio de hombros caídos y haciendo morritos.

—Pero... ¿Por qué?

—Porque ese día trabajo y la casa de Isidora queda a dos horas de acá... Y supongo que tendré que ir a buscarte después. —Sofía asintió y con una enorme sonrisa rogó una vez más.

—Por favor, Camilo.

—Lo vemos el jueves, Sofía. ¿Mamá dónde está? —curioseó, enviando otro mensaje.

«¿Está todo bien?»

—Con la vecina. ¿Dónde te quedaste anoche?

—Con Joaquín —respondió seco, sin apartar la vista de su celular. Nada de Carolina.

—¿Y a quién le mensajeas? —indagó al tiempo que se ponía de puntillas y miraba la pantalla del celular. Camilo guardó rápidamente el aparato y entornando los ojos, respondió.

—A Joaquín. ¿Estás de interrogatorio hoy? —Caminó hasta su habitación y cerró la puerta sin esperar respuesta.

Llamó a Carolina una y otra vez, pero ésta no le contestó. Dejó mensajes de voz y al no dar con ella, decidió darse un baño antes de seguir insistiendo.

Sonaba y sonaba el teléfono pero no tenía ganas de hablar con nadie.

Dio la dirección del lugar al que recurría siempre que se sentía agobiada. Nadie más que ella y sus amigas, sabía que esa era su guarida.

—Al cementerio, por favor.

¿Por qué ese era su refugio? Porque allí estaba aquel al que había perdido años atrás. Ese que había desatado todo el problema con su marido.

Cuando llegó hasta el lugar en el cual descansaba el pequeño, lo saludó como siempre.

—Hola, hijo. —Se sentó en el prado y arregló las flores.

Respiró hondo y escuchó el cantar de las aves, el sonido de las hojas de los árboles al moverse con el viento y la risa de un niño a lo lejos.

Había asumido la muerte de su pequeño hacía mucho. Se había perdonado y también había perdonado a su marido.

Cuando éste falleció, solo tenía un mes de nacido y una bacteria que no pudieron controlar, atacó sus pulmones, llevándolo a un triste final.

El teléfono de Carolina no dejaba de sonar, tanto que decidió apagarlo. Quizás eran sus amigas, más tarde pasaría por casa de Paola y le contaría las novedades.

Y así lo hizo. Llegó a casa de su amiga en taxi y tocó el timbre.

—¡Caro! ¿Cómo es...? —Y la pregunta quedó en el aire porque la cara de Carolina le dio la respuesta—. ¿Qué te hizo Álvaro ahora?

La tomó de la mano y la guio hasta el living de la casa.

—No solo es Álvaro, es todo. —Se desplomó en uno de los sillones de la sala.

—A ver... Cuando fuimos al bar, de pronto desapareciste, ¿qué ocurrió realmente? Porque eso de que te dolía la cabeza, no me lo creí. —Había dado esa tonta excusa cuando le habían preguntado.

—Me fui a la barra y me encontré con...—dudó si continuar o no. Ocultó su rostro entre sus manos.

—¿Con quién? —preguntó alcanzándole una taza de café.

—En la clínica, me encontré con un joven... casi un niño. Hizo una entrada graciosa, me miró un buen rato y se fue. Pero cuando salí a fumar para esperar a que Ricardo me atendiera, vi cómo pasó lentamente con su moto cerca de mí, sin quitarme la vista de encima y luego desapareció como un rayo.

—¿Y qué tiene que ver eso con el bar? —Cada vez Paola entendía menos.

—Allí, sentado en el bar, me lo encontré.

—¿Te gustó el chiquillo? —preguntó entusiasmada y risueña—. ¿Te fuiste con él?

Carolina asintió con la cabeza.

—Sí... —dijo casi en un gemido.

—¿Sí te gustó o sí te fuiste con él?

—Hablamos un poco, me invitó a bailar y acepté —continuó sin responder. ¿Le gustaba Camilo?—. Pero Álvaro estaba allí y me hizo una escenita de aquellas por estar bailando con alguien menor que yo.

—Ese hombre no se cansa...

—Le contó a mi madre, le contó a Antonia... En fin. Decidí irme a casa y Camilo, el joven con el que bailé, se ofreció a llevarme y se lo permití. Hacía frío y me dio su chaqueta. Cuando nos despedimos, no dejó que se la entregara y aún la tengo en casa.

—Bueno, supongo que le pediste el número y ya se la devolverás. Fue una licencia que te diste esa noche y listo. No es nada grave. Aunque yo me hubiese ido a su casa, me pegaba un revolcón y si te he visto no me acuerdo. ¿Hace cuánto no estás con un hombre?

—¡Paola!

—Bueno... ¿Qué ocurrió después?

—Quedamos de tomarnos un café al día siguiente para devolverle su chaqueta...

—La excusa perfecta... la chaqueta. ¿Segura es un niño? ¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho —dijo con vergüenza y con sus mejillas encendidas.

—¡Dios mío! —Paola se llevó la mano a la frente y su expresión pasó de la excitación a la preocupación—. Bueno, por lo menos ya es mayor de edad.

—Paola, él es muy dulce... y un caballero.

—Es decir... te gusta. ¿Qué tal estuvo ese café? ¿Cómo te aguantaste una semana sin decirme nada? ¡Vaya novedad que tenías!

—No hubo café... no ese domingo por lo menos. —Paola de verdad que ya se sentía confundida. Se levantó y sacó de un pequeño bar una botella.

—Esto no se puede hablar café mediante, esto es más fuerte.

Luego de servir dos pequeñas copas del licor, dejó que su amiga continuara con el relato.

—Ese domingo me fui con Antonia de paseo y me olvidé de Camilo. Luego, cuando encendí el celular, me di cuenta de las mil llamadas perdidas. Sin embargo, no me atreví a llamarlo. No fue necesario, en minutos recibí una llamada de él. Estaba preocupado porque no lo atendía. Acordamos dejar para otro día el famoso café. Nos mensajamos toda la semana. Nos deseábamos buen día, buena noche... pero no concretamos ningún encuentro. Y de pronto, en medio de la lluvia torrencial de ayer, nos encontramos por casualidad en un café.

—¡Qué romántico!

—Terminamos refugiándonos en la casa de... un amigo.

—¡Entonces te diste el revolcón! —Paola abrió de par en par sus ojos. Bebió de un trago su licor y con un gesto de la mano la invitó a proseguir.

—No hubo revolcón, Paola.

—Ya. Un hombre, una mujer, lluvia... una casa solo para ellos y me dices que no pasó nada... ¡Guauuuu! ¿Estás perdiendo el training? ¡No me digas! ¿Era gay? ¡Qué lástima! —Paola gesticulaba exageradamente, lo que hacía sonreír a Carolina.

—Te pasas más películas que en el cine. Nada de nada, Paola y por cómo me mira... —concluyó avergonzada—...No es gay. Hablamos de todo cuanto te puedas imaginar. De su vida, de la mía. De cómo me sentí cuando sucedió lo de Álvaro... De todo. Pero terminamos sobre una cama, vestidos. Me quedé dormida por el roce de su mano sobre la mía, nada más que eso.

—¡¿Cómo es?! ¿De verdad existe un hombre así?

—Es muy dulce, atento, con una voz muy seductora a pesar de ser casi un niño. Tiene muchas ambiciones y convicciones en su vida. Vive con su madre y con su hermana menor. Es un poco más alto que yo, delgado pero se le nota que tiene un cuerpo tonificado. Trabaja en una radio.

—¿Cómo Joaquín? —Y en cuanto lo dijo, Carolina cubrió su rostro.

—Cuando desperté esta mañana, me encontré con que Anto estaba en la cocina del departamento en el cual me había quedado.

—¡Jó – de – me! —Carolina negó con la cabeza.

—Joaquín y Camilo son amigos... Me muero de la vergüenza. Nunca imaginé que su departamento quedaba justo en ese edificio.

—¿Lili lo sabe? ¿Cómo saliste de ahí?

—No, no lo sabe y no se lo digas, te lo ruego. Cerré la puerta de la habitación tan rápido como pude y me acerqué a Camilo, lo desperté y él habló con Joaquín.

—Y además... te cuida.

—Así es. —Asintió—. Quedó preocupado. Me ha llamado toda la tarde pero no he querido contestar. Y aparte de todo... discutí con mi madre que me sermoneó, luego con Álvaro... En conclusión, hasta Antonia me dijo que me pasé de la raya por no llegar a dormir. ¿Puedes creer?

—¡Ah! Por eso tu madre me preguntó por ti anoche muy tarde. Perdón. Si tan solo hubiese sabido...

—No te preocupes, no te avisé. Llegué y dije que estuve contigo pero no pude advertirte nada.

—¿Qué es lo que más te angustia? —Paola suspiró y se acercó para tomarle las manos.

—Todo Paola. Si no es con Camilo, será con quien venga que no podré rehacer mi vida tranquila. Álvaro estará a la sombra. Estos últimos días se aparece en casa cuando quiere y pide explicaciones como si aún fuera mi marido.

—No se las des.

—Por otro lado mi madre, que ya sabes cómo es.

—Envíala de viaje.

—No tengo un peso, Pao. Ando en taxi para arriba y para abajo. Quizás en dos meses más... con los ahorros que tengo, pueda comprar un auto.

—Mira, tu vida profesional la tienes armada. Tienes buenos clientes y te ganaste un lugar reconocido entre todos.

—Es cierto... —Asintió y se sacó la chaqueta que llevaba puesta.

—Tu madre, algún día se cansará y Antonia muy pronto estará viviendo su propia vida. Es hora de que empieces a rehacer tu vida personal también, Caro.

—Quiero arrendar una oficina para hacer la contabilidad de manera más formal. —De pronto la idea había llegado a su cabeza, cambiando el rumbo de la conversación.

—Me parece una buena manera de tener tu propio espacio, más independencia. Pero eso es a plano profesional, ¿qué hay del plano personal?

—No lo sé. Con Camilo nos llevamos bien, pero eso no quiere decir que vayamos a tener algo, Pao. Somos ¿amigos? —Se tomó unos segundos y luego aseguró—: Sí, eso somos.

—Ya... —lo dijo sin creerse ni una palabra de su amiga—. ¿Le contaste lo de Bastián? —Al escuchar ese nombre, se tensó.

—No... es algo muy privado. No me dio para tanto.

—¿Vienes de allá, verdad? —Carolina asintió con la cabeza y se levantó.

—Bueno, creo que me voy. Quiero descansar. ¿Sabes algo de Liliana?

—Me llamó después de tu madre, para decirme que a se habían comunicado con ella preguntando por ti y que si sabía dónde andabas.

—No se lo digas.

—¿Joaquín qué dijo?

—Hoy fue almorzar y me pidió que no me preocupara. Supongo que eso quiere decir que Antonia ni Liliana se enterarán por su boca.

—Es un buen chico, no lo hará.

—Espero que así sea. Muchas gracias por la charla. —Besó la mejilla de su amiga y se fue.

« 5 »

Llegó a su casa y no encontró a nadie. Siguió hacia la cocina y en el refrigerador, pegado con un imán, había un papel.

«Papá nos llevó a pasear con la abuela y Joaquín, llegamos mañana. Intenté llamarte al celular, pero está apagado. Besos. Anto.»

¡Era cierto! El celular. Lo sacó de su cartera y lo encendió.

Lo dejó sobre la mesa mientras bajaban los miles de mensajes, tanto de voz como de llamadas perdidas y se fue hacia su dormitorio.

Se deshizo de todas las ropas y se metió a la tina. Cuando ya estuvo envuelta en la toalla, bajó hacia la cocina y tomó el celular.

—¡Qué insistente!

Comprobó tres llamadas de Antonia, dos de Paola, una de Liliana, cinco de su madre, seis de Álvaro y cuarenta y tres de Camilo. Suspiró.

Leyó dos mensajes del mismo remitente. En uno le agradecía por la noche que habían pasado *«juntos»* y en el otro le preguntaba si estaba todo bien.

Observó la intermitente luz que indicaba que tenía mensajes de voz y marcó a la operadora para escucharlos. Eran dos.

Mensaje 1

«Hola, Caro. ¿Estás molesta? Perdón, no sabía que Antonia era tu hija y que conocías a Joaquín. De haberlo sabido jamás te hubiese expuesto como lo hice. Fue el entusiasmo de retenerte unas horas más conmigo».

Suspiró y dijo en voz baja:

—No seas tonto, Camilo. No tenías cómo saberlo.

Luego de que le indicaran que había otro mensaje, accionó el botón #2 para escucharlo.

Mensaje 2:

«Te he llamado bastante. Estoy preocupado. Si no quieres que te vuelva a llamar, solo dilo, pero hazme saber que estás bien. Un beso».

Volvió a la habitación con el teléfono en la mano. Encendió la radio de la habitación de Antonia y caminó a la suya para vestirse.

De pronto, la voz de Camilo retumbaba por todo el segundo piso.

—Y con esta canción, despedimos el programa de hoy. *«Qué será de ti»* de Roberto Carlos.

Carolina dejó a un lado sus prendas y se acercó hasta la puerta del dormitorio de su hija. Se quedó parada ahí, escuchando atentamente la letra.

*«Qué será de ti,
Necesito saber hoy de tu vida,
Alguien que me cuente sobre tus días,
Anocheció y necesito saber...»*

Retrocedió hasta su habitación y se sentó en el borde de su cama. Tomó el teléfono y, sin pensarlo, marcó el número de la emisora cuando acabó la canción.

—Bueno amigos, esto ha sido todo. Que mañana sea un buen domingo y nos vemos el Lunes, a la misma hora y... —Desde los controles, uno de los asistentes le hacía señas—. A ver... al parecer tenemos una nueva llamada. La última porque el programa ya está finalizando. ¿Hola?

—Hola... —Cuando escuchó la voz de Carolina, pidió al de controles sacarlos del aire y que se retirara.

—Dame un segundo. —Tomó el teléfono fijo y preguntó—: ¿Escuchaste la canción?

—Ajá. Estoy bien, Camilo. Tuve un día difícil, nada más. No te culpes, no tenías cómo saber que conocía a Joaquín y que mi hija era su novia.

—No quise exponerte así, ni que salieras como una delincuente.

—Ya te dije, no te preocupes.

—¿Puedo verte? —Se le escapó sin pensar.

—¡Ay, Camilo! ¿Sabes que esto no va a ninguna parte, verdad?

—Dime dónde estás y estoy allí.

—En mi casa. —Carolina se levantó en seguida y corrió a buscar una camisola y una bata.

—¿Está tu hija? ¡Perdón! Qué imprudente soy.

—No, no hay nadie hasta mañana. —Paola tenía razón. Podía pasarlo bien. ¿Qué de malo había en eso? Era una mujer libre.

—Entonces... ¿Puedo ir? —Camilo se golpeó la cabeza en cuanto lo dijo. ¡Qué tonto! Carolina sonrió y volvió a repetirlo.

—Sí, Camilo. Estás cordialmente invitado a mi casa. Te mando la dirección por privado.

La premura con que Camilo se dirigió en su moto a la casa de Carolina fue proporcional a la que utilizó Carolina para elegir lencería que estuvo mucho tiempo dormida, tal cual lo estaba ella en lo que se relacionaba al amor y los deseos.

Cuando el timbre sonó. El nerviosismo se apoderó de ella.

—Hola... —dijo sonriendo.

—Hola... —respondió Camilo mientras sacaba el casco de su cabeza.

—Pasa... ¿Un café? —Camilo se quedó mirando la delgada figura de Carolina. Lucía un vestido simple, pero ella se veía fantástica.

Luego de mucho pensarlo, Carolina eligió vestir algo sencillo, y la lencería, aunque la llevaba puesta, no pensaba estrenarla aún... Era una locura.

—¿Y bueno, un café? —Él asintió.

—Tienes una casa muy linda.

—Muchas gracias. —Sonrió—. Pasemos a la cocina.

Camilo se sentó en un pequeño taburete.

—Perdón por... —dijo mirando la espalda de la mujer, quien se movía con seguridad.

—No es nada. No tenías cómo saberlo, Camilo —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Así que estás sola? —preguntó nervioso—. Gracias. —Recibió el café que le extendía.

—Sí, mi ex marido salió con mi hija y mi madre...

—Ah... y con Joaquín. Me comentó que se iba a la playa. —Carolina alzó las cejas, suspiró y asintió.

—Sí, y con Joaquín.

—¿Es un poco raro, no? —Sonrió Camilo.

—¿Un poco? Bastante. Me recuerda lo vieja que soy. Tú podrías ser el novio de mi hija o... mi hijo.

—¿Te complica tu edad?

—No es eso... Lo que sucede es que yo voy de vuelta y tú tienes tanto por vivir aún. —Respiró profundamente y se sentó frente a él—. ¿Cómo va eso de estudiar en la Universidad?

—Estoy ahorrando. En la radio me va muy bien así que espero dentro de un año comenzar a estudiar...

—Bien, me parece bien. Antonia quiere estudiar eso también. ¿A qué Universidad pretendes ir?

—Aún no lo tengo claro. Quiero una estatal porque económicamente solo cuento con una pequeña herencia de mi padre, pero me falta un poquito más y podría costear la carrera completa.

—Te irá bien, ya verás. —Carolina estiró su mano y presionó la de Camilo. El contacto a ambos les produjo un cosquilleo—. ¿Tienes hambre? Aún no he cenado.

—Te tengo una invitación, Carolina. —Dio vueltas a su café y la contempló con dulzura.

—¿A mí? —Echó un vistazo a su reloj. Ocho y media de la noche—. Es tardísimo.

—Es temprano aún. Vamos, te invito al cine y a algún centro comercial cercano en donde cenar. Pero no será un gran restaurante. Comida rápida, *pop corn* y una *peli*. ¿Te parece?

Carolina se miró el vestido... Quizás si usaba Jeans y una chaqueta del mismo material, luciría más joven. Quizás si...

—¡No te lo pienses tanto! —Camilo se levantó de la silla y le estiró la mano—. ¿Vamos?

—Dame diez minutos —aceptó entusiasmada y subió las escaleras corriendo.

En una hora estaban entrando a un centro comercial que tenía de todo. Supermercado, cine y restaurantes de comida rápida.

—¿Qué quieres comer? —preguntó mientras la ayudaba a bajarse. Rozó con delicadeza la cadera que se notaba más prominente en esos jeans ajustados.

—Una pizza.

—Listo, vamos porque tengo entradas para la última función que es dentro de una hora.

—¿Qué película es? —Sonrió—. ¿Y si no me gusta?

—Te va a gustar, ven. —Tiró de su mano y se sentaron en un restaurante italiano.

Rieron de cosas sin sentido, comieron a gusto y cuando estaban a punto de levantarse, Camilo preguntó:

—¿Aún lo quieres? —La pregunta pilló desprevenida a Carolina. No entendió en un principio.

—¿A qué te...? ¡Ahhh! Ya comprendo. No, Camilo. —Tomó su vaso de jugo natural y lo bebió lentamente.

Camilo paseó sus ojos entre la boca de Carolina y el ceño que a ratos se fruncía mientras ella debatía si hablar o no de ese tema con él.

—Álvaro, mi ex esposo, tiene otra vida aparte de la que construí con él. Y aunque estuviera soltero, jamás volvería a su lado. Pasaron muchas cosas que desgastaron la relación, y no te hablo solo de su infidelidad, sino que también del ritmo de vida que él tenía con su trabajo y... —No siguió hablando, bajó la mirada que de pronto se volvió triste.

—Disculpa, no debí... Ven, vamos que se nos hace tarde.

Pagó la cuenta y volvió a tomar de su mano, pero esta vez se tomó el tiempo de entrelazar los dedos. Carolina sonrió mientras el viento le hacía bailar el cabello, desprendiendo ese olor a rosas que le encantaba, que lo encendía y que le hacía sentir en el lugar correcto.

—¡Mira! —Carolina dirigió su mirada hacia todos lados y no vio nada fuera de lo común: un par de carros de supermercados. No supo cómo, pero Camilo la tomó en brazos y la dejó dentro de uno de ellos.

—¿¡Qué haces, loco!? —exclamó mientras se carcajeaba, y eso a Camilo lo llenaba de aire. Y a ella, ese brillo que Camilo le dirigía con su mirada, la llenaba de vida.

—¡Divertirnos!

Corrió con ella entre los estacionamientos. Recorrió varios metros con ella sobre el carro de supermercado mientras ésta abría los brazos sintiendo el viento que le otorgaba libertad. Sí, se sentía libre. Camilo le cambió su rutina, pero la hacía sentir libre, jovial y ese revoloteo en el estómago producto de las miradas y atenciones de aquel muchacho, no lo había sentido hacía más de veinte años.

Llegaron a la fila del cine riendo y tomados de la mano. Cuando Carolina vio el título de la película, se frenó.

«20 años no importan»

Miró a Camilo y éste sonrió para luego agregar:

—No importan, Carolina. A mí no me importan. —Le sostuvo la mirada, pero la fuerza con la cual esos ojos lo miraron, hizo que la desviara luego de algunos segundos. Y no porque le ocultara algo, sino por el miedo que sintió al darse cuenta de que aquella mujer podía acceder a rincones internos de los cuales estaba seguro, nunca se iría. Miedo a que se volviese imprescindible, tal como lo es el aire para respirar.

—No me digas eso... —suplicó con pena, pasando el peso de su cuerpo de una pierna a otra y resoplando—. Por favor, no lo digas...

Camilo se acercó despacio, volvió a mirarla sin apartar a vista de sus labios, y con ambas manos tomó sus mejillas. Sentía la resistencia de ella.

—¿A qué le temes, Carolina? —susurró a centímetros de su boca.

—Es una locura, Camilo...

—Seamos locura, entonces. —Se acercó aún más. Ahora sí podía rozarla y el temblor de su labio izquierdo lo incitó a más. Contuvo un gruñido y dejó que sus labios se hundieran en los de ella. Succionó con maestría y Carolina se dejó llevar. «*Es un hombre que sabe besar*», pensó y aferró sus manos a la camisa de Camilo.

El beso se prolongó. La besó con dulzura una, dos, tres veces y luego él se apartó, despacio y temblando.

Carolina no podía explicar el fuego que se había encendido con solo haber rozado sus labios. Camilo no lograba comprender la necesidad de volver a fusionar sus lenguas, estrecharla entre sus brazos y sentirla temblar como si fuera una adolescente.

La tomó de la mano, con un poco más de confianza por la intimidad ya compartida y la guio hasta la sala de cine.

Al volver a casa de Carolina, ella dudó si dejarlo pasar o finalizar la velada. El dar tantos pasos hacia adelante, le hacía temer por el retroceso al cual se podría enfrentar. «*Lo que rápido empieza, rápido termina*», recordó.

—Dame un segundo —requirió Carolina.

Entró a la casa mientras el hombre que la había besado tan apasionadamente, la aguardaba afuera.

Volvió y le dijo:

—Toma... Ya no hay excusas. —Le entregó la chaqueta que días atrás le había pasado. Él recibió la prenda, la dejó sobre la moto y le respondió.

—Te equivocas. —Se acercó a ella con delicadeza y la volvió a besar, pero esta vez con más urgencia. Al separarse, le dijo—: Tengo la excusa de buscar tus labios. Nos vemos, Carolina.

La besó una vez más y luego de guiñarle el ojo, se subió a la moto y desapareció con la promesa en el aire de volver.

Ella, entró y se apoyó en la puerta con los ojos cerrados. Inhaló y exhaló de forma acompasada hasta que su madre la sobresaltó.

—Sigue, Carolina... Sigue ensuciando nuestra reputación. —Dio un respingo y abrió los ojos.

—¿No estaban en la playa con Álvaro? —preguntó obviando el agrio comentario.

—Claro, por eso se te ocurre llegar a las tantas... ¿Pensabas dejarlo entrar a esta casa de bien? ¡Deberías tener vergüenza!

—¿Por qué he de tenerla, mamá? Soy una mujer adulta, hace mucho dejé de dar explicaciones y no voy a volver a darlas por el simple hecho de que ahora esté divorciada.

—No es de una dama estar hasta tarde en la calle con un hombre... ¡Qué digo hombre, es un niño!

—¿Antonia dónde está? —preguntó cruzándose de brazos.

—Esa es otra que anda descarriada —refunfuñó Norma acomodando su bata de dormir—. Se fue con Joaquín, por más que Alvarito le dijo que no lo hiciera... Tiene a quién salir, también.

Besó la mejilla de su madre y sin mirar atrás se encerró en su habitación para recordar la velada.

Muy avanzada la madrugada, se durmió entre ilusiones, culpas e inseguridades. ¿Cómo sentir algo dentro de su pecho sabiendo que para todo aquello había un final inevitable? Quince años de diferencia se sentían, quince años que a él le faltaban por vivir, quince años en los que ella ya había hecho todo lo que él aún no hacía.

« 6 »

—En algo raro anda mamá —comentó Antonia aún con el pecho agitado.

—¿Tienes que meter a tu vieja justo cuando me acabo de ir?
—Joaquín resopló mientras retiraba el condón que acababan de usar.

—Perdón... Es que anda rara, muy rara. El otro día la escuché cantando mientras cocinaba.

—¿Y qué tiene? Está feliz, tal vez. —Se removió inquieto. Él sabía muy bien a qué se debía tanta felicidad. Su amigo se comportaba igual.

—¿Crees que pueda estar saliendo con alguien? Digo... Escuchaste a papá en la playa. Él piensa que está saliendo con un chico mucho menor, casi de nuestra edad, Joaquín.

Joaquín se levantó y le dio la espalda. Luego de calzarse su bóxer, dijo:

—Antonia, y si fuera así... ¿Qué tiene de malo?

—No lo sé... No me la imagino con otro hombre y mucho menos con alguien que podría ser su hijo.

—Déjala que se reconstruya. ¿Cuánto lleva separada?

—Poco más de un año. Mira, yo apoyo a mi mamá. Admiro todo lo que ha hecho para mantener la casa sin recibir ni un solo peso de papá...

—Entonces, no le des la espalda si ella te ha tendido sus brazos. Mi amor, tu madre merece ser feliz también. Y a la persona que la haga feliz, no la elige ni tu padre, ni tu abuela, ni tú... Es ella, así como tú decidiste estar hoy conmigo.

Antonia se levantó de la cama y se acercó hasta donde estaba Joaquín, lo abrazó por la espalda y se la besó.

—Te amo tanto, Joaquín. —Éste giró con cuidado y tomó entre sus manos el rostro de su amada. Besó su frente, su nariz y sus labios.

—Vamos, es hora de dormir; mañana quiero que me acompañes a la radio.

Por su parte, Camilo se dio vueltas y vueltas en la cama.

—¡Ay, Carolina! —Suspiró—. No imaginas cuánto me gustas.

Tomó su celular y quiso escuchar su voz antes de dormir. El solo pensarlo, despertó su erección.

Estaba mirando la pantalla del celular cuando entró la llamada de Ximena, una amiga con derecho a roce que tenía hacía poco menos de un año.

—Ximena... —contestó.

—¡Camilo! Estoy en casa, mis padres se fueron de viaje, ¿quieres venir? —preguntó con voz juguetona.

—No, Xime, hoy no —aseguró tajante.

—¿Entonces cuándo? Cami... llevas desaparecido semanas, evades mis llamados, todo... ¿Pasó algo? ¿Todo bien con tu mamá?

—Claro que todo bien. ¿Te parece si nos reunimos? Necesito hablar contigo.

—¿Qué sucede? Tengo libre el próximo sábado. ¿En mi casa?

—En un café, Ximena. A la vuelta de tu casa hay un café. Ahí nos juntamos.

—Perfecto.

Colgó y desistió de la idea de llamar a Carolina.

«*Debe estar durmiendo*», pensó y decidió hacer lo mismo.

Llegó el día viernes. Camilo intentó comunicarse con Carolina, pero no obtuvo resultados, solo una grabación que decía que por trabajo, no podía atender.

—Camilo, recuerda que hoy es el día.

—¿De qué? —preguntó a Sofía, que luego de tomar un vaso de leche, salió corriendo hacia la calle.

—¡Salgo una hora anteeeee! Te espero.

Entonces recordó el compromiso que había asumido el día anterior.

Camilo había estado lanzando una moneda al aire, apoyado en un muro, hasta que se acercó a espantar a unos chicos que rodeaban a su

"morenita", la *Honda* color negro que tanto sacrificio le había costado

—A ver, a ver, niños... ¡Vayan a sus casas y déjenme a la morenita tranquila!

Los muchachos salieron corriendo, excepto uno.

—¿Así se llama? ¿Morenita? —dijo un chico rubio que tropezaba con sus cordones desabrochados, a la vez que examinaba curioso la moto.

—Sí, es mi Morenita. —Golpeó un par de veces su moto con orgullo y continuó conversando.

Por su parte, cuando Carolina salía con un maletín de la oficina de contabilidad del Colegio Santa María, no podía creer lo que veía. ¿Qué estaba haciendo Camilo allí?

Disminuyó la velocidad para observarlo más detenidamente. Ahí estaba él, con la sonrisa marcada en el rostro y mostrando su moto a un niño. ¿Serían hermanos? Imposible, ya le había dicho que tenía solo una hermana menor. Siguió observando y vio cómo el chiquillo se despidió e inició su camino solo, calle abajo.

El joven revisó su celular, golpeó con él su palma y luego, mirando a la entrada del colegio, volvió a guardarlo en su chaqueta de cuero. Carolina alcanzó a esquivar su mirada y se ocultó en una columna de concreto.

A las carreras apareció una chica por el pasillo, de uniforme escolar y con una mochila colgando de uno de sus hombros.

Cuando la joven salió del colegio, se escuchó un grito:

—¡Camiiiiiiiiiiiiilooo! Qué bueno que viniste. —Se abalanzó para quedar colgada a su cuello y luego de un par de besos... ¿Dónde? No alcanzó a ver. En fin, luego de un par de besos donde quiera que sea, se montó en la moto.

—Vamos, nos esperan. —Le guiñó el ojo y le hizo compañía en la moto. Ella lo abrazó por la cintura y se fueron por el sentido contrario al que se había marchado el niño.

«*Su novia. ¡Qué ilusa! Ahora la amante resulté ser yo*».

Carolina sacaba sus propias conclusiones de la escena que acababa de presenciar.

Si esa niña no hubiese aparecido, lo más probable es que se hubiese acercado a él, quizás lo saludaría y le invitaría a un café.

Horas después, su teléfono se llenaba de mensajes y llamadas perdidas de Camilo. No contestó ni una sola. Se dedicó a presupuestar todo

para una nueva idea que tenía en mente. En eso estaba, cuando Liliana la llamó.

—¡Caro! Amiga, voy a hacer una cena en casa, te llamo para que vengas. Pao ya me confirmó.

—Hola, Lili.

—Perdón, siempre se me olvida saludar. Hola —Sonrió.

—Me pillas en este preciso momento revisando unas cotizaciones.

—¿De algún cliente? —preguntó la amiga.

—No, más. Quiero montar una oficina de contabilidad. Quiero algo mío.

—¡Bien! Más motivos para celebrar.

—¿Más? ¿Hay algo que yo no sé?

—Ricardo me invitó a salir mañana —cuchicheó—. ¿Te das cuenta? El doctorcito finalmente caerá en mis redes. —Ambas rieron y Carolina acotó algo más.

—Tal vez quien termine cayendo en sus redes seas tú. Ricardo es un hombre fantástico, me alegra mucho que salgan. ¿Estará hoy? Mira que el jueves debí pasar a la consulta y no fui. No quiero que se ponga a sermonearme en plena cena.

—No, tranquila. No viene. De igual forma, por favor anda a controlarte.

—Yo me siento regia. A parte, cada vez que veo a Ricardo, salgo de la consulta con una infinidad de restricciones para comer.

—Te cuida, Caro.

—Es su trabajo, para eso le pago... para que me haga pasar hambre. ¡Qué terrible!

—Pero tranquila, Carolina. Hoy no pasas hambre, de eso seguro.

—Estaré ahí, tengo algo que contarles...

Cenaron tranquilamente, Paola hablando de su amigo del bar, Liliana de la cita que tendría al siguiente día y Carolina en silencio.

—Dale, Caro... ¿Qué sucede? No has dicho nada en toda la noche —reclamó Paola.

—Lo besé. —Paola abrió muy grandes los ojos, y Liliana, en cuanto escuchó, preguntó:

—¿A quién? ¡¿Volviste a besar a Álvaro?! ¡Pero Carolina!

Liliana hacía gestos con sus manos, mientras que Paola observaba todo desde un rincón de la sala. Carolina, por su parte, recién asimilaba que a Liliana no le había dicho nada.

—Lili... Hay algo que tú no sabes...

Relató encuentro tras encuentro, hasta que nombró a Joaquín y Liliana se desesperó.

—¿Estás saliendo con Camilo? Por el amor de Dios, Carolina... Ese es un chiquillo. —La afectada se removió nerviosa en su asiento.

—Bueno, pero ambos son mayores de edad. No están haciendo nada malo —defendió Paola.

—Paola, tú porque no lo conoces. ¡Es un niño! Le vieras la cara... ¡Podría ser Joaquín, Carolina! —Se quedaron las tres en silencio, hasta que Liliana se acercó hasta el sillón en el cual reposaba Carolina—. A ver, dime. ¿Te sientes sola? ¿Es eso? Quizás extrañas a Álvaro y... —Que nombrara a su ex marido fue la chispa que encendió la furia de Carolina.

—¿Tú también? Lili, no lo busqué, no fue algo que necesitara precisamente. Apareció, llegó sin que lo imaginara.

La voz se le quebró y se levantó para refugiarse tras un ventanal. Se tomó unos segundos y mientras era observada atentamente por sus amigas, continuó:

—Él es fantástico, dulce, alegre y me hace sonreír como ninguno. Se preocupa por mí y a pesar de su corta edad, puede comprender una mirada como un experto. Me respeta y lo que más me aterra... —Dirigió la mirada a sus amigas—...es que me gusta que sea así. Deseo su llamado, sus mensajes y aunque me resista, me alegra ver un centenar de llamadas perdidas, porque sé que un centenar de veces estuvo pensando en mí. Me asusta saber que si sigue conmigo quien sufrirá será él, porque no tengo nada para darle, su futuro no está conmigo. Me da pánico que ante eso, él pueda buscar otros brazos cuando se dé cuenta que esto no va para ningún lado. Y lo que más me estremece, es que si no lo aparto ahora, después me moriré de dolor.

No limpió sus lágrimas, dejó que corrieran mientras sus amigas miraban al suelo. Luego de llenar aire en sus pulmones, dijo:

—Quizás ahora que lo he visto con otra mujer, sea fácil dejarlo ir.

—Lo besaste, te besó, pasaron una velada increíble ¿y tiene a otra? —preguntó Paola.

—Lo vi con una mujer joven. Debe estar en último año de colegio.

—Debe ser Sofía, la hermana... —agregó Liliana.

Carolina, al escucharla, alzó las cejas. Era una opción.

—No lo sé. Pero es cierto lo que les digo, chicas. Por más que me guste, esto no va a ningún lado. Es mejor que lo corte ahora. —Se hizo un nuevo silencio, pero Carolina cambió abruptamente de tema—. Bueno, bueno, sin embargo sí tengo algo que contarles, es sobre... mi oficina de contabilidad.

—¿Oficina? —preguntó Liliana. Paola que ya algo había escuchado sobre eso, no emitió comentario y Carolina asintió con la cabeza y se sentó al lado de ambas.

—Revisé mis finanzas. Puedo armar una en el centro, amoblada. Además, en dos meses más, si sigo como voy, puedo adquirir un auto. No será nuevo, pero me servirá para movilizarme. ¡Estoy contenta! La idea se me ocurrió hace unos días, revisé un poco y... ¡puedo hacerlo! —Abrió sus brazos, mostró su sonrisa sincera y las amigas la abrazaron.

—¡Te felicito, Caro! —Paola era la más entusiasta.

—Igual, si prefieres, vemos otros locales en el centro para que compares precios... Podrías esperar un poco, afirmarte más y luego abrir la oficina. —Liliana intentaba aterrizar a Carolina, que con el entusiasmo se olvidaba que el cielo es tan alto que la caída puede ser mortal. Pero a Carolina, no le gustaba que la frenaran. Ella se lanzaba y si había que hacer aterrizaje de emergencia, entonces recién ahí ponía los pies sobre la tierra.

—¡Vamos, Lili! Estoy feliz, no me lo arruines. Empezaré de a poco, pero quiero tener mi lugar.

—Sabes que estoy contigo, pero soy tu amiga y tengo que decirte lo que puede pasar.

—Lo sé... Pero por favor, no me bajes de la nube ahora. No hoy —suplicó y abrazó a su amiga.

Estaban en ese abrazo cuando Joaquín, cargado con unos amplificadores, entraba a la sala junto a Camilo.

—¡Qué lindas se ven! —dijo Joaquín, dejando en el suelo todo y caminando hasta donde estaban las tres mujeres.

Camilo la vio, se quedó mudo y una sonrisa se le escapó. Antonia venía tras él, y como le obstruía el paso, dijo a viva voz:

—Córrete, cabezón. —Se hizo a un lado y miró a los ojos de Carolina.

—¡Mamita! Qué lindo verte acá. —La madre extendió los brazos a su hija, pero no dejó de mirar en ningún minuto al muchacho que la observaba tímido desde un rincón—. ¿Te vas a la casa?

Paola que se había dado cuenta de la tensión entre ambos y salió al rescate.

—No, no, Antonia. Tu madre se va conmigo a festejar. —Guiñó un ojo a su amiga y Camilo.

—Mamá, él es Camilo, trabaja en la radio.

El joven se acercó seguro, estiró su mano y Carolina, con miedo, dejó caer suavemente su palma en la de él. Éste la besó como lo hacían los antiguos caballeros y Carolina, soltó lentamente el aire retenido. Sonrió delicada y con una mirada profunda, le dijo todo lo que no le podía decir delante de su hija. Él le respondió igual, y con sus ojos risueños, le acarició no solo su rostro, sino que también el alma. Así era Camilo, con su sola presencia, templaba la voluntad de Carolina.

—Mucho gusto. —Ella dijo en un murmullo. Él tan solo hizo un movimiento de cabeza.

Ninguno en aquella habitación podía dimensionar lo que ambos estaban sintiendo. Ninguno escuchaba los latidos hambrientos de esos dos corazones que necesitaban latir juntos y al mismo son.

—Mamá, me voy a casa de Joaquín. —Fue escucharla y cortar el contacto para dirigirse a su hija.

—Otra vez, Anto. Joaquín, me vas a disculpar, pero esta niñita no ha llegado en toda la semana a la casa.

—Lo sé, Carolina. Disculpa. —Giró para mirar a su novia—. Mi amor, tu mamá tiene razón... Mejor ve a casa.

—¿Para qué si tú no vas a estar, mamá? —preguntó cruzándose de brazos.

—Antonia, por favor. La abuela...

—La abuela se enoja contigo y me joroba a mí. No me metan en medio. —Antonia gesticulaba mientras que su madre le imploraba con la mirada para que se comportara ante los asistentes.

Cuando Antonia se quedó callada, Liliana habló para cortar el mal momento.

—Bueno, bueno... deja que los chicos se vayan tranquilos y nosotras salimos. —Le hizo un gesto a Carolina para que entendiera que la intención era que tanto ella como Camilo, quedaran solos y pudieran hablar.

—Vamos, amor. —Joaquín besó la coronilla de su novia y tomó de su mano.

—Camilo, ¿quieres que te vayamos a dejar? —consultó Antonia, preocupada.

—No, vayan tranquilos. Yo termino de descargar la camioneta y me voy en ella.

—Perfecto, besos.

Se despidieron de todos y cuando se cerró la puerta, las dos amigas miraban alternadamente a Carolina y Camilo.

—Liliana, yo... —intentó decir Camilo.

—Nada, Camilo. Ustedes dos ya saben qué hacer y qué no. —Camilo frunció el ceño y miró a Carolina, que ocultó su mirada perdiéndola en sus manos.

—Paola y yo iremos a dar una vuelta, quedan en su casa.

Quedaron solos. Camilo fue el primero en acercarse y estrecharla en un abrazo. La necesitaba sentir cerca. Carolina se dejó abrazar, necesitaba sus brazos envolviéndola.

—Te extrañé, ¿por qué no contestaste?

—Estoy viendo un proyecto nuevo que quiero iniciar.

—Cuéntame. —Le tomó la mano y la llevó hasta un sillón en el cual se sentaron ambos. Se miraron a los ojos, atentos a los movimientos y gestos del otro.

—Mi idea es ubicar en el centro una oficina de contabilidad. Tener mi espacio, sin depender de los horarios de los clientes para trabajar. —Sonrió y sacó su celular—. ¿Quieres ver las fotos?

—¡Claro! Muéstrame. —Tomó en sus manos el celular, pasó foto por foto y exclamó—: ¡Es amplia! ¿Cuándo comenzamos a armarla?

—¿Comenzamos? —preguntó extrañada.

—Claro, te quiero ayudar.

Ella se levantó lentamente mientras apoyaba ambas manos en sus rodillas para tomar impulso.

—Camilo... ¿No crees que vamos muy rápido? —Usó sus manos para expresarse—. No sé, me encanta tu compañía, pero no tapemos el sol con un dedo. Ambos sabemos que esto no tiene futuro.

Camilo dejó el celular a un lado, apoyó ambos codos en sus rodillas y unió sus manos para sostener con ellas su barbilla.

—Caro, tú a mí me gustas y mucho. ¿Le temes al qué dirán?

—Yo puedo con lo que hable la gente, pero no puedo con la decepción. Ya me dejaron una vez... —Giró para mirarlo y se vio reflejada en sus ojos.

—A ver... —Camilo se levantó para atrapar ambas manos de la mujer, quien las movía nerviosa—. Me gustas, lo sabes. A mí no me interesa que entre tú y yo haya una diferencia de quince años.

—Ahora, Camilo. Ahora no interesa. Pero cuando tu entusiasmo se pase, yo seré desechable.

—¿Tan mal piensas de mí?

—No, es lo lógico. Querrás una mujer que te dé vida, que te dé futuro. Vas a querer hijos, vas a querer salir a divertirte y sabes que el tiempo lo dividiré con mi hija. No puedo pensar en futuro contigo si no te lo puedo dar.

—Te gusto, me gustas... Si quieres ver cómo se nos va dando, perfecto. Pero no nos tires a la basura sin intentarlo.

Las manos de Camilo rodearon las mejillas de Carolina, quien quería darse una oportunidad, pero que estaba segura que si eso no resultaba, no podría recomponerse. Él se acercó despacio. Buscó los ojos de la mujer que lo volvía loco con solo respirar. También tenía miedo. Le preocupaba la forma arrasadora con la cual había irrumpido en su monótona vida. Sin embargo, se arriesgaría.

Aquel beso que se dieron, fue el punto de partida de una relación que tenía muchas más contras que pros. Se estaban arriesgando a perder el corazón, pero lo harían con la intención de seguir viviendo lo que los tenía con una sonrisa, con el brillo en los ojos y los latidos a mil por hora cada vez que los pensamientos eran dirigidos al otro.

« 7 »

Llegó el día en que Camilo se reuniría con Ximena.

Él llegó puntual, pero ella le había enviado un mensaje diciendo que se había retrasado. Estaba nervioso. Poner un punto final no sería fácil. Y no lo fue. En cuanto se saludaron, ella notó que algo sucedía, por lo tanto se lo preguntó sin tapujos y él le respondió de la misma manera.

De todas las reacciones que creyó posibles, la que presenciaba en ese momento, era la menos esperada.

—Ximena, ¿podrías dejar de llorar? —solicitó incómodo y alcanzándole una servilleta de papel.

—Gracias. —Gimió al mismo tiempo que secaba sus lágrimas—. No te entiendo. Lo pasamos tan bien juntos, gatito. —Estiró su mano e intentó tocar la de Camilo.

—No me llames «gatito» —reclamó entre dientes.

—Antes te gustaba... —Se lamentó la mujer y volvió a secarse las lágrimas.

—A ver. No es nada contra ti. Soy yo el que no quiere seguir la relación porque... tengo interés serio en otra persona.

—Gati... —Se frenó cuando Camilo la miró molesto—. Camilo, ¿por qué? Estábamos tan bien. ¿Cuándo la conociste? ¿Es por eso que no contestabas mis llamadas?

—Cuando iniciamos esto, te dije que las explicaciones entre tú y yo no iban. Así lo hicimos, no veo por qué ahora tendría que responder todas estas preguntas. Cumpló con informarte que mi exclusividad la tiene otra persona. Aparte, ¿tú no estabas saliendo con alguien?

—Se acabó. Porque estaba enamorándome. Decidí cortarlo para no darle falsas esperanzas.

—Ves, eso es lo que me pasa a mí. —Sonrió al ver que podría entenderlo—. No quiero darte falsas esperanzas. Ahora que me dices que te

estás enamorado, me parece perfecto. De corazón deseo que puedas entablar una relación con...

—De ti, Camilo. —Lo miró con pena—. Me enamoré de ti.

Ante las palabras de Ximena, Camilo quedó desconcertado.

—No, Ximena. Estás confundida... No puedes enamorarte de mí.

—Lo estoy. —Asintió con la cabeza—. Pero no te preocupes, aún me queda un poquito de dignidad. Yo te quiero mucho, Camilo. Y deseo que la chica que ahora ocupa el espacio que ocupé yo, sepa valorarlo.

Ximena se levantó y Camilo la siguió. Le extendió los brazos y Ximena se dejó abrazar como añoraba. Fue un abrazo sincero y desprovisto de otras intenciones.

Carolina buscó un lugar cerca de donde había estado prestando sus servicios. Necesitaba trabajar tranquilamente y en un café lo podría hacer. ¡Cuánto necesitaba una oficina!

El lunes temprano, se dedicaría a firmar el contrato de arrendamiento y podría dejarla instalada durante la misma semana.

Estaba a punto de entrar cuando vio la moto de Camilo estacionada. Se alegró, durante el día no había recibido mensajes de su parte y lo extrañaba. Cuando estaba ingresando, se encontró con el abrazo de él y otra mujer. Frunció el entrecejo y decidió retroceder.

Ella no era celosa, pero sí las experiencias le hacían dudar. En la calle y con las puertas cerradas, se quedó pensando si volver a entrar o irse. Así estaba cuando la mujer salió, con lágrimas en los ojos y tan apurada que chocó con ella.

—Perdón —dijo Ximena sin mirarla siquiera.

Carolina supuso que en cualquier minuto saldría Camilo y decidió avanzar sin destino alguno.

—¿Caro? —Lo oyó decir a sus espaldas. Se giró despacio y lo saludó.

—Hola... ¡Qué sorpresa, Camilo! —Sonrió sin ganas.

—Vamos, te invito a un café —le dijo mientras se acercaba y tomaba con una mano su cintura, para luego besarla. No fue bien recibido. ¿Qué ocurría?

—¿Suced algo? —Entrecerró los ojos, mirándola a escasos centímetros.

—No. Mucho trabajo. No creo que pueda tomarme un café.

—¿Te parece nos vemos a la noche? —La idea le tentó, pero... ¿dónde?

—¿Cuál es el plan? —preguntó sonriendo, esta vez más animada. ¡Le costaba resistirse a esa sonrisa y el hoyuelo que tenía en una de sus mejillas!

—El plan es tú y yo en una cabaña en la montaña hasta mañana.

—Pero, Camilo... ¿Sabes lo que dirá mi madre cuándo se entere? —dijo con un gesto divertido—. Se nota que no la conoces...

—¿Me estaré raptando a su hija pequeña? —Sonrió y llenó de besos el rostro y cuello de Carolina.

—Eres muy dulce, Camilo.

—Eres exquisita, Carolina —dijo hundiendo su nariz en el pelo con olor a rosas. Para Camilo, no había nada más sexy que ese olor que desprendía su pelo. Mezcla de frescura y sensualidad.

—Debo trabajar, Camilo. —Intentó zafarse—. Te llamo a la noche para confirmar, ¿sí?

Bajó los brazos, hizo morritos de forma infantil y ante la sonrisa de Carolina, él también sonrió.

—Está bien. —Besó su nariz, luego sus mejillas y finalmente depositó un casto beso en sus labios—. Hasta más tarde, hermosa.

Lo vio alejarse en su moto y ella se quedó suspirando. La anulaba, la encendía y le hacía creer en futuro aun sabiendo que para ellos no existía.

Trabajó arduamente esa tarde, con el entusiasmo instalado en el pecho porque pronto lo volvería a ver. Se sentía una adolescente enamorada, pero a la vez una mujer madura que medía cada paso que daba para no caer al abismo.

Camilo, por su parte, esperó atento la llamada. No quiso insistir hasta que ella se comunicara.

Se movía desesperado por su casa y, cada tanto y de la nada, sonreía.

Sofía, jamás lo había visto así, y Margarita, presentía que una mujer era la causante de dicha actitud. Ambas se miraron cómplices y quisieron saber más.

—¿Qué ocurre, Camilo?, te noto inquieto. —Ante la pregunta de su hermana, éste la miró con gesto serio. ¿Tanto se le notaba la ansiedad por verla?

—Nada —respondió apartando la vista.

—Hijo, esa cara que traes no es por nada, es por alguien. Cuéntanos, ¿ya hay mujer que ronde ese corazón?

—No, mamá. Las únicas mujeres de Camilo somos tú y yo. No hay intrusa que pueda llegar a rondar ese corazón. —Camilo levantó la vista y sonrió. Sofía era muy celosa, no había podido presentar siquiera una mujer en casa por temor a que ésta la ahuyentara.

—A ver... —Se levantó y abrazó a su hermana en modo juguetón—. ¿Estás celosa? —preguntó con voz cantarina y besó la coronilla de su hermana—. Sofi, va a llegar el día en que una mujer no solo ronde mi corazón, sino que se quede para siempre a hacerles compañía a ustedes dos.

Sofía frunció el ceño. Jamás su hermano había hablado de ese tema, ¿por qué tocarlo ahora? ¿Era posible que su madre tuviera razón y que la actitud que veía últimamente en su hermano se debiera a una mujer?

—Ni lo sueñes. Aquí no entra nadie.

—¡Sofía! —regañó Margarita.

—Acá no hay espacio para otra mujer. —Se levantó enojada—. La última que ingresó se llevó a mi padre, no voy a permitir que Camilo también nos abandone por una.

Dicho lo anterior, se fue hecha un tornado hasta su dormitorio.

Camilo observó en silencio a su madre, que había quedado atónita frente a los dichos de su hija.

—¿Cómo lo supo? —dijo luego de un largo tiempo sin emitir palabra—. Camilo, ¿cómo supo Sofía que tu padre murió en brazos de Bárbara?

Inhaló profundamente, apoyó su mano en la cadera e inspeccionó a su madre antes de poder confesarle que había sido él quien después de ver sufrir tanto a su hermana, le contó que el innombrable de su padre se había acostado con la mejor amiga de Margarita.

Fue un error haberlo dicho, pero ya estaba hecho. Lo que no sabía, era que con aquella confesión, había alimentado un sentimiento en Sofía que muy pronto se convertiría en otra barrera a superar.

—No era justo que sufriera por él. Y menos que te culpaba a ti de todo lo sucedido —comentó Camilo.

—Sofía no me culpaba. ¿Por qué se lo contaste? No era necesario.

—¿Y que siguiera creyendo que por una discusión él se había infartado? Te culpaba, mamá... Quizás a ti no te lo decía pero las veces que entré en su cuarto y la encontré llorando, me lo decía.

—Eso no es cierto... —Margarita se removía nerviosa, mientras que con un pañuelo de género limpiaba sus lágrimas.

—No, mamita, no llores.

—Es que tú no te das cuenta. Ella adoraba a tu padre.

—Pero no era justo que se quedara con un concepto errado. Mi padre falló, nos falló. Perdón, quizás no debí decirle... —No le gustaba ver cómo su madre se alteraba con el tema.

Margarita se levantó y apoyó ambas manos en la mesa del comedor. Suspiró un par de veces y luego de que su mentón temblara, confesó:

—Lo extraño tanto, Camilo.

Solo pudo abrazarla. ¿Cómo culparla?

OceanofPDF.com

« 8 »

Y el momento había llegado. Una llamada de Carolina le confirmaba que había aceptado su plan para escaparse juntos a la montaña.

Pasó por ella a su casa, la notó cabizbaja.

—¿Qué pasó, hermosa? —Le tomó las mejillas y observó con detenimiento su rostro, específicamente sus ojos. Ella encogió sus hombros.

—Ya sabes, lo de siempre... Estoy agotada, Camilo. Cansada de discutir con mi madre.

—Shh —La calló con besos; pequeños, suaves, tiernos—. Vamos, tranquila... irá todo bien. ¿Sí?

¿Y cómo no creerle si estando junto a él se sentía segura, contenida, plena?

Iniciaron el viaje y al llegar, Camilo detuvo la moto frente a un complejo turístico.

—Bueno, hermosa, ésta es la cabaña —dijo mirando hacia atrás, en donde Carolina se mantenía aferrada a su cintura.

—Es precioso. Mañana podremos bajar al río. —Intentó soltarse, pero unas manos fuertes la retuvieron para no cortar el abrazo.

—¿Mañana? No... nos vamos ahora. Dejamos tu bolso y mi mochila en la cabaña y nos bañamos a la luz de la luna. Este es el mejor horario.

—¿Estás loco? ¡Es tardísimo!

—¿Ya tienes sueño? Noooo, no lo tienes.

—¿Y no se te ocurre pensar que pueda estar cansada? —Se soltó y apoyó ambas manos en la parte trasera de la moto. Giró la cabeza en dirección al viento y un montón de cabellos le cubrieron el rostro. Miró cómo bastante gente caminaba en dirección a la bajada del río. Muchachas curvilíneas que mostraban sin pudor sus cuerpos. A esa hora recién empezaba la noche de muchos jóvenes y ella ya estaba agotada.

—Perdón. Mi entusiasmo me lleva a ser imprudente.

Bajó de la moto y volvió a subir, esta vez quedando frente a ella. Acomodó los cabellos que aún caían sobre la delicada mejilla de Carolina y sin controlarse, la besó.

—¿Quieres ir conmigo a bañarte bajo la luna? —recitó como caballero andante y sonrió.

—Oh, por supuesto. —Rio como si le estuviera haciendo cosquillas. Y en definitiva así era. Ese pequeño beso en la mejilla le desató un hormigueo irrefrenable.

Le besó la sonrisa y con sus manos la acercó por la cadera. Besó su cuello, bajó lentamente iniciando un camino desde el hombro hasta su escote. Carolina se estremeció y automáticamente puso ambas manos en el torso de Camilo para poner distancia entre ambos. Él la soltó lentamente, comprendió el gesto como un llamado de atención por una nueva imprudencia.

—Lo siento. —Se aclaró la garganta y depositó un beso cerca del lóbulo de la oreja—. Vamos.

Le tendió la mano y la invitó a entrar a la cabaña. Era pequeña pero cómoda, había una sola habitación con un espejo gigante tras la puerta. En cuanto vio la cama de dos plazas miró ¿asustada? a Camilo.

—No te preocupes, puedo dormir en el sillón.

Carolina inhaló y exhaló. ¿Qué sentido tenía dormir separados si ya habían dormido juntos?

—Yo lo hicimos una vez... No habrá problema una segunda —dijo al joven.

—¿Lo hicimos? —Camilo alzó las cejas y sonrió socarrón. Al ver cómo la mujer rodaba los ojos, se corrigió—. Perdón, perdón. Mala broma.

Se bañaron en un arroyo, gritando por el frío. Él la arropó con sus brazos y ella depositó suaves besos en sus labios. La lengua de Carolina recorrió sin miramientos la boca del joven que se dejaba avasallar por una mujer con vasta experiencia en la vida pero con poco conocimiento en lo que se refería al verdadero amor. Y él quería volverla una experta, porque de eso tenía mucho para dar.

Volvieron a la cabaña entre miradas cómplices, mojados y tomados de la mano.

Carolina se dio una ducha mientras Camilo le cocinaba algo rápido.

Cuando Carolina se detuvo frente al espejo, dejó caer la toalla que la envolvía y se observó. Éste no le devolvió una imagen muy prometedora. ¿Qué le veía Camilo? ¿Estaba jugando a enamorarla y luego la abandonaría? Eran preguntas que se hacía a menudo pero que se le olvidaban cuando esos ojos la miraban con dulzura.

De golpe se abrió la puerta, ella intentó cubrirse rápidamente y se quedó inmóvil, mirando a los únicos dos espejos en los que le gustaba observarse.

—Disculpa... No sabía que...

—¡Date vuelta! —solicitó al instante que recuperaba la toalla.

—¿Ya? —preguntó luego de unos minutos.

—Sí —asintió.

Camilo giró y la vio sentada y envuelta en una gran toalla.

—¿Tienes hambre? Está todo listo. —¡Cómo lo enamoraba esa mujer! No podía negarlo. Su figura era lo de menos. Era tan delicada al moverse, al mirarlo, al hablar. Su cuerpo, aunque no perfecto, lo invitaba a protegerla y protegerse en él.

La quería, no había dudas. Y la quería con él. Estaba seguro que ella sentía igual. Desde que estaba junto a ella, ambos sonreían mucho más, y el deseo por tenerse crecía a pasos agigantados cada vez que se miraban.

Dejó que se vistiera tranquilamente y aguardó hasta que se presentó en el pequeño comedor.

—Qué rico olor... ¿Qué es?

—Pizza. —Sonrió y ella hizo lo mismo,

—¡Guau! Veo que es tu menú preferido —comentó haciendo alusión a la última cena que compartieron antes de ir al cine.

—Uh, cierto. ¿Cuál es tu comida favorita? —preguntó él, al tiempo que servía una porción de napolitana para cada uno.

—Mmm... Me gusta mucho el pollo al coñac —expuso seria, pero luego se acercó un poco y le confidenció—: Aunque mi preferida, es la reineta al horno. —Apretó los labios como si con solo recordarla disfrutara de su sabor—. ¡Exquisita!

—Reineta... —Camilo lo dijo más para sí mismo, como si con ello tomara nota.

La pizza rápidamente pasó a segundo plano.

Camilo disfrutaba de su compañía, de sus miradas, sus sonrisas y de sus besos.

Fue así como de un momento a otro, entre besos y caricias cayeron en la cama. Él sobre ella, mirándose a los ojos y pidiendo a gritos un paso más.

—Camilo... me incomoda mostrarte mi cuerpo. —confesó agitada—. Es tan distinto a lo que estarás acostumbrado. Tiene marcas de mis... —Se frenó, suspiró y continuó—... de mi embarazo. Mi cuerpo tiene pliegues que a pesar de haber bajado de peso no lograron volver a su lugar... Mis senos... —No continuó, no pudo hacerlo. Camilo la calló a besos, acarició su rostro y sus cabellos.

—No tienes que seguir explicándome cómo está tu cuerpo. No me interesa cuántos pliegues tenga, ni de qué tamaño son tus senos. ¿Aún no comprendes que lo que miro es ese lugar que me muestran tus ojos? —Bajó la mano que acariciaba la mejilla izquierda para llevarla hasta donde el corazón latía violento—. Esto no envejece y por los latidos que me devuelve, podría decir que está más vivo que nunca. ¿No es así, Carolina?

—Sí —siseó y dejó que corriera una lágrima por el contorno de su ojo. Camilo besó el húmedo recorrido que ésta había iniciado y luego se dedicó nuevamente a los labios de Carolina.

Él, aunque inexperto, se dejó llevar por el torbellino de sensaciones y emociones que jamás había sentido y que Carolina le provocaba.

Carolina se dejó amar, dejó que él la desvistiera lentamente; cuidadoso, cariñoso y sin titubeos. La tuvo frente a él, en ropa interior. A él le parecía perfecta, con su piel trigueña y suave. No, no parecía tener la edad que tenía. Si bien no era un cuerpo de los cuales acostumbraba a tener bajo suyo, era el cuerpo que quería. No quería curvas perfectas, quería a Carolina ardiendo junto a él.

Ella se acomodó más en la cama y vio cómo era observada por un hombre quince años menor. Veía la fascinación en la cara, veía la mezcla de dulzura y deseo en una sola mirada.

Cuando ambos quedaron completamente desnudos, Carolina poco a poco recuperó el control y fue ella quien se deshizo por la piel de Camilo. Gimió sin que importaran las mil murallas que los separaban. Esa noche no importaba ni la edad, ni el ex esposo, ni la madre, ni la hermana de Camilo. Ellos eran lo importante, ellos y la pasión contenida por tanto tiempo. Camilo con sus manos guio a Carolina para que se sentara a horcajadas sobre él. Se deslizó por la virilidad de Camilo y el temblor y el fuego de su vientre se expandieron por todo su ser.

Camilo se sintió explotar. Los espasmos con los que era recibido por parte de Carolina, en cualquier momento lo dejarían sin respiración. Tan suave, tan cálida, tan mujer. Le acarició la espalda mientras ella incrementaba el ritmo. No soltó su boca, y si alguna vez lo hizo, solo fue para refugiar su nariz en ese cabello que le entregaba el aroma del deseo. Rosas. Frescas y sensuales. Así era Carolina a diario, pero en la cama, también se convertía en volcán.

Cuando ambos llegaron a la cúspide del deseo, se abrazaron mientras temblaban. Carolina se sintió plena, y Camilo en el séptimo cielo. ¡La quería, la adoraba, la idolatraba!

Esa mujer tenía el poder de hacerlo querer pensar en futuro. Ese hombre tenía el poder de hacerla sentir viva otra vez.

Camilo no dimensionaba lo que había provocado.

«No te voy a olvidar nunca, Camilo. Quizás esto se acabe mañana, pero volví a sentirme deseada, volví a sentirme mujer en tus brazos. Me olvidé de complejos y eso te lo debo a ti».

Carolina, no imaginaba que también estaba influyendo, arrasando fuerte, en la vida de Camilo. Él, que fue un vagabundo sin mayores pretensiones, ahora quería todo para que Carolina fuera feliz, porque la felicidad de ella era la propia.

A la mañana siguiente, Carolina se despertó por el cosquilleo de un beso en su hombro. Abrió los ojos, se acostumbró a la luz y cuando lo vio, simplemente sonrió.

—Buenos días, Caro —Camilo sostenía una bandeja con dos tazas de café y ensalada de frutas.

Ella se desperezó y luego, lo miró complacida y se sentó en la cama para recibir el desayuno.

Camilo se sentó a su lado, sacó con su mano una frutilla y se la ofreció. Ella, delicada, la degustó.

—Mmm... ¡Qué rico!

Disfrutaron del íntimo momento y después de volver a amarse por la mañana, salieron de allí con una sonrisa.

—Me encanta esta cabaña —mencionó Carolina en cuanto subió a la moto. Camilo la quedó mirando, sonriendo, embobado—. ¿Qué? ¿Tengo algo en la cara? —preguntó asustada y comenzó a limpiarse el rostro.

—No... —sonrió Camilo—. ¿Te gusta, en serio?

—Sí, es hermosa, acogedora... parece un nidito. —Camilo solo besó la punta de la nariz de su ahora mujer y se subió a la moto.
«*Decidido*».

OceanofPDF.com

« 9 »

Carolina había pasado un fin de semana hermoso. Antes de dormir había rememorado todo lo sucedido en aquella cabaña, se sentía dichosa y no dejaba de sonreír.

Al día siguiente, se encargó de firmar el contrato por la oficina y en cuanto le entregaron las llaves, comenzó a organizar todo.

—Esas cajas, van allí. Yo luego las ordeno —instruyó Carolina a Joaquín.

—Antonia, pregúntale a tu madre que si cree que aquí va a caber todo. —Miró desde fuera, Norma. Quien desde que la había descubierto besándose fuera de la casa con Camilo, la evitaba.

—Mamá, dice la Nona... —Antonia estaba harta de ese jueguito. No comprendía el motivo por el cual no se hablaban, pero que ella fuera intermediaria, le agotaba.

—Ya escuché. —Se dirigió a su madre—: Mamá, deja de actuar así. Y sí, cabe todo. ¿Viniste solo a eso?

—No, también quiero ver cómo ese muchachito te ayuda. No es posible que todos estemos aquí como monigotes y él, ni señales. Pero claro... para besarte frente a casa...

—¡Mamá! —Carolina se agarró la cabeza. Así no era como debía enterarse Antonia.

—¿Ya lo besaste? —Antonia la miraba incrédula.

Joaquín caminó hacia la salida dejando a las tres mujeres dentro. A los lejos divisó a Camilo sobre su moto y supo que lo mejor era advertirlo y sacarlo de allí.

—¿Qué te pasa que haces tantas señas? —dijo al frenar su moto.

—Vamos. —Subió a la parte trasera.

—¿Me vas a decir? —preguntó extrañado.

—¡Arranca la moto y te explico!

Así lo hizo, anduvo unas calles y en un parque cercano se detuvo.

—¿Ahora me dirás qué mierda sucede?

—Sucedé que la mamá de tu mina, que resulta ser mi suegra, abrió la boca delante de Antonia y dijo que ustedes se besaron en la puerta de su casa.

—¡A la mierda! ¿Antonia ya sabe que soy yo? —Se agarró la cabeza.

—No sé si ya se lo habrá dicho Carolina, pero ya te enterarás... No creo que le parezca muy bien.

Finalizando las palabras, el teléfono de Camilo sonó.

—Hablando del Rey de Roma... —Enseñó su celular a Joaquín, en la pantalla se avisaba que la llamada entrante era de Antonia. Joaquín movió la cabeza, a sabiendas de lo que se venía. Atendió.

—¿Desde cuándo estás con mi madre, Camilo?

—¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto, Camilo. Mi mamá me lo acaba de decir. Dime desde cuándo y dónde estás.

Camilo cortó el llamado, se subió a la moto y anduvo las dos calles que lo separaban de la oficina de Carolina, dejando atrás a Joaquín.

—Aquí estoy.

Entró y vio a la madre de Carolina mirándolo con desprecio. A Antonia cruzada de brazos, con los ojos abiertos y a Carolina, con una leve sonrisa que lucía mientras encogía los hombros.

—Mucho gusto, señora. Yo soy Camilo. —Estiró su mano derecha para saludar a su «suegra». No fue recibido, fue ignorado. Norma salió por la puerta y solo dijo una cosa antes de salir.

—Cuando se les pase el calorcito en la entrepierna, no digas que no te advertí de que esto era una locura. Cuando llores como Magdalena porque te dejaron, tampoco esperes que limpie tus lágrimas. —Miró fijo a su hija y salió.

¿Por qué no creían en lo que él sentía? ¿Qué de malo había en enamorarse de una mujer unos años mayor?

«Enamorado». Así estaba desde que la vio. Enamorado y deseando que ella sintiera igual.

Carolina no emitió palabra, miró a su hija esperando encontrar un poquito de apoyo. Y lo encontró. Antonia se acercó despacio y la rodeó con sus manos, quedando en su pecho como si fuera una niña.

—¿Eres feliz, mamá? —preguntó suavemente. Carolina la miró a los ojos y no fue necesario que contestara. Antonia se giró y miró a Camilo—. Ni se te ocurra hacerla sufrir. Si prometes mantener la chispa en sus ojos, eres bienvenido.

Besó a su madre en la frente, sonrió y los dejó solos. Afuera estaba Joaquín esperándola con los brazos abiertos.

—Lo sabías, ¿verdad? —Éste asintió.

—Gracias por no decírmelo. Lo hubiera matado si mi madre no hubiese estado presente, mirándome como lo hizo.

Se subieron al auto de Joaquín, y al llegar al departamento, prolongaron la conversación.

Camilo observó contento a Carolina, que se acercaba con cautela.

—Lo siento... Veo que ya conociste a mi madre. —Se encogió de hombros y sonrió.

—Puedo con ella... Es cosa de que se acostumbre. —Tomó por la cintura a Carolina y depositó suaves besos en su hombro, cuello y labios.

—Conociste a Álvaro y no te intimidaste. Pero mi madre es bastante agria. El que se terminará acostumbrando serás tú. —Acarició el cabello del joven y besó su mejilla—. ¿Cómo es tu madre? ¿Tu hermana?

—Mi mamá, es un encanto. Mi hermana, una diablita celosa. Con ella nos costará. Pero cuando te conozca, dejará todos sus prejuicios de lado.

—¿Ya sabe de mí? ¿Qué soy mayor? —lo dijo con dolor.

Le costaba asumirlo. Asumir que se había enamorado de un hombre mucho menor. La inquietaba, no se sentía segura. Era como estar parada al borde del abismo, con la adrenalina a mil y con el temor incesante de caer.

—No, no lo sabe. —Camilo tomó con ambas manos sus mejillas—. No temas, yo soy quien elige con quien estar.

Besó con urgencia los temblorosos labios de Carolina. Caminó con ella hasta el escritorio que aún estaba sin ubicación designada. La sentó, se ubicó entre sus piernas y tiró con rapidez la blusa que su dama llevaba puesta. Los botones quedaron regados por alrededor y el jeans que cubría las piernas de Carolina, pronto quedó a los pies de Camilo.

Otra vez la tenía en ropa interior, frente a él. Comenzó a bajar su tanga lentamente, detuvo su andar y clavó la mirada en una cicatriz que habitaba en su vientre.

—Cesaria —explicó entre suspiros arrítmicos.

Camilo llenó de besos aquella parte que le recordaba que ella tenía una vida antes de él. Siguió bajando para dedicarse por completo a su femineidad.

No se detuvo hasta que ella, temblando y aferrada a su cabello, gritó su nombre. Escucharla gemir y con su nombre en la boca, lo excitaba, lo hacía sentir único.

Se desprendió de sus ropas para hacerle ver su virilidad.

—Te deseo como a nadie, Carolina. Te deseo a ti, mujer. —La recostó y subió para cubrirla con su cuerpo. Se introdujo suave, y fue recibido con la misma delicadeza.

El tierno roce entre cada movimiento, hacía que en silencio se les escaparan suspiros.

Carolina flexionó las piernas y Camilo viajó desde sus muslos hasta sus pantorrillas.

Necesitaba de su piel, necesitaba de sus besos, de su mirada transparente.

Había acertado. Hacía poco tiempo ya vislumbraba que esa mujer se colaría por rincones de los que no se escaparía jamás. La tenía en el pecho, en el alma, en la piel.

Ella no podía contener el temblor bajo la piel de Camilo. No quería dejar de sentir eso. No quería que el sueño se convirtiera en pesadilla. Lo quería con ella, haciéndola explotar como mujer, recobrando la seguridad perdida. Se sentía joven, se sentía viva, se sentía pisando fuerte. Y sabía que cada paso que daba, era observado por Camilo. Se había enamorado.

Durante la tarde, entre mimos y besos, armaron la oficina de Carolina. Quedaron satisfechos. No solo por cómo quedó, sino por cómo la inauguraron después sobre el mismo escritorio.

—Listo. Queda oficialmente inaugurada tu oficina de contabilidad. ¿Partimos contando orgasmos? —dijo Camilo mientras veía la sonrisa de Carolina.

—Eres un loco. —Estiró su mano y se aferró a la cintura de Camilo—. Vamos, ya estoy lista.

Había llevado una blusa adicional para dejar en la oficina por si surgía algún impasse en el futuro, pero no pensó que la necesitaría tan pronto.

La noche no fue tan placentera como la tarde que había pasado con Camilo, pues en su casa, su madre había desatado una batalla campal.

—Ese niño no va a entrar a esta casa, te lo advierto, Carolina.

—Mamá, no pretendo traerlo a casa. —Venía escuchando hacía una hora el tema. Ahora que se disponía a cenar, su madre no paraba.

—Es que te has vuelto una libertina, debo advertirte. —Carolina cerró los ojos y deseó estar otra vez en los brazos de Camilo, gritando su nombre sin que nadie le reclamara nada.

—Ya, mamá. Párala, por favor. Quiero cenar, al menos un día en paz y tú no me ayudas en nada.

—Hoy vendrá Alvarito, así que no te sientes aún.

«*La guinda de la torta*», pensó.

—¡Ésta sí que está buena! Cocino para mí y termina viniendo él. Y no conforme con eso, tengo que esperar a que llegue para poder comer lo que llevo preparando una hora. Mamá, cuando quieras cenar con *Alvarito*, o me avisas o te vas con él a otro lugar. No pretendo tenerlo aquí en casa cuando a él le guste. Si Camilo no entra, menos él.

—Él es el padre de tu hija.

—Antonia ni siquiera está en casa como para que venga a visitarla.

—Si no está, es porque tú —dijo señalándola—, no has sabido poner límites.

—Antonia ya es grande, lo suficiente para decidir dónde y con quién quedarse, al igual que yo. Que no se te olvide, mamá. Eres mi madre y te respeto como tal, pero las decisiones sobre mi vida, hace mucho que dejaste de tomarlas.

—Si tu padre estuviera vivo, estaría muy decepcionado de tu actuar...

—Norma cuando quería manipular, lo hacía como ninguna.

—Si mi padre estuviera vivo, tú vida sería un poquito más interesante como para no meterte en la ajena.

Norma intentó pegarle una bofetada pero Carolina logró retenerle la mano en el aire.

—Eres una insolente.

—Por favor, no me hagas decirte lo que pienso últimamente de ti. No te pido que quieras a Camilo, pero sí que lo respetes. Que me respetes, mamá.

—Ya no eres digna de respeto... —No pudo continuar, porque el timbre anunciaba la llegada de Álvaro.

Carolina se sentó en un sillón, tomó su teléfono y envió un mensaje.

«¿Tienes planes para hoy?»

La respuesta llegó al instante.

«¿En cuánto te paso a buscar?»

Vio entrar a Álvaro, quien estaba vestido de forma elegante, como siempre. Sonreía a su madre y hasta eso le molestaba de él. Le molestaba verlo, sentirlo cerca.

—Buenas noches, Alvarito.

—¿Cómo está suegrita? —consultó abrazando a la mujer que lo miraba embobada.

—Ex suegrita... —corrigió Carolina al instante en que se levantaba.

Álvaro pensó que se acercaría a saludarlo, pero la vio desaparecer.

—Está en sus días... —justificó Norma.

—Ya lo creo. ¿Cómo va todo por acá? —Se sentó en el lugar que Carolina había desocupado, pierna derecha sobre la izquierda y con un brazo extendido a lo largo del respaldo del sillón.

—Esa niñita, va a acabar con mis nervios.

—¿Qué hizo Antonia ahora? Para su cumpleaños le voy a pedir que se vaya de esta casa, ya no soporto que la haga pasar malos ratos a usted, querida Norma. Es grande y sabrá afrontar sola la independencia que viene gritando hace tiempo.

—Antonia es lo de menos. —Hizo un gesto con la mano que representaba la poca importancia que le daba al tema—. La que me preocupa es Carolina. Está en una nube que piensa le durará toda la vida. Yo sé que te ama, Álvaro, pero se le fijó en la cabeza pasar el ratito con ese niño... Lo vi, tenías razón... podría ser su hijo. ¡Esto será un escándalo! Primero los vi besándose aquí, afuera de esta casa respetable. Y hoy, apareció en la oficina de Carolina.

Álvaro escuchaba atento cómo la loca de su suegra le contaba los últimos acontecimientos. Entrecerraba los ojos y fijaba la mirada; por su cabeza solo pasaban imágenes de su ex mujer en los brazos de ese chiquillo. Un bueno para nada.

—¿Carolina tiene oficina? —preguntó enfocando la conversación en algo que duraría poco.

Casi podía reírse. Carolina no lograría mantenerla. Y volvería a él para solicitarle ayuda, de eso estaba seguro. El muchacho no la ayudaría y

en menos de tres polvos se le acabarían las ganas de estar con la frígida de Carolina.

—¡Ay, hijo! Es una estupidez que tiene en mente. Quiere dárselas de autosuficiente y no comprende que tú eres su única salvación. Yo sé que te sentiste solo, que ella te descuidó y por eso terminaste enredado en otras sábanas. Que no te dé pena decirme que también quieres volver con ella, yo podría hacerla entrar en razón y así todos volveríamos a tener la vida de antes.

Eso era lo que quería Norma. Volver a disfrutar de los beneficios que otorgaba vivir al amparo de su yerno. Viajes, clubes, atenciones varias.

Álvaro, al escucharla, se sentía importante. Si la vieja pensaba así, Carolina también debería verlo. Él la quería. Como adorno, pero la quería. También la quería hundida, para que cuando ella pidiera ayuda, él estuviera ahí para rescatarla y volver a tenerla.

Pronto serían las elecciones del consejo y sería un buen plus que estuviera reconciliado con su ex mujer. A la gente le gustaban esos detalles. Las mujeres gozaban de la vida de telenovela y este era un culebrón de aquellos.

—Déjela que se entretenga un rato. Así se dará cuenta que lo que yo le di me costó sudor y lágrimas. Comprenderá que le entregué todo de mí. Cometí errores pero estoy arrepentido. Yo le perdono los revolcones que se está dando con ese imbécil.

Norma le iba a ofrecer café, cuando Carolina entró a la sala y se despidió.

—Que disfruten mi cena, me voy.

—¿Dónde vas? —preguntó su ex marido con voz prepotente.

Carolina se acercó, cuando estuvo a un centímetro de su cara, le espetó:

—A revolcarme con Camilo.

Su madre quedó muda. Álvaro, también sin palabras pero con mil pensamientos contra la mujer que hoy era Carolina.

Ella salió hecha furia hasta que se encontró con la tierna mirada de su amor.

—Sácame de aquí.

Así lo hizo, la sacó de allí. La amó una y otra vez, y ella se dejó amar. Le gustaba su compañía, le gustaba lo que sentía y todo lo que Camilo le provocaba cuando estaban frente a frente.

Las semanas fueron pasando. Las discusiones con su madre no menguaban, y las apariciones abruptas de Álvaro en su casa tampoco.

Sin embargo, la oficina estaba funcionando a la perfección. Había ganado un par de clientes más, lo que le permitió comprarse el auto que deseaba.

—¡Estoy feliz! —exclamó abrazando a Camilo.

—Lo sé, mi amor.

¡Qué lindo sonaba eso en sus labios! Era el amor de Camilo.

—¿Cómo van las cosas en tu casa? —preguntó Camilo.

—Horribles. No soporto ver a Álvaro. Le he dicho de todo pero insiste en ir.

Él quedó pensativo. Estaba esperando una respuesta para llevar a cabo una idea que se le había metido en la cabeza, y hasta no concretarla, no pararía.

—Perdón, no debí nombrarlo. —Se lamentó la mujer.

—¿Por qué esa carita? —Le levantó la barbilla y se la besó—. Carolina, si me quedé pensando no fue porque me sintiera celoso, sino porque me gustaría que no tuvieras que pasar otro mal momento por culpa de la ingrata presencia de Álvaro.

—Gracias. —Le sonrió—. No hablemos más de él. Mejor cuéntame cómo va todo para la Universidad.

Camilo le dio detalles de cómo pensaba distribuir su dinero para que le alcanzara durante los años de estudios. Carolina lo escuchaba atenta. Le gustaba en plan soñador.

Así se pasaban las tardes, compartiendo besos, conversaciones, gemidos, sueños, alegrías y penas.

« 10 »

Esa mañana, Camilo se levantó entusiasta y optimista. Quizás ese día, conseguiría lo anhelado.

—Buenas tardes, tengo una cita con el agente del Banco. —Se presentó a la recepcionista.

—Su nombre, por favor.

—Camilo Núñez —pronunció al mismo tiempo que veía salir de la oficina del agente a Álvaro, el ex de Carolina. Éste se acercó lentamente a Camilo.

—Afuera —le indicó tomándose de su hombro derecho, presionando fuerte.

—Señor, estoy ocupado. —Intentó no alterarse.

—¿Cómo prefieres que te parta la cara? ¿Con público o a solas? —preguntó entre dientes.

—Donde quiera, pero ahora no. —Se irguió y le mantuvo la mirada. No se iba a acobardar por las amenazas de un poco hombre.

De la oficina del agente, salió un hombre de mediana edad que se dirigió a Álvaro.

—Te espero mañana para jugar golf.

Álvaro miró a Camilo, luego a su amigo y sonrió. Podía dar un golpe mucho más fuerte de una forma significativamente más inteligente. Ese bueno para nada de seguro quería dinero... Pues no se lo haría fácil.

—Claro, mañana a las nueve. —Curvó sus labios en lo que pareció una sonrisa de suficiencia y se tomó unos segundos para decir—: En un rato te llamaré, por favor, atiéndeme.

Se despidió de un abrazo y salió. Camilo sacudió el hombro para sacarse la sensación de pesadez que le había dejado.

—Adelante, señor Núñez. —El agente lo hizo pasar a su oficina—. Le tengo noticias de su préstamo.

—¿Va todo bien? ¿Faltó algún otro documento?

—Mire, hasta el momento, lo único que hace falta es que traiga un aval. Con eso estaría...—Sonó su teléfono, interrumpiéndolo. Era la llamada que esperaba—. Deme un segundo.

Abrió la puerta ventana y salió a contestar el llamado de su amigo.

—Dime, Álvaro.

—El tipejo que está en tu oficina es de quien te hablé. ¿Qué quiere?

—Lo típico que vienen a buscar a un banco: dinero.

—Bien. Escúchame bien. No se lo vas a dar.

—Pero...

—No lo harás, Norberto. ¿Para qué lo quiere?

—Es hipotecario... No me pidas que te diga más, sabes que no es ético.

—Con eso me lo dijiste todo. Quiere un nidito para llevarse a mi esposa y no se lo puedes permitir. No puedes —enfaticó—. No me hagas recordarte los favorcitos que te he hecho, precisamente cuando te has metido la ética en el bolsillo.

—Veré qué puedo hacer.

—No veas, hazlo.

Cortó el llamado y volvió a la oficina en la cual Camilo lo esperaba.

—Señor Núñez, como le decía. Necesito un aval y estaría en condiciones de entrar a evaluación. Pasó la pre selección de créditos hipotecarios. Con el aval, sabremos si se lo concede o no el banco.

—Uf... —Camilo resopló. Ver cercana la relación entre el agente y el ex marido de Carolina, le había dado luces para imaginar que el diablo metería la cola en eso—. ¿Cuánto más deberé esperar?

—Quince días hábiles. Son las normativas...

—Me imagino. —Alzó las cejas—. Traeré aval mañana.

—Hasta pronto, señor Núñez. —Norberto se levantó del asiento y estiró su mano.

—Hasta pronto.

Salió desanimado. Era el único banco que le quedaba para intentar que le aprobaran un préstamo y la traba sería Álvaro. Estaba seguro que no se lo darían, pero aun así seguía probando.

Sacó su teléfono y llamó a Ximena.

—Hola, Camilo.

—¿Cómo va todo?

—Bien, bastante trabajo. ¿A qué se debe la sorpresa?

El sueldo de Ximena era insuperable, si con ella de aval no le daban el préstamo, era porque definitivamente había malas intenciones manipulando su situación.

—Necesito un favor urgente.

Ximena aceptó ser su aval. Para entregarle los documentos que acreditaban sus ingresos, se citaron en la cafetería del banco. Error. Desde lejos, alguien muy interesado en pinchar el globo de Carolina, filmó los abrazos y las sonrisas de agradecimiento que Camilo le dirigió a Ximena. Cuando ésta interpretó mal su agradecimiento y se abalanzó para besarlo, Camilo le puso freno.

—Si te pedí ayuda, es porque no sabía a quién más recurrir y que resultara «confiable» para el banco. No me malinterpretes. Quizás fue mi culpa, no debí pedirte ayuda. No te preocupes, ya no es necesario.

Sabía desde el vamos que esto tenía mala pinta. Tendría que hacer algo que no tenía presupuestado, pero quería hacerlo.

Se levantó y salió al encuentro de Carolina. Necesitaba verla.

Cuando llegó a la oficina de contabilidad, encontró la puerta forzada. Le pareció extraño. Intentó comunicarse por celular con Caro, pero no la ubicó. Se preocupó.

Decidió entrar, pensando que quizás estaría dentro y dañada. El terror que le recorrió el cuerpo se acrecentaba con cada paso que daba y se encontraba con muebles fuera de lugar. Ni rastros del computador, del televisor en la salita de espera, de la impresora y la fotocopidora. Se habían llevado todo el esfuerzo de Carolina... Y no aparecía, ella no estaba.

Llamó a su amigo.

—Joaquín, ¿sabes algo de Carolina? —preguntó agobiado.

—¿Qué pasó? No. No tengo idea. Antonia tampoco me contesta.

—La oficina de Caro está desmantelada. —Se tragó el nudo que tenía en la garganta y dijo—: ¿Y si se la llevaron?

—Deja intentar llamar a la abuela.

—Uf, a ver si esa señora dice algo bueno. —Resopló nervioso.

Cortó y trató de enviar algunos *WhatsApp* a Antonia. No fueron respondidos. Los minutos se le hacían eternos. Tomó su moto y fue a la comisaría más cercana. Allí vio a Carolina, pálida paseándose de un lado a otro. Cuando ésta levantó la vista y lo vio, corrió para abrazarlo.

—Se llevaron todo, hasta el auto que había logrado comprar. —Se refugió en su pecho y se permitió llorar de impotencia—. Debí poner alarma.

—Mi amor... Tranquila, lo solucionaremos. —Besó una y otra vez la coronilla de la mujer que amaba. Sí, amaba.

También sentía impotencia, no le gustaba verla llorar. No la dejaría caer. Otra vez cambiaban los planes en un solo día, pero con tal de volver a ver su sonrisa, haría todos los cambios que fuesen necesarios.

—Se me fue todo el capital en eso. Aposté y... no pude mantenerlo. Mi madre finalmente tenía razón.

—Shh... —Le tomó las mejillas y besó lentamente su frente, nariz y labios—. Lo solucionaremos, corazón. Lo solucionaremos.

Antonia fue la primera en enterarse y acompañó a su madre a la comisaría para hacer la denuncia. A los pocos minutos vio cómo Camilo le daba el apoyo que ni su padre le iba a dar.

Cuando llegaron a casa, Camilo se retiró asegurándose de que Carolina estuviese más tranquila. Ambas entraron y la ola de reclamos las abrumó.

—Te dije, Carolina. Te dije que no podrías con eso. ¡Ahora te gastaste todo en esa porquería! —Norma elevó los ojos al cielo y juntó ambas manos en su pecho—. ¡¿Dios, qué hice para merecer esto?! Ahora sí que nos fuimos a la pobreza. Alvarito, por favor di algo.

Álvaro también estaba aguardando en casa. Disfrutando internamente de la caída de Carolina.

—Te dije, Caro. Pero bueno, era obvio debido a tu inexperiencia. Sabes que cuentas conmigo. —Se acercó lentamente. Carolina retrocedió.

—No, no cuento contigo. Nunca conté contigo, menos ahora. Tuve la mala suerte de que me tocara a mí este robo, que es bastante confuso... Pero bueno, me levantaré, como cuando me levanté cuando me separé de ti. Permiso.

Subió molesta a su habitación. Estaba harta de que manejaran su vida, su consciencia y que además, se sentaran a ver su cadáver cuando caía derrotada.

Camilo, por su parte, condujo sin rumbo. Estaba enojado, no soportaba la preocupación que nublaba los ojos de Carolina. Podía soportar

los reclamos de todo el mundo, pero no podía soportar la tristeza en sus ojos.

Trazó un plan en su mente, al día siguiente lo llevaría a cabo.

—Papá, no tienes que tratar así a mamá. Fue algo que a cualquiera le pudo pasar.

—Pero le sucedió a ella. Y no le hubiese ocurrido si me hubiera hecho caso. Si hubiese aceptado volver conmigo, no tendría que estar mendigando por las calles para traer dinero a esta casa. Conmigo no le faltaría nada.

—Dime una cosa, papá. ¿Qué piensa Isabel que pases más tiempo acá que allá?

—Isabel tiene mucho trabajo, a parte no podría olvidarme de ustedes. Sé que me necesitan aunque no lo digan abiertamente.

—¡Sí, Alvarito! En eso tienes razón, te necesitamos. Siento tanto que mi hija sea tan ciega —aseguró Norma.

—¡Nona! Deja de decir eso. Mi mamá no necesita a mi papá. Solita se ha formado su futuro.

—Y ya viste cómo se lo arrebataron. No es capaz de retener a un hombre ¿y va a retener un negocio? —Esa frase dolió. Le dolió a Antonia pero también le dolió a Carolina que escuchaba desde la escalera.

Caminó hasta la sala y dijo:

—Sigue, mamá. Sigue que lo estás haciendo muy bien. Camilo aún sigue a mi lado y no me ha pisoteado. —Se defendió mirando a los ojos a Álvaro.

—¿Estás segura? —Se levantó su ex marido—. ¿Segura que no te pisotea? ¿Segura de que a él sí lo pudiste retener?

Lanzó sobre la mesa del comedor, a pocos centímetros de Carolina, un amplio celular con el video rodando. A medida que ésta veía las imágenes, sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. ¿Otra vez con esa mujer? ¿Besándose?

—¿De cuándo son? —Logró preguntar, reteniendo los sollozos.

—Hoy. —Álvaro rodeó con un brazo la espalda de Carolina—. ¿Ves? Todo era un caprichito... Ahora razona.

Antonia se acercó despacio y tomó el celular para volver a poner el video. Quiso matarlo. Carolina leyó la intención en el rostro de su hija y la miró para luego añadir:

—No te metas, Antonia. Esto es entre él y yo.

Se refugió en su cuarto. No atendió llamados y lloró en silencio.

Camilo, no logró ubicarla durante todo el día. La dejó descansar. Había tenido un día horrible con lo del robo y no quería incomodarla. Dedicó todo el día siguiente a llevar a cabo su plan para hacerla feliz, y decidió no insistir en llamados pero sí en mensajes, los cuales no eran leídos ni mucho menos respondidos por Carolina.

«Te extraño».

«No te preocupes. Ya verás que todo sale bien».

«Eres la mujer más linda, con la sonrisa más linda. Por favor, regálame una sola».

«Te quiero. Llámame cuando puedas».

Esa mañana llegó al banco y se encontró con Norberto.

—Buenos días, señor Núñez. Lamento informarle que la presentación del aval era hasta ayer. Sin eso fue imposible gestionar su...

—No vengo a eso. Necesito retirar el dinero de dos cuentas, por favor —dijo molesto y mirándolo a los ojos.

—¿Tenía usted dos cuentas con este banco? —preguntó asombrado.

—¿No me diga que si se lo hubiese dicho, el préstamo hubiese sido factible? —preguntó irónico—. Usted sabe muy bien cuántas y qué tipo de cuentas tengo. En la evaluación financiera recopilan toda esa información. No me vea la cara de estúpido que no lo soy.

Retiró todo el dinero en cheques y en efectivo. Luego, mientras compraba algunas cosas indispensables, contactó por teléfono al dueño de la cabaña de la montaña.

—Nos reunimos mañana en la tarde en la notaría que queda a unos pasos del centro, frente al Liceo. ¿Cierto?

Recibió la confirmación y contento ratificó la compra.

En veinte minutos estaba entrando con su llave a la oficina de Carolina. Y tres horas más tarde, la había dejado como nueva. Esa era una de las sorpresas que le tenía.

La extrañaba, no había oído su voz en todo el día. Cuando la llamó, saltó el buzón de voz.

—Caro, soy yo. Me tienes preocupado. ¿Quieres que te vaya a ver?

Dejó todo listo y se fue a la radio como era habitual. Antonia no había aparecido y cuando le preguntó a Joaquín el motivo, éste solo contestó:

—No lo sé, con esto del robo tienen la cabeza en cualquier lado.

Camilo asintió y luego de unos minutos, solicitó el computador de la estación radial a su jefe.

—Necesito buscar algo, pero te lo desocupo en seguida.

—Dale, no te demores que en media hora cerramos.

Tecleó lo que buscaba y comenzó a anotar paso a paso lo que *Google* le recomendaba. Sonreía imaginando la cara de Carolina cuando lo viera.

—¿Qué haces? —preguntó su amigo, con la cara casi pegada al monitor—. ¿Receta de Reineta al horno? —Se carcajeó de lo lindo, pegándole palmaditas en el hombro a Camilo—. Lo que faltaba, que ahora te volvieras chef por complacerla. Es que cuando le cuente a los demás, te van a enviar mantelitos bordados y todo.

—¡No seas estúpido! Quiero cocinarle algo mejor que pizza, eso es todo.

—¿Tienes fiebre? En serio, tú no eres de cocinar, menos pescado.

—Siempre hay una primera vez. —Levantó dos veces seguidas las cejas y sonrió.

—Sí, claro. ¿Anotaste todo? Ya estoy por cerrar. —Palmeó una vez más el hombro de su amigo y se fue hacia la salida.

—Ya voy... dame un segundo. —Rasgó la hoja de un cuaderno y la dobló para introducirla en su chaqueta.

Esa noche, Camilo no pudo dormir de la ansiedad y Carolina, no podía creer cómo la habían embaucado tan bien. ¡Era una tonta! Los hombres eran todos iguales.

El amanecer los encontró despiertos, pero más separados que nunca.

Camilo se aseguró de tener todo listo para firmar en la tarde el acuerdo que le traería felicidad. O por lo menos eso era lo que esperaba.

Por su parte, Carolina volvió a hacerse exámenes de rutina con Ricardo.

—Ya era hora de que vinieras. Acá tienes la orden... —Ricardo la observó más pensativa de lo normal—. ¿Está todo bien?

—Sí, Ricardo... Me decías que otra vez tengo que modificar la dieta. Contigo siempre pierdo cuando entro aquí. —Sonrió sin ganas.

—No, Carolina. Eso te lo dije hace diez minutos atrás. ¿Qué ocurre? Vamos, te invito a un café.

Carolina lo miró, se apoyó en el respaldo del asiento y negó con la cabeza.

—No, por favor. Tienes que atender a más pacientes... No es nada.

—Vamos, no se dice más. —Ricardo se levantó seguro. Tomó su chaqueta y le abrió la puerta para que Carolina se levantara y lo acompañara.

—Gracias.

Pasó junto al médico y luego de saludar a Nora, se fueron a la cafetería de la clínica.

—Te conozco hace tiempo, Caro. Sabes que no solo soy tu médico, sino que también tu amigo. ¿Qué sucede?

—No sé si precisamente sea a ti a quien tenga que contarle mis problemas. Es más, hoy almuerzo con Pao y Lili así que prefiero hablarlo con ellas. Pero querías un café. ¿Cómo estás tú?

—Bien... Liliana es magnífica. La clínica va bien... Pero tú no lo estás. ¿Otra discusión con Álvaro?

Carolina chasqueó la lengua y respondió.

—Sabes que con él las discusiones son diarias. Y mi madre no lo hace nada mal tampoco. Pero no quiero hablar de mí, por favor, te lo ruego.

—¿Qué te parece si salimos hoy con Liliana a cenar?

—Pregúntale primero. Si ella está de acuerdo en que les arruine el panorama, me prendo. —Rio. No tenía dudas de que Liliana se opondría. Estaba fascinada con Ricardo y ella no le quería arrebatarse la diversión.

—No arruinarías nada, Carolina. —Ricardo acarició la mano suave de la mujer. Ésta se sintió incómoda. No le gustaba esa cercanía imprudente y menos sabiendo que salía con una de sus mejores amigas.

Carolina miró fijamente la mano que la acariciaba. Ricardo la soltó al instante.

—No te extralimites, Ricardo. Eres mi médico y estás saliendo con mi mejor amiga. Te ruego que no confundas.

—No... —Rio para distender el mal momento—...No pienses que estoy confundiendo. Para nada.

No creyó ni media palabra. O quizás estaba demasiado a la defensiva.

Sacó de su bolso el suficiente efectivo como para pagar ambos cafés, lo dejó sobre la mesa y se despidió.

—Muchas gracias, ya debo irme. Mañana paso por la consulta por los exámenes.

—Te llevo —ofreció levantándose del asiento.

—No es necesario. Gracias.

Salió rumbo al encuentro con sus amigas. Contó todo lo referente a Camilo, a las noches que se durmió pensando que estaba haciendo lo correcto.

—Te dije que el que se acuesta con niños, amanece mojado —advirtió Liliana—. De todas formas, Camilito no es así.

—¡No le digas Camilito, por favor! Me da la impresión de que hablaras de tu hijo.

—Carolina, podría ser mi hijo.

—Bueno, bueno —interrumpió Paola—. El único que te podrá responder todas las dudas es él.

—A mí no me quedan dudas, Pao. En el video está clarito.

—Hay que ver de quién viene, también —insinuó Liliana—. ¿No te parece raro? Justo Álvaro lo vio.

—¡Pero Álvaro no le puso la pistola en el pecho para que besara a esa mujer! No lo voy a justificar, Lili. Ya lo hice una vez con Álvaro, no lo voy a hacer de nuevo con Camilo.

—Bueno, Caro... Pero dile por lo menos que se acabó. El pobre lleva llamando todo el día.

Carolina se quedó pensativa. Y luego, miró la hora.

—Las tengo que dejar. Tengo trabajo, lo siento.

Tomó sus cosas, se despidió y salió.

En la tarde, Camilo salía de la notaría con una sonrisa, y del Liceo que había en frente, salía una mujer con mirada triste. Al momento de cruzar la calle, ambos se encontraron. Él corrió tras la mujer, ella volteó a la derecha, dándole la espalda y caminando firme.

—¿Mi amor? —dijo antes de apresurarse a seguirle los pasos. No obtuvo respuestas y estiró uno de sus brazos para retenerla por la muñeca—. Carolina.

Ella se dio vuelta. Él le sonrió pero ella ya no le devolvió ni la sonrisa, ni la mirada de siempre. Esos ojos hoy le entregaban dolor, un dolor que Camilo no comprendía pero que Carolina ya había experimentado antes. El dolor de la decepción.

Sin embargo, Carolina reconocía en este sentimiento, un componente más. Era el dolor que le provocaba una persona que amaba. Y aunque fuese difícil reconocerlo, le dolía más viniendo de Camilo que de Álvaro. ¿Por

qué? Porque con él había sido quien siempre quiso ser y no fue. Había amado libremente, confiando a ciegas, con el corazón.

—¿Qué pasa, Carolina?

—Suéltame, Camilo —solicitó con voz suave. Camilo obedeció al instante.

—¿Qué ocurre? ¿Estás triste? ¡Te tengo dos sorpresas, te van a encantar!

—No me interesa, Camilo. —Se giró para seguir caminando.

—Carolina. Mínimo merezco que me digas qué te sucede. ¿Fuiste a la oficina? ¿Supiste lo que hice? ¿Te molestó que lo hiciera?

—¿Qué hiciste en mi oficina? —Volteó para ver la expresión de Camilo.

—Esa era una de las sorpresas —exclamó con el ceño fruncido y las manos a la altura de las caderas. Estaba desconcertado por el comportamiento de su pareja.

—No he ido a mi oficina —contestó confundida.

No supo cómo, pero Camilo la arrastró tomándola de la mano hasta su moto.

—¿A dónde vamos? —preguntó poniéndose el casco.

—A mostrarte mis sorpresas. Si quieres, después me mandas al carajo.

La convicción en las palabras de Camilo, no le permitió objeción.

Le ayudó a bajarse, la guio hasta la puerta principal y le tapó los ojos con una sola mano. La cercanía, le concedió volver a sentir el olor a rosas que le encantaba.

Con la mano desocupada, abrió la puerta que ahora revelaba un lugar totalmente equipado y ordenado. Poco a poco bajó la mano para dejar que Carolina viera la sala con el televisor, el computador, la fotocopidora y la impresora. Había algo más, había un retrato de ambos en el escritorio.

—Camilo... —Soltó con pena en un suspiro—. No debiste hacerlo...

—Quería hacerlo. Me hace feliz verte feliz.

Carolina se dejó caer en un pequeño sillón de cuero, cubrió su rostro con ambas manos y sollozó.

—Te juro que no entiendo nada —confidenció ella.

—Carolina... —Se acercó despacio—. Yo estoy enamorado de ti. Déjame quererte. —Se acucilló, tomó con cuidado las manos que cubrían

la incertidumbre de Carolina y las dejó caer en sus piernas—. Cariño, yo solo quiero que seas feliz. No busco otra cosa.

—¿Y ella? ¿A ella le dices lo mismo? —preguntó con profunda desolación.

—¿De qué hablas, mi amor? —preguntó con ternura—. No sé qué sucedió, pero la mujer que hoy me miró frente a la notaría, no es la misma que me miró todo este tiempo.

—Ese día que nos encontramos frente a un café... Te vi con alguien. Abrazados. —Camilo por fin veía señas de por dónde venía todo.

—Ximena... ¿Te dijo algo?

—¿Tendría que decirme algo? —preguntó examinando los ojos del joven—. Camilo, vengo de batallas similares. No me hagas pasar por lo mismo, te lo ruego.

Camilo sabía que tenía que contarle sobre Ximena. Pero no lo haría allí en la oficina. Se lo diría en la cabaña que había comprado para ambos.

—¿Me haces un favor? Acompáñame a la segunda sorpresa. Cenamos y te respondo todo lo que quieras saber de mí. Seré sincero, como siempre lo he sido. Quizás omití información que no creí necesaria en la relación que entablamos, pero visto lo visto, es mejor ser un libro abierto.

—No me gustan las mentiras...

—No te he mentado —aseguró.

Se levantó, estiró la mano y otra vez, como venía siendo costumbre, Carolina se aferró a su palma. Todas las veces que lo había hecho antes, había sido extremadamente feliz.

« 11 »

La cabaña estaba llena de globos y en la puerta de entrada, un cartel gigante que decía:

«Bienvenida a nuestro nidito»

Carolina suspiró. No le tomó el peso a ese «nuestro». Jamás imaginó que efectivamente ese lugar ya era de ambos.

Caminó despacio y vio una mesa montada.

—¿Cómo sabías que nos íbamos a encontrar?

—No lo sabía. Estaba dispuesto a ir a buscarte a tu casa, ya que no respondías mis llamadas, cuando te vi a la salida de la notaría. —En silencio, Carolina siguió recorriendo como si por primera vez pisara el lugar. Sobre la cama, encontró pétalos esparcidos.

Camilo tenía ese poder de asombrarla, pero el beso con Ximena, se le atravesaba en la mente para empañar todo lo que estas sorpresas le provocaban.

—¿Celebramos algo? —preguntó con la mano en la garganta, tratando de calmar con el gesto, los latidos arrítmicos de su corazón.

—Esto... —Levantó con una mano las llaves que los hacía dueños del lugar.

—¿Eso? —Apuntó cautelosa.

—¡Mi amor! Este es nuestro refugio. Nuestro, nuestro, nuestro. —Se acercó a paso ligero y la levantó para hacerla girar con él. Entregó besos al azar a su rostro.

—¡Camilo! —Golpeo suavemente sus hombros para que la bajara—. ¿Qué hiciste, Camilo? —Llevó sus manos al rostro joven de quien decía y demostraba amarla tanto.

—Basta de preguntas. Siéntate que te voy a cocinar... Esta vez no será pizza. —Aseguró contento—. Mi amor, sé que estás molesta y no tengo idea el motivo. Pero por favor, hasta que hablemos, disfruta. —Volvió a

sonreír, incluyendo a sus ojos en la expresión alegre; gestos que Carolina no pasó desapercibidos y terminó sonriendo también—. ¡Bien! Así me gusta, sonriendo. —Se acercó y le robó un pequeño beso en la boca.

—¿Qué cocinarás? —preguntó Carolina mirándolo desde la pequeña mesita.

—Dije que no más preguntas por ahora.

—Okey, okey. —Se levantó y tomó algunos CD que había sobre el equipo de música.

—Traje un poco de música —comentó Camilo al verla.

Mientras Carolina estaba de espaldas, él tenía como ayuda memoria el papelito con la receta de Reineta. La cual siguió al pie de la letra.

—Me encanta esta cantante... —dijo la mujer que se sentaba para observar a su amor cocinar con entusiasmo.

—¿Cuál?

—*India Martínez*... Tiene una voz preciosa. Bueno, ella, *Malú* y *Vanesa Martín*. Tienen un vozarrón increíble.

Escucharla hablar de música tan apasionadamente, lo enloquecía. En realidad, escucharla hablar de cualquier cosa era increíble. No se intimidaba ante ningún tema. Tanto podían hablar de fútbol como de moda. De economía como de filosofía. Le encantaba. Le fascinaba aprender de sus palabras, de su manera más centrada de ver la vida.

—Elige algún disco. Echo esto al horno y tenemos veinte minutos de espera. —Sonrió mientras dejaba unas rodajas de limón sobre el pescado.

—No sabía que cocinabas —comentó mientras se descalzaba.

—No lo hacía —respondió lavándose las manos.

—¿Me dirás qué cocinaste?

—¿Me darás un beso y dejarás de preguntar? —Se acercó y la abrazó por la cintura mientras Carolina ponía una canción del grupo *Camila*: «*Venus*».

Cuando comenzó a sonar la canción, Camilo no se contuvo, la giró lentamente y la aferró a su pecho para bailar. Su primer baile, solos, en su nidito.

La canción les venía de primera, sin embargo no era casualidad. Camilo había seleccionado qué canciones y de qué artistas. Todas hablaban de ellos, pero ésta en particular era especial, más si quien la había elegido era ella.

*«Este sentimiento,
que despierta lo que soy,
calma ese dolor que me asfixiaba lento.
Llegas a mi vida,
pintando mi universo».*

Creó un camino lento de besos desde el hombro de Carolina hasta el lóbulo de la oreja.

*«Eres mi reflejo,
mi esencia,
mi centro.*

*Cuando menos lo esperaba,
Mi camino se iluminó.
Y dice tanto tu mirada.
Yo por ti camino al fuego,
y si dices ser de venus te lo creo.*

*Si lo está diciendo el alma,
de tu mano yo te sigo con la fe de un ciego,
Porque tú ves las cosas que no veo.*

*Vidas paralelas,
una misma dirección».*

La mirada de ambos era brillante, se escaparon suspiros y casi se fugaron dos «Te amo». Él no lo dijo para no asustarla, ella para no seguir aferrándose a él, a su manera de estremecerla con solo tocarla. Para no seguir aferrándose a un sueño del cual tarde o temprano se despertarían.

Camilo, se volvió explorador en la alfombra, aprendiéndose de memoria la piel de Carolina. Obligándola a rendirse ante la ternura de una caricia y el placer del fuego que eran juntos. Se amaron antes de cenar y probablemente lo seguirían haciendo por mucho tiempo más.

—Camilo... —dijo Carolina temblando sobre el pecho agitado de su amor.

—Dime, mi amor. —Acarició lentamente la espalda de Carolina.

—¿Quién es ella? —El olor a reineta, les recordó que había cena en el horno. Ambos se miraron y se levantaron para salvar, si era posible, la comida.

—¡Suerte que no le pasó nada! Llegamos justo —dijo Camilo.

—¿Cocinaste Reineta para mí? —exclamó.

—Claro. Dijiste que era tu preferida, ¿no? —Besó la punta de la nariz de Carolina y se vistió y limpió sus manos antes de servir.

—¿Alcanzo a ducharme antes de que sirvas?

—Si te vas a la ducha me voy contigo y no cenaremos. —Tomó el vestido de Carolina y le ayudó a calzárselo.

Cenaron tranquilamente con la canción de fondo de *India Martínez*: «*Cómo hablar*».

Cómo hablar

*Si cada parte de mi mente es tuya,
Y si no encuentro la palabra exacta,
Cómo hablar.*

Cómo decirte

*Que me has ganado poquito a poco,
Tú que llegaste por casualidad,
Cómo hablar.*

—Me dijiste que se llamaba Ximena —intentó nuevamente, Carolina.

—Sí. Fuimos durante bastante tiempo muy amigos. —Camilo se llevó un bocado a la boca. Se tomó un tiempo, bebió vino blanco y prosiguió—. Nos acompañábamos en todo y decidimos tener una relación... abierta. No nos pedíamos explicaciones y de vez en cuando estábamos juntos para algo más que ver películas. —Sonrió, pero Carolina no lo hizo.

—¿Siguen teniendo esa relación? ¿Yo tengo contigo ese tipo de relación? —Quizás ella no había comprendido y la relación de ellos se limitaba a solamente acompañarse sin pedirse explicaciones. De pronto se sintió una tonta.

—¿Cómo se te ocurre, Carolina? Tú me importas demasiado como para compartirme con alguien más. Como para no darte el lugar que te mereces en mi vida. ¿Aún no te queda claro? Jamás en mi vida había cocinado para nadie. Jamás en mi vida había postergado...

Decidió que era mejor no dar más detalles y continuó:

—En fin. No. No estoy con ella ni tengo ese tipo de relación contigo. La situación fue la siguiente: ese día que me viste abrazándola, fue cuando le expliqué que había encontrado a la persona que tenía mi exclusividad. A la que quería y de quien me estaba enamorando. Carolina, estoy enamorado de ti. ¿No lo ves? —Acarició una de las mejillas de la mujer y ésta, cerró los ojos para retener la sensación que le transmitía esa mano.

—Lo veo pero... ¿La volviste a ver? —Quiso saber si él era capaz de contarle lo que vio por video. No le gustaba quedarse con dudas.

—Sí. Hace unos días fui al banco. Creo que el agente es amigo de tu ex marido, me lo encontré allí. —Carolina alzó las cejas y bebió un poco de vino.

—Eso no es amistad. Se cubren las espaldas uno con otro, nada más. Corre mucho dinero en medio de esa relación de supuesto afecto.

—Lo sé. Norberto había sido muy amable, tenía el crédito listo, pero apareció tu marido y surgieron mil trabas para obtenerlo. Me pidió un aval a último minuto, y..., erróneamente le solicité a Ximena que lo fuera.

—¿Por qué no me pediste a mí ser tu aval, Camilo? ¿Necesitabas dinero? ¿Y aun así gastaste en reponer la oficina y en arrendar esta cabaña?

—Punto uno, no te lo pedí a ti porque era una sorpresa. Punto dos, necesitaba para otra cosa y con lo que me sobró, pude comprar esta cabaña y lo requerido para tu oficina. —En el punto dos, estaba diciendo una mentira, pero Camilo creyó que era lo mejor. Cuando se enterara que gastó todo lo de sus estudios, lo mataría.

—¡Compraste esta cabaña! Camilo, ¿tú estás loco, verdad?

—Loco por ti, ya te lo he dicho. —Le guiñó un ojo.

—Camilo, es mucho dinero. Tienes que preocuparte de tus estudios, de la medicina de tu madre... ¡No podrás con tanto!

—Ya te dije que era plata que me sobró finalmente. Volviendo a lo que me preguntaste... Ximena aceptó ser mi aval. Nos reunimos antes en la cafetería del banco y confundió mi agradecimiento y se abalanzó a besarme. De inmediato la frené y le pedí que por favor no se volviese a repetir. Fin de la historia.

—Entonces ahora tienes una deuda con ella y te extorsionará. —Carolina hizo su propia conclusión.

—No lo hará, no es mi aval y finalmente pude sacar el dinero del banco. —Eso no era una mentira, sino una verdad maquillada.

—¿Cómo te creo, Camilo? Álvaro ese día del robo me mostró un video en el que salían ambos besándose...

—¡Imbécil! No soporta verte feliz... A veces pienso que fue él quien envió a que te robaran tu lugar de trabajo —espetó con furia.

—Jamás lo había pensado... —dijo dubitativa—. Sí tengo que reconocer que está celoso y muy molesto por nuestra relación, pero de ahí a querer hacerme daño, no lo sé.

—Es capaz... Mira, yo he sido cien por ciento sincero en lo que te he dicho con respecto a Ximena. Si no me quieres creer, lo comprendo, pero tampoco te fíes de tu ex marido.

—Te creo. —No sabía por qué, pero le creía. Esas palabras salieron desde el corazón, antes de pasar el filtro de la razón—. No me preguntes el motivo, pero te creo. Creo en lo que me dices, creo cuando dices que me quieres, que estás enamorado, creo en tus ojos cuando me miran... En conclusión: te creo, Camilo.

El joven se quedó obnubilado por la intensidad con que remarcaba cada frase. Sonrió y seguido de un suspiro, dijo:

—Me haces tan feliz. No sé si tú sientes lo mismo, pero yo ya te estoy... —Camilo carraspeó y siguió con su confesión—...amando. —Carolina ahogó un gemido doloroso. Se sentía amada, pero que lo dijera, era más de lo que esperaba. ¿Hasta dónde más la llevaría ese sueño?

Se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el regazo de Camilo para besarlo.

—Siento igual, y estoy aterrada, pero no quiero dejar de sentirlo.

Hicieron el amor hasta avanzada la madrugada. Y antes de dormir, Carolina señaló:

—Estaba muy rica la cena. Gracias.

—Uf, pensé que nunca lo dirías —dijo sonriendo y besando la coronilla de Carolina.

A la semana siguiente, encontraron la camioneta de Carolina, lo que le permitió seguir con el negocio como si nada. Camilo continuó trabajando arduamente para poder reunir nuevamente el dinero que lo llevaría a la Universidad. No se arrepentía de la decisión que había tomado, pero sabía que sería sacrificado.

Miel sobre hojuelas. Así parecía ser la relación entre Carolina y Camilo. Sus allegados miraban con mejor cara la relación, lo que les

otorgaba un poquito más de tranquilidad.

Una noche en la cual se dirigían a la radio, Camilo comentó ilusionado:

—Te tengo una propuesta. Hoy que Sofía no está en casa, iremos a cenar con mi madre.

—¿Estás seguro? —preguntó aferrándose a su mano.

—Claro. Quiero que la conozcas. —Se detuvo frente a ella y con la mano libre le acarició su suave cabellera. La miró a los ojos y delineándole esa sonrisa tímida con su pulgar, besó aquellos labios.

—De acuerdo. Pero primero hay que ir a la radio. ¿Qué tienes que ir a buscar?

—Un CD que usaremos en una fiesta.

Entraron a la radio. Estaba todo oscuro. Eran las diez de la noche y a esa hora solo dejaban un programa grabado.

Al entrar a la cabina, ambos chocaron en la puerta, quedando frente a frente y respirándose el uno al otro.

—No te muevas... —susurró Camilo sobre sus labios.

Carolina tenía la adrenalina a mil. Era excitante sentirlo tan cerca dentro de un lugar prohibido.

Camilo le recorrió la cintura. Ambos habían quedado atrapados en el umbral, un lugar con reducido espacio.

Si ella se movía, romperían el contacto que los tenía tan acelerados. Ella dejó que él fuera quien marcara el ritmo.

El joven desabotonó con cuidado la camisa y ante él, quedaron expuestos los senos de la delicada mujer, cubiertos con un suave sujetador color negro.

Besó desde el valle que se formaba entre los pechos hasta el cuello de la mujer que lo volvía loco. Subió lento con su lengua hasta el lóbulo de su oreja y dijo con voz ronca:

—Apoya tus brazos en mis hombros.

Y así lo hizo. Fue obediente, porque sabía que Camilo la sorprendería una vez más. La tomó de los muslos e hizo que lo rodeara con sus piernas.

La besó una y otra vez, recorriendo con su cálida mano la espalda de Carolina por debajo de la blusa.

Cuando ya no pudo esperar más, se movió con ella hasta un escritorio, muy cerca de los controles.

—Cuidado, esa tecla que estás rozando, si llegas a moverla por completo... nos pondrá al aire —advirtió.

—¿Y... por qué... seguir aquí, entonces? —preguntó Carolina entre besos.

—Porque no puedo parar.

En algún movimiento, la blusa cedió cayendo por uno de los hombros de ella, lo que aprovechó Camilo para seguir devorándola lentamente a besos.

George Michael sonaba de fondo, mientras ellos se amaban otra vez, como tantas veces... entregándose el alma.

Luego de ese encuentro, corrieron para llegar a tiempo a cenar con la madre de Camilo.

A Margarita le había parecido muy mayor para su hijo, pero aun así la acogió bastante bien. La declaró una dama distinguida y educada.

—Mamá, no quiero que le cuentes a Sofi ni cómo es, ni que es mayor que yo. Nada. No quiero que emita prejuicios sin conocerla —solicitó una vez que llegó de dejar a Carolina en su casa.

—No será fácil con ella.

—Lo sé.

Esa misma semana, citó a su hermana en un restaurante. Llevó de su mano a Carolina y esperaron hasta que Sofía apareciera.

—Te aviso que es un poco reticente a la idea de que yo tenga pareja.

—¿Hermana celosa? —preguntó Carolina.

—Eso y algo más. Luego te cuento, ahí viene.

Cuando Sofía entró, pensó encontrarse con cualquier espécimen voluptuoso, menos con el vejestorio que acompañaba a su hermano. Era guapa, pero era mayor, mucho mayor.

—Hola. —Saludó, sentándose con desparpajo.

—Buenas tardes. ¿Sofía, verdad? —preguntó Carolina con calidez.

—Sí. —Sofía miró a su hermano y dijo—: ¿Ésta es? Ya la vi, ¿me puedo ir?

—Sofía, por favor no te comportes como niña. Carolina es mi pareja. Estamos juntos te guste o no. —Remarcaba con fuerza sus palabras, gesticulando con sus manos y con la mirada desafiante. Carolina poco a poco lo veía como el hombre que era. El niño, hacía mucho tiempo había quedado atrás.

Sofía se levantó, miró con furia a su hermano y le reclamó:

—¿Por ella casi no llegas a dormir? ¿Por ella ya casi ni te vemos? Lo dicho. Otra más que nos quita al hombre de la casa. Pero no te preocupes —dijo moviendo la mano sin importancia—, yo me haré cargo de mamá. Era sabido que nos abandonarías.

Cansado, Camilo se levantó, tomó por los hombros a Sofía y la volvió a sentar.

—No te muevas. Me escuchas. No he abandonado a nadie. Simplemente me enamoré y estoy haciendo una vida junto a ella, te guste o no.

—Te estás dejando de lado a ti también. ¿O me equivoco? —Camilo sabía por dónde venía esa pregunta. Miró a su hermana para que ésta no siguiera hablando, pero no lo consiguió—. Mire, yo no sé si usted sabe que él —apuntó a su hermano mientras seguía con la vista fija en Carolina—, invirtió todo lo destinado a sus estudios en arreglarle la oficina y comprarle una cabañita en la montaña.

Camilo apoyó las manos en su rostro e inclinó su cabeza hacia atrás. Estaba furioso.

Carolina, se demoró en procesar toda la información recibida. ¿Qué había hecho?

—¡Vaya relación! ¿No lo sabía? Bien, se lo cuento. Sacó los ahorros de sus estudios para tenerla feliz a usted.

Se levantó y los dejó a ambos solos.

—Camilo, te estás pasando —fue lo único que dijo luego de un largo silencio. Se levantó y salió por la misma puerta que minutos antes había traspasado Sofía.

Camilo estaba tomando decisiones equivocadas. Apresuradas y equivocadas. Así no era como debería actuar. Tenía que ser sensato y no lo estaba siendo. ¡Por Dios! ¿Sacrificar su sueño de estudiar por ella? ¿Por algo material? Eso no era lo que ella le pedía.

El camino hasta su casa lo hizo trazando ideas para poder devolverle todo. Para arreglar en algo la locura en la cual la había hecho partícipe.

Camilo, por su parte, maldijo en silencio. Él adoraba esa cabañita en la cual había amado una y otra vez a su mujer. Adoraba esa oficina que le permitía a Carolina levantarse. Le daba lo mismo tener que trabajar un poco más con tal de verla sonriente. Fue algo que pensó mucho, no fue un impulso.

Cuando su hermana y su madre se enteraron, pusieron el grito en el cielo. Margarita decidió mantenerse al margen, pero Sofía no se guardaba nada. Lo dijo y volvió a alterar las aguas entre los amantes.

OceanofPDF.com

« 12 »

—Asume que te extralimitaste, Camilo. Estamos hablando de millones. ¡Y de tu futuro!

—Tú eres mi futuro, Carolina.

—¿Quieres dejar de decir eso? ¡Yo no soy tu futuro! Vela por ti. Con una casita y con arreglarme la oficina no consigues nada. Viví muchos años con un hombre que creía que con lo material me tendría para siempre. No te pongas en ese plan.

—No es que piense que con lo material te voy a conquistar o algo por el estilo, Carolina. Simplemente quería que volvieras a sonreír, porque soy tan egoísta que me he adueñado de tu sonrisa y acostumbrado a verla. Quiero todas tus sonrisas para mí y quiero ser el causante de ellas. —Volvió a ser efusivo en sus palabras. Volvió a sacudirla con su convicción. Volvió a demostrarle que no era un niño, sino un hombre reclamando a su mujer, a esa mujer que le regalaba sonrisas, latidos que le recordaban que estaba vivo y aromatizaba su mundo con rosas cada vez que su cabello se movía.

Carolina intentó serenarse.

—Camilo, esto no es así. Te encantan mis sonrisas, perfecto. Pero hoy precisamente no llevo una y es porque no estoy de acuerdo con lo que hiciste. Debimos conversarlo...

—Era una sorpresa. Y por favor no me trates como si fuera un niño a quien regañas.

—¡Es que te comportaste como tal! Tomaste una decisión apresurada, no pensaste en las consecuencias.

—Pensé en cada una de las consecuencias y en base a eso tomé la decisión. Sabré hacerlo, Caro —aseguró. Estaba cansado de que le reprochara su actuar. Era adulto, menor que ella, pero adulto. Y asumía cada paso que daba y sus secuelas.

—Te lo voy a devolver todo. Y respecto a la cabaña, la vendes y recuperas tu inversión. No se hable más. —Se levantó de la cama, quedando frente a él.

—¡Basta! Es mi decisión —remarcó señalando su pecho—. La casa es mía y no es mal gastada, para nada. Ya era hora que me independizara. En cuanto a tu oficina. Tómallo como un préstamo que a medida que puedas me lo pagas, si es que eso te hace sentir mejor. Por mí, sería un regalo.

—No te enojas, Camilo.

—¡Es que me molesta que cuestiones mis decisiones! —Pasó una mano por su cabello—. Soy dueño de mi dinero y con él hago lo que quiero. No le he robado ni le he pedido a nadie. ¡Ni siquiera me endeudé!

—¿Lo que me contaste de Ximena también fue mentira?

—No. Todo lo que te dije es cierto. Te dije que retiré dinero del banco, y así fue, lo hice desde mis cuentas personales. En lo que te mentí, fue en que era dinero que me sobraba. No fue así, lo pedí exclusivo para todo esto. ¡Ya está, lo sabes todo!

Carolina suspiró.

—Para otra, consulta conmigo lo que quieras hacer y que me involucre, por favor —dijo en un murmullo.

—Está bien... —También bajó el tono de voz y se acercó despacio para besar el cuello de Carolina—. Te amo.

Nunca se lo había dicho así. Sí le había dicho que la amaba; pero lo que acababa de decir era un «*Te amo*» fugitivo que se le escapaba de los labios. Lo sintió, y se lo dijo con necesidad.

—Yo a ti. —Carolina dejó caer su frente en el pecho de Camilo—. ¿Qué me haces? ¿Cómo es posible que sienta tanto?

—Es lo mismo que me pregunto yo. ¿Qué poder ejerces sobre mí? Ardo con solo mirarte. Me muero de ternura cuando me sonríes y quiero siempre más de ti. Amo verte convertida en un huracán en mis brazos, tan mujer, tan sensual y delicada. Amo escuchar como hablas. Amo la naturalidad con la que te mueves. Amo cada gesto que le entregas a los que están a tu alrededor. Te amo mamá, te amo mujer, te amo amiga y amante.

—¿Qué pasará cuando quieras tener hijos? —El miedo se le disparó al ver cómo la idolatraba ese hombre y ella no podía cumplir todas las expectativas que quizás él tenía.

—Los tendremos —contestó ingenuo.

—Sabes que eso es casi imposible a mi edad.

—Yo intento toda la vida —le dijo juguetón, subiendo la falda de Carolina hasta las caderas y cayendo con ella a la cama.

—Camilo. Soy quince años mayor, me moriré antes que ti. No te voy a dejar con un niño auestas, no te quiero amarrar a las enfermedades futuras que yo tenga. —Acarició su mejilla mientras enumeraba—. Eres joven, tienes tanto por vivir, que esto es un sueño del cual pronto nos despertaremos. Asumí que eso ocurriría, pero prefiero vivirlo a privarme de lo que siento cuando estoy contigo. Despierta, mi amor. Lo que sientes hoy, quizás mañana ya no exista. Vívelo como si esto se acabara mañana, porque así lo estoy viviendo yo.

—¿Por qué eres así? ¿Por qué no dejas que la vida decida antes de caducarnos? —Se separó unos centímetros antes de besarla—. No pienses más en eso. No pienses en que pueda haber un fin.

—Lo habrá. Bájate de esa nube soñadora, sufrirás.

—He vivido en esa nube desde que te conocí y no he sufrido ni un poquito —aseguró Camilo. No la dejó hablar más. No quería oír más del tema, tan solo quería deleitarse haciéndole el amor una y otra vez a la mujer que amaba.

Al día siguiente, cuando despertó abrazada a Camilo, sintió sus suaves manos jugando con su cabello.

—Te obsesiona mi cabello —dijo a modo de saludo.

—Buen día, bella. Es suave y... tiene un olor increíble. —Camilo refugió la nariz en la cabellera castaña de su amor.

—¿Por qué Sofía reacciona así? Sé que son celos, pero tiene que haber algo más, ¿no? —Carolina quería aclarar aquella duda.

—Lo hay. Ven acá.

La atrajo un poco más y mientras que con una mano le despejaba el rostro, comenzó a contarle lo sucedido con su padre y la mejor amiga de su mamá.

—...entonces ella piensa que yo las dejaré solas. Soy lo único que les queda y ve en ti una amenaza. En realidad, en cualquier mujer que se me acerque.

—¿Y cómo lo hacías con tus novias?

—Nunca les presenté ninguna —aseguró Camilo.

—¿Y por qué yo? —preguntó adivinando la respuesta.

—Porque cuando nos casemos tendrán que asistir a mi matrimonio. Quiero que te conozcan antes.

Carolina se sentó de golpe, se tapó tan solo con la sábana y lo miró.

—Camilo, deja de decir esas cosas, por favor.

—Yo me proyecto contigo, Caro.

A Carolina le asustaba la impulsividad con la que Camilo tomaba decisiones. Le asustaba dar pasos hacia adelante con él y que después, Camilo retrocediera con la misma velocidad con la que había avanzado. Le temía a que el futuro de Camilo se postergara con ella. Ya lo había hecho con sus estudios, no lo quería hacer con su vida entera.

—Se acabó el tema, Camilo. Te pido por favor que no volvamos a tocarlo. Vivamos el día a día y lo hacemos tranquilos, ¿sí?

—Que no lo hable no significa que no crea en ello.

—Como quieras, por mi parte lo doy por cerrado. Ahora, perezoso, levántate que tenemos que volver a Linares.

—Ya sabes todo de mí. ¿Hay algo que yo no sepa de ti?

Carolina se estremeció. Suspiró y decidió llevar a Camilo al lugar donde se encontraba su verdad más guardada. Era una verdad dolorosa que no siempre se permitía contar. Solo su familia y amigos lo sabían, ahora lo sabría él.

—Lo hay. Necesito que me acompañes.

No dio mayores explicaciones, tampoco se las pidieron. Sobre la moto de Camilo, Carolina daba indicaciones de cómo llegar al lugar.

Entraron en silencio y tomados de la mano. Camilo se dejó guiar, desconcertado pero sin suponer nada. No sabía qué era lo que podría guardar Carolina en ese lugar. Sabía que su padre había fallecido, eso no era un secreto.

Carolina se detuvo frente a una placa sobre el césped. Estaba llena de globos y flores. Y la placa llevaba grabado:

Bastián Ignacio Irarrázaval Gurruchaga

—Es el apellido de Antonia... —concluyó y luego de mirar la fecha de nacimiento y defunción, prosiguió—: Tenía tan solo un mes.

—A la fecha tendría once años —susurró entre lágrimas.

Camilo la acercó abrazándola. La refugió entre sus brazos preguntándose cuánto más había soportado esa mirada cansada de llorar.

Perder a un hijo debió ser lo peor de todo lo que le había sucedido. Y entonces se preguntó cómo sería tener un bebé, juntos.

Mientras Carolina lloraba por primera vez en mucho tiempo la ausencia de su hijo, Camilo pensaba en un futuro más allá del matrimonio. Con Carolina era fácil subirse entre nubes para alcanzar el sol, pero los miedos de ella eran su mayor tormenta.

—Era nuestro segundo hijo. Todo parecía mejorar con su llegada. Álvaro por primera vez dejaba de lado sus preocupaciones laborales para disfrutar del crecimiento de Bastián en mi barriga. Tengo muy lindos recuerdos de esa época y Antonia, aunque era pequeña, se alegraba de ver cómo la familia se había unido más. No fue celosa y cuando lo tuvo por primera vez en sus brazos, se le iluminó su carita. Se sentía grande e importante porque lo protegía. —Tomó aire para continuar—. Fue muy duro contarle que su hermano ya no estaba más. Una bacteria que no supieron detener a tiempo acabó con sus pulmones inmaduros. Fue muy triste, no supimos contenernos con Álvaro y terminamos culpándonos. Se fue con Isabel, pero se arrepintió y yo lo perdóné por la familia, por Antonia que sufría en silencio y también porque quise creer que había sido por la pérdida del bebé. No fue así, al parecer Isabel siempre había estado, intermitente, pero siempre.

—Lamento tanto todo lo que has pasado, Caro. —La abrazó con fuerzas, limpió sus lágrimas y besó su frente. Fue un beso contenedor, como si estuviese calmando a una niña. Lento, cálido—. No tengo hijos y no logro dimensionar el dolor. Lo siento tanto. —Besó su cabeza y la volvió a abrazar.

—Tienes que tener hijos, Camilo. Es lo más lindo de la vida.

—Los tendré contigo, cuando sea el tiempo.

Otra vez Camilo le salía con ese tema.

—No hay tiempo, se acaba el tiempo para mí. No puedes renunciar a ser padre por estar con alguien que no puede darte hijos, Camilo.

—Shhh... No quiero hacerte pasar un mal rato ahora. Gracias por contarme sobre Bastián.

—Aunque no me creas, este es mi refugio cuando las cosas no van como quiero y necesito tranquilidad. Era mi nidito antes de que tuviéramos el nuestro.

«*Nuestro*». Era primera vez que lo llamaba así, Camilo sonrió y repitió sobre sus labios.

—Nuestro.

Volvieron al centro de Linares en silencio. No necesitaban palabras, bastaba mirarse y sonreírse. Era un silencio cómodo que acompañaron con un café que tomaron sentados en una banca de la plaza.

—Bueno, creo que ya he estado muy ausente en casa. Debo volver —Carolina miró su reloj—. ¡Qué tarde es! Además, debes volver a la radio.

—Sí, ya parece mi mamá recordándomelo todo el tiempo.— Ambos sonrieron, luego se produjo un silencio y ella habló.

—¿Cómo está ella?

—Bien, mientras cumple al pie de la letra los horarios de su medicación, está bien. Pero cuando no... Es muy desobediente y se pone de muy mal genio.

—Uf... me lo dices a mí. Mi madre es igual.

—Te mandó saludos mi madre —dijo acariciando la rodilla de Carolina, lentamente.

—Comprenderás que la mía no. —Y Carolina volvió a reír. Bajó la mirada y sonrió ampliamente mientras una pequeña brisa le revolvió el pelo, haciendo que el olor a rosas los envolviera.

—Lo tengo clarísimo. —Estaban tan próximos, mirándose sin ocultar el amor que sentían el uno por el otro. Camilo dejó que su pulgar recorriera los labios que dibujaban la sonrisa de Carolina y solo por no quitarle la expresión, se contuvo de besarlos. Adoraba esa sonrisa.

—Gracias por confiar en mí.

—Ya eres parte de mí... Te lo quería decir. —Entonces fue ella quien lo besó. Necesitaba besar esa boca que se abría y se cerraba para decir algo y no lo lograba—. ¿Qué tal está Sofía?

—Ella... ya sabes, no está de acuerdo. —Carolina alzó las cejas con un grado de decepción y Camilo lo notó. Le tomó la barbilla y le aseguró sobre los labios—. Pero tendrá que hacerse a la idea. —Le dio un beso y dijo—: Vamos.

Cuando llegó a su casa, Carolina encontró todo muy silencioso.

—¿Mamá? ¿Antonia? —Avanzó y encontró una nota en el refrigerador.

«Salí con mis amigas. Tu hija está encerrada en su cuarto, no sé qué le pasa».

Dejó la nota en donde estaba. ¿Su hija encerrada? Antonia no era así. Cuando discutía con Joaquín, despotricaba contra él... hacía ruido. Cuando le iba mal en el trabajo, salía con Carla, una amiga de toda la vida. Y cuando se enojaba con su padre, la llamaba al celular. Se percató que lo tenía en silencio y se reprendió. Lo revisó... ninguna llamada. ¿Qué estaba dañando a su bebé? ¿A caso la relación de ella con Camilo le afectaba?

Subió las escaleras y cuando estuvo frente a su puerta, golpeó despacio.

—¿Puedo pasar? —preguntó al no tener respuesta.

—Un momento... —escuchó decir. Fue más que un momento, pero aguardó paciente.

Cuando Antonia abrió la puerta, sus ojos empapados en lágrimas le advirtieron que nada estaba bien.

No preguntó, simplemente pasó y se sentó al borde de la cama mientras Antonia se volvía a acostar. Se miraron en silencio.

—¿No me vas a preguntar? —susurró secándose las lágrimas.

—¿Me lo quieres decir? —Carolina se acercó y le acarició las húmedas mejillas.

Antonia se levantó nuevamente y se dirigió a su baño. Allí estaba el motivo de su pena, de su miedo. Lo volvió a mirar y volvió a llorar.

Carolina se levantó rápidamente y desde el umbral, miró cómo su hija se aferraba al lavamanos con una prueba de embarazo en una de sus manos. Antonia, al verla allí, mirándola con ternura, se abalanzó a sus brazos.

—No sé qué voy a hacer, mamá. No estoy preparada.

—Vas a tenerlo y aprenderás a ser mamá como yo lo hice contigo —dijo suave en su oído mientras subía y bajaba su mano por la espalda.

La llevó hasta la cama, despacio, y cuando estuvo sentada, le preguntó:

—¿Joaquín lo sabe? —Su hija negó con la cabeza y se apartó.

—Me lo hice recién... No sé cómo se lo va a tomar. Ni papá, ni la abuela... ¿Y mis estudios?

—Tranquila, la vida sigue, hija. —Antonia apoyó la cabeza en las piernas de Carolina y dejó que ésta le acariciara el cabello—. Poco a poco la vida planeada se irá moldeando a esta nueva vida y verás que nada es tan terrible. Joaquín es buen chico y te apoyará como corresponde. Fue un trabajo de los dos. Y tu papá siempre te ha apoyado en todo, ha sido un buen papá y será un buen abuelo.

De pronto Antonia se echó a reír y Carolina no entendió.

—¿De qué te ríes?

—Nada... Es obvio que no nombraste a la abuela porque ella sí hará problemas.

Carolina sonrió, su hija tenía razón.

—Debes ir al ginecólogo. Hablaré con Ricardo para que me recomiende alguno.

—No, mamá. Tengo el propio. Fui yo la que cometió el error de dejar de verlo y bueno, al parecer las pastillas no hicieron efecto.

—Entonces hazlo. Quiero que estés tranquila, hija. —Antonia se sentó para mirarla—. Estás tan grande, mi niña. —Carolina volvió a abrazarla y en ese abrazo, Antonia encontró el consuelo que buscaba.

La calma que reinaba en la casa duro poco, ya que después de meditarlo, Antonia decidió hablar con Joaquín para así después enfrentar el huracán que se le venía encima con su padre y su abuela. Sabía que no iba a ser fácil, pero ¿cuánto tiempo más podría ocultarlo?

—Te lo advertí, Carolina. Pero a mí nadie me escucha en esta casa. Mientras tú te andas... te andas... —Norma no sabía cómo decirlo sin sonar vulgar, pero Álvaro se lo hizo fácil.

—Digamos las cosas como son. Carolina se anda revolcando con un mocoso, mientras mi hija ni siquiera llega a dormir. Y si me lo permites...

—No te permito nada, Álvaro. Sal de mi casa si no vas a apoyar a nuestra hija... Tus insultos hace mucho tiempo que los dejé de escuchar... Y para insultar a Antonia, no te doy tribuna.

—¡Era obvio que terminaría embarazada! —Se apretó el puente de la nariz sin importar que lo estaban corriendo. Se levantó del sillón y paseó de un lado a otro—. ¡Dios! ¡Mi niña embarazada! —giró y miró a los ojos a Joaquín—. ¡Se casan o se casan!

—¿Estás loco? Papá, una cosa es que no sea planeado y otra cosa muy distinta es que te vuelvas medieval... —reclamó Antonia.

—Tú no te metas. No tienes ni voz ni voto aquí. Procura llevar ese vientre escondido... No me gustan los comentarios que se generarán.

Joaquín se levantó para defender a su novia. Antonia dio un paso para enfrentarlo, pero ninguno de los dos logró nada porque Carolina se adelantó. Lo tomó de un brazo y lo guio hacia la puerta.

—Cuando cierres tu boca o por lo menos la abras para decir algo coherente, vuelves a entrar. Antes, te quedas fuera —dijo muy segura, pero a sus espaldas, una mujer gritaba.

—¡Suelta a Alvarito! ¿Cómo se te ocurre, Carolina? Él es el dueño de casa y se le ha faltado el respeto una y otra vez. Madre e hija.

—¿Dueño de casa? ¿Y él no nos faltó el respeto? Mamá, por favor no te pongas en ese plan que vas a terminar tomando el mismo camino que Álvaro.

Carolina ya no los soportaba. A ninguno de los dos con sus narices metidas en la vida de los demás.

Por primera vez, Norma decidió guardar silencio. Álvaro, sin embargo, salió furioso.

Carolina se acercó lentamente a su hija y a Joaquín. Les tomó las manos a ambos y habló:

—Recibieron una noticia que, esperada o no, me hizo muy feliz. Sé que para ustedes todo será nuevo, les cambiaré la vida y sus prioridades cambiarán para ser las prioridades del pequeñito que ya se está gestando. Si puedo aconsejarlos, sería que luchen y vivan por el que viene.

—Así será, Carolina —aseguró Joaquín.

—Tengo tanto miedo... —confesó Antonia entre lágrimas.

—Tienen una bendición que no todos tienen... Muchas parejas quisieran recibir el positivo que ustedes hoy enfrentan, disfrútenlo paso a paso. No dejen jamás que nadie hable mal del otro, que les critiquen su forma de actuar o de las decisiones que tomarán. Solo ustedes pueden decidir por su hijo y no dejen que nadie más lo haga. —Tomó un respiro y con lágrimas en los ojos al descubrir que su hija ya era madre, prosiguió—: Escuchen consejos, pero tomen solo los que crean necesarios. No permitan que les digan que se jodieron la vida... quien lo dice no ha comprendido que acaban de encontrar el sentido de la misma. No dejen de hacer las cosas que les gustan, pero sin perder la responsabilidad que desde hoy tienen como padres.

—Muchas gracias. —Joaquín también estaba asustado, pero la forma en la cual Carolina había enfrentado el tema, le daba tranquilidad.

Desde un rincón, Norma también se emocionaba por las palabras. Carolina se dio cuenta que era observada por ella, y recalcó:

—Cuentan con mi apoyo en todo sentido. No dejen que nadie los destruya e intenten ser mejor de lo que son y a su hijo, denle el mejor

ejemplo de unidad. Que prime el respeto y el amor, eso es todo lo que necesita para ser feliz. Tendrán momentos buenos y malos, tendrán dificultades económicas, pero tienen lo más importante... se tienen ustedes y no se permitan bajar los brazos. Ahora conocerán qué tan luchadores pueden llegar a ser, conocerán qué tan protectores son, pero también conocerán la impotencia de no poder aliviar dolores. Recuerden que quizás ahora no le tomen el sentido, pero cuando dé su primera patadita o cuando escuchen su primer llanto sabrán que nacieron para protegerlo.

Terminaron abrazados y emocionados. Mientras que desde un rincón, Norma lloraba.

Para Norma, Carolina era una mujer luchadora. Carolina se había atrevido a ser la mujer que a ella le hubiese gustado ser. Se vestía cada mañana con ilusiones, con fuerza y ya no se sometía a nadie, ni siquiera a ella que era su madre.

Muy en silencio, la admiraba y le encantaba cómo se enfrentaba con el alma alerta a los ataques de Álvaro y los de ella. Pero su orgullo era más fuerte, y jamás reconocería que Carolina había logrado salir adelante sin la mano de Álvaro. Lamentablemente no habían podido volver a la vida que tuvieron tanto tiempo atrás, y eso, era lo que más le dolía.

« 13 »

Los meses pasaron rápido y pronto se confirmó el sexo del bebé.

—Va a ser niñita, papá.

Antonia ya tenía una barriga pronunciada. Sus padres, gracias al bebé que venía en camino, habían dejado las discusiones de lado y disfrutaban del crecimiento de su nieta.

—Recuerdo que cuando nos dijeron tu sexo, primero serías hombre. ¿Te acuerdas, Carolina?

Carolina sonrió y asintió.

—¿En serio, mamá? —preguntó Antonia mientras tomaba un vaso de leche.

—Debimos comprar todo de nuevo una vez que naciste. Fue muy gracioso.

Se respiraba armonía, y Camilo decidió mantenerse al margen del momento familiar.

—Nunca me habían contado —comentó Antonia—. Nos toca ecografía la próxima semana. ¿Quieren ir?

—¡Claro! —Tanto Carolina como Álvaro respondieron entusiastas. Se miraron y sonrieron.

—Bueno, yo los dejo para que desayunen tranquilos. Camilo está por llegar. —Si bien había armonía, Álvaro se removió inquieto. Lo detestaba, y ahora que sabía que Carolina estaba con la guardia baja, tenía planeado quitarlo del camino. Carolina era su mujer y aún le brillaban los ojos cuando él la miraba. O por lo menos eso creía él.

Carolina estaba feliz, otra vez en los brazos de Camilo, olvidándose del mundo.

—Mi amor, tengo pensado que viajemos al Sur la próxima semana —propuso Camilo mientras le acariciaba el cabello—. Tengo un evento de

la radio.

—¡Genial! ¿Qué día?

—Es toda la semana. —Comenzó a besarla lentamente, haciendo que Carolina no prestara mucha atención.

—Perfecto —susurró entre jadeos.

Y otra vez le hizo el amor. En la alfombra, en la cama y en la ducha.

—Me vas a terminar matando. —Carolina recorría el torso de Camilo con pequeños besos desde el ombligo hasta su boca—. Me encanta como besas... —comentó Camilo y ella se dedicó exclusivamente a su boca.

El día viernes de esa semana, Camilo recibió un mail que en primera instancia lo alegró. Una beca en el extranjero gracias a un programa especial dependiente de la Gobernación de la ciudad, era todo cuanto había soñado. Pero pensó en Carolina y la alegría se esfumó. No se iría. No la dejaría porque su felicidad absoluta era junto a ella. Tenía exactamente dos semanas para responder.

Llamó a Joaquín y le explicó que no podría cumplir al cien por ciento. Regresaría el jueves en la mañana, reuniría los documentos que le habían solicitado y rechazaría una beca que cualquiera aceptaría. Cualquiera menos él, que su futuro era Carolina.

Cuando llegó el día de viajar, Carolina le suspendió el viaje.

—Lo siento, Camilo. Olvidé que acompañaría a Antonia a su ecografía. —Carolina estaba acostada en su cama con teléfono en mano.

Se hizo un silencio. Camilo había organizado todo, pero ahora, Carolina lo cancelaba.

—Ah... Okey, no te preocupes. De todas maneras yo tengo que viajar pero llego el jueves de mañana. Me hubiese encantado que me acompañaras. —La iba a extrañar. Desde que comenzaron la relación, se veían a diario.

—Lo sé, Camilo. Te llamaré para contarte cómo sigue creciendo Esperanza.

—¿Se llamará así? —preguntó Camilo.

—Sí, Esperanza. Es bonito, me gusta. ¿Cuándo viajas?

—En una hora, te llamaba para pasarte a buscar, pero...

—Me acordaré de ti todos los días, mi amor. —Esas palabras lo dejaban tranquilo. Álvaro seguía siendo una mala sombra y a él le preocupaba.

—Y tú no sabes cuánto te extrañaré yo. ¿Puedo ir a despedirme?

—Pensé que ya venías en camino... —contestó Carolina mientras reía.

—Pensé que ya estabas abriendo la puerta, estoy abajo. —Carolina se levantó más que rápido, abrió la ventana y al mirar hacia la entrada, ahí lo vio. Saludó con la mano y bajó corriendo.

—Entra despacio, están durmiendo.

Ambos sonrieron y se dieron un fugaz beso. Subieron con cuidado la escalera y se encerraron en la habitación de Carolina.

—No sentí la moto llegar —comentó mientras le quitaba la chaqueta y le entregaba besos tiernos que poco a poco se fueron encendiendo.

—La dejé a una cuadra. —Intentaba contestar Camilo, que incursionaba dentro de la bata que llevaba Carolina.

Cayeron sobre la cama, envueltos en caricias para que ninguno de los dos olvidara el calor del otro.

Cuando Camilo se marchó, Carolina se angustió, no sabía por qué, pero había notado un pequeño destello de tristeza en los ojos de su amor.

Por su parte, Camilo ya tenía la decisión tomada. Lo había hablado con su madre y aunque no estuvo de acuerdo, respetó su decisión. El problema, sería que si Sofía se enteraba, pegaría el grito en el cielo. Pidió discreción y su madre, se la aseguró. Ante eso, se fue tranquilo a trabajar rumbo al Sur de Chile.

—Álvaro, en una hora estoy lista. Si gustas me pasas a buscar a la oficina y vamos a la Clínica.

Con Álvaro la relación había cambiado notoriamente. Ni una sola palabra negativa contra ella o Camilo. Su madre se mantenía al margen y la vida parecía tranquila. ¡Por fin!

—Está bien. ¿Tú cómo estás? —Álvaro no había cambiado, lo que cambió fue su estrategia—. Te noto cansada.

—Lo estoy. Ha sido un mes agotador. He asumido nuevas empresas para auditar. Me encanta, pero estoy hecha trizas.

—Cariño... Sabes que no es necesario.

—Para mí sí lo es. —Pasó por alto el «cariño» que le había dedicado.

—Bueno, entonces nos vemos en una hora.

—Hasta pronto, Álvaro.

Colgó y siguió trabajando. Estaba tan concentrada que no advirtió la presencia de Sofía. Solo cuando vio dos manos apoyadas sobre su escritorio, levantó la vista.

—Sofía, hola. —Sonrió pero su cuñada no le devolvió ni media sonrisa.

—¿Me puedo sentar? —preguntó mirando el asiento que estaba frente al escritorio.

—Claro, claro. ¿Quieres algo para beber? —Carolina se levantó y se acercó al pequeño sitio en el cual tenía café, agua mineral y jugo.

—Agua, por favor. —Sofía venía con un objetivo y no se iría de ahí hasta conseguirlo.

—Toma. —Le acercó un vaso y luego preguntó—: ¿En qué te puedo ayudar, Sofía?

Carolina estaba preocupada. De seguro le venía a reprochar la relación con su hermano.

—Mira... —Sofía dejó sobre el escritorio una carta.

A medida que Carolina iba leyendo, se iba alegrando.

—¡Tiene una beca! ¡Lo voy a llamar para contarle! ¿No pudiste contactarte con él? —Esa noticia era fantástica. Comenzó a sacar de su cartera su celular—. Deja que me comunique con él. Estará feliz.

—Él se enteró el viernes, Carolina. —Sofía estaba seria y poco a poco Carolina adoptó su misma expresión.

—Es miércoles... ¿Por qué no me lo dijo? —preguntó confundida.

—Porque no la aceptará —respondió.

—¿Por qué? —Carolina temía la respuesta.

—Por ti... Mi hermano está dejando todo por ti.

Le dolía. Le dolía ver que ella no le hacía bien. Estaba tan ciego por lo que sentía que se estaba olvidando de él. Eso no era sano ni sensato. Ya lo había experimentado con la cabaña y la ayuda que le dio con el robo a su oficina. Esta vez no lo permitiría.

—Sofía... Tu hermano no está haciendo lo correcto. No tiene que rechazarla. Si me hubiese contado...

—No te lo iba a contar porque de seguro no estarías de acuerdo. Mira Carolina, no te voy a negar que no me gusta la relación entre ustedes dos, pero esto es inaceptable. Es el sueño de Camilo desde que tengo uso de razón. Te ruego que lo dejes. Si tanto dices amarlo, déjalo. —Dejarlo... ¿Cómo dejar al amor de su vida? Veía desesperación en los ojos de Sofía y

ese brillo era el mismo que había visto en los de Camilo la última vez que estuvo ante él.

—Yo... ¡Dios mío! Son dos años con beca completa... Jamás tendrá una oportunidad igual. Hablaré con él... tiene que entrar en razón.

—No se va a ir, Carolina. No te va a dejar aquí... Eres tú quien tiene que dejarlo.

Sofía se levantó. La miró suplicando y se fue.

Carolina volvió a releer la carta. Era una beca de Gobierno. Le podría preguntar a Álvaro si se la podían prorrogar. ¿Y si intentaba convencer a Camilo? No quería dejarlo. ¿Qué le diría? Se le partiría el alma.

Necesitaba tiempo para despedirse. ¿Cómo lo haría?

Álvaro la encontró en silencio, con un documento en la mano. Documento que conocía muy bien.

«*Ya lo sabe*», se dijo y caminó para quedar frente a ella.

—¿Todo bien? —Carolina asintió y se levantó, guardando muy bien el sobre que contenía su futuro... ¡Cómo odiaba la palabra futuro! No se equivocaba cuando decía que el futuro no existía. Que todo dependía del ahora.

—Vamos...

Subió al auto de Álvaro y no emitió palabra durante el transcurso.

—Estás muy callada...

—Álvaro... Las Becas de Gobierno para el extranjero, ¿se pueden prorrogar? —Carolina tenía la cabeza a mil. Estaba ideando alguna estrategia para no terminar con Camilo. Para que él se fuera bajo su voluntad y no presionado por una separación para recomponer las piezas de su corazón roto. Le partiría el corazón, estaba segura.

—Al extranjero, no. En realidad ninguna. Lo que puede hacer la persona que ha salido beneficiario es postular nuevamente. El tema es que año a año aumenta el número de postulantes y es mucho más difícil. ¿Qué imbécil rechazaría tal beneficio? —Álvaro sabía cada movimiento. El bastardo iba a aceptar y dejaría a Carolina envuelta en su dolor. Y entonces ahí estaría él para lamerle las heridas.

—Tienes razón... —No emitió más comentario. Camilo tenía un futuro asegurado y por estar ella en medio, lo estaba dejando escapar. No se lo perdonaría nunca. Prefería arriesgar su felicidad y quizás... en unos años más él la perdonaría y volverían a estar juntos. Quizás... solo era una pausa, un silencio entre ellos.

Suspiró doble y dejó escapar el aire como quien deja escapar el último respiro de su vida. Lentamente para disfrutarlo segundo a segundo. Así lo haría con Camilo, se despediría, pero disfrutaría de una última vez en sus brazos.

Solo con pensarlo, la angustia la recorrió por completo y una lágrima se le escapó. La retuvo a tiempo para que Álvaro no lo notara.

Al llegar a la clínica, se encontró con su hija feliz de la mano de Joaquín. Ella utilizó la sonrisa que usaba siempre para ocultar sus preocupaciones y pasaron a la sala en la cual le realizarían la ecografía.

—Tienen suerte de que sea amigo de Álvaro, tanta audiencia no es permitida —dijo el médico al salir todos contentos.

Carolina había disfrutado de sentir los latidos del corazón de su nieta. Álvaro la sostenía por un brazo, emocionado y recordando lo vivido con Antonia y con Bastián. Se miraron y ambos sabían que el recuerdo había sido inevitable.

Carolina abrazó efusiva a su hija y a su yerno. Y para no ser menos, también abrazó a Álvaro.

—Felicidades, abuelo. —Cualquiera que los viera, pensaría que estaban intentando salvar su matrimonio, entonces Carolina, encontró la excusa para apartar de su vida a Camilo.

¿Y si no resultaba? ¿Y si el daño que causaría lo haría desistir de igual forma a la beca? Se moría de miedo, pero tenía que intentarlo. Conocía cómo era Camilo. No renunciaría a lo que sentía, por lo tanto quien debía renunciar era ella.

Cuando iban por el pasillo, se encontró con Ricardo, su médico.

—¡Hola, Carolina! —La saludó efusivo, pero frunció levemente el ceño, fue casi imperceptible, pero Carolina lo notó. Al verla con Álvaro, éste se molestó.

—Hola, Ricardo. ¿Estás de turno acá? —preguntó saludándolo de un beso en la mejilla.

—Sí, casi siempre si no estoy en la consulta estoy acá. Aprovechando que estás aquí, necesito hablar contigo. ¿Me acompañas? —Carolina miró a su hija, luego a Álvaro y finalmente asintió mirando a Ricardo.

—Claro. ¿Me dan un momento?

—Claro, mami... Te esperamos en la cafetería porque estoy muerta de hambre —dijo Antonia mientras se tocaba la barriga.

—Por cierto, está muy grande —añadió el doctor, quien le tocó la panza y caminó junto a Carolina a su oficina.

—Dime qué ocurre, me estás asustando —expresó al sentarse Carolina.

—Necesito que te repitas los exámenes —señaló mirándola y enfatizando—, pronto. Hay probabilidades de que tengas cáncer ovárico.

Fue como sentir un balde de agua fría recorriéndola desde la punta del pelo hasta la punta de los pies. Se tomó algunos minutos y luego reaccionó.

—No sé qué decirte, Ricardo... ¿Me estás diciendo que tengo cáncer? —vaciló y miró a los ojos a su médico. Necesitaba que su expresión le mostrara que todo estaba bien.

—¡No! Debo comprobarlo. Con ese examen en mano, podemos hacer los correspondientes para aclarar todo. Y si es efectivo, comprobar en qué estadio se encuentra.

—¿Cuándo me los tengo que hacer? —preguntó Carolina, exhalando tanto como podía.

—Mañana jueves, ¿puedes?

Al día siguiente se vería con Camilo.

Esta noticia era un empujón más para dejarlo libre. Él no merecía estar con una mujer que tenía fecha de caducidad.

Poco a poco sus ojos se humedecieron. No por la enfermedad, sino porque sabía que la separación con Camilo cada vez se hacía más real. Había acabado el sueño.

—No, no puedo esta semana. ¿El lunes sin falta? —Limpió sus mejillas y sonrió sin ganas.

—Por favor, Carolina. No dejemos pasar más tiempo. —Ricardo le tomó la mano y luego de unos minutos más, se despidieron.

Salió de la oficina de Ricardo cabizbaja, sus familiares la notaron un poco distraída.

—¿Qué te dijo Ricardo? —preguntó Antonia.

—Nada, otros chequeos de rutina. Le pago una fortuna para que me restrinja un montón de alimentos. Ya le dije, si no adelgazo como quiero, no le pago más. —Rio de forma forzada. Y como siempre, creyeron que todo estaba bien.

Lloró toda la noche. Al día siguiente se reuniría con Camilo en la cabañita que los había cobijado tanto tiempo. Estaba decidido, allí lo amaría por última vez.

Carolina estaba nerviosa. Había llegado el día de despedir a Camilo de su vida.

—Te extrañé tanto, Carolina. —Bajó de la moto y se encaminó hasta ella, llenando su carita de besos.

—Y yo a ti, mi amor. —Disfrutó del aroma de Camilo, de las caricias cariñosas y de cada roce y mirada que él le dirigía. Necesitaba retenerlo absolutamente todo en su memoria.

Al entrar a la cabaña, se amaron lento, como a ella le gustaba. Gimieron y llegaron a la gloria juntos una y otra vez, pero Carolina, disfrutó cada una como si fuese la última.

Finalmente, cayó rendida en su hombro, llorando a mares y todavía temblando de pies a cabeza.

—¿Por qué lloras, vida? —consultó Camilo, más dulce que nunca.

—De felicidad...

Cerró los ojos y dejó que las lágrimas siguieran cayendo. No, no era de felicidad. Sabía que esa era la última vez que estaría en los brazos de Camilo y eso le desgarraba el alma. No quería dejarlo, pero tenía que hacerlo.

Besó el hombro que se empapaba de su llanto y se aferró un poco más para retener en su memoria el calor que desprendía el cuerpo de Camilo. Éste subió y bajó por su columna. La colmó de besos y respondió el abrazo que Carolina le regalaba.

—Yo también soy muy feliz contigo, mi amor. —Estaba seguro que la decisión de no irse al extranjero era la mejor.

Con Carolina era feliz, ambos eran felices y una relación como la de ellos no tenía cabida en el ajetreto mundo universitario, menos a varios países de distancia. Ella era su morada y todo sin Carolina perdía sentido. El viernes siguiente le tocaba confirmar si se iría o no, una sola semana, ni más ni menos.

Estaba seguro, se quedaría y para evitar discusiones, jamás se lo contaría. Esa beca había salido de la nada y de la misma nada, se iría. Seguiría con su plan de ahorro y si todo marchaba como lo esperado, en dos años estaría entrando a estudiar a una Universidad de la misma región, sin necesidad de separarse de Carolina.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella mientras arremolinaba su cabello, un poco más calmada.

—En lo felices que somos. Sé que te dije que no hablaría del tema, pero... quiero dar un paso más. —Carolina no contuvo las lágrimas y volvió a llorar en su hombro—. Uhh... ¿Tan feo es dar un paso más?

—Abrazame y deja de hablar. Estoy muy sensible, eso es todo... La edad empezó a hacer efectos. —Sonrió tratando de ocultar su real pena. Y se quedó quieta en sus brazos.

Ese día era el último día que compartiría con Camilo antes de dejarlo. Lo disfrutaron al máximo como siempre, pero Carolina sabía que no se repetiría esa sensación de tener la felicidad en sus manos. Desde ese día, comenzaría un calvario silencioso.

OceanofPDF.com

« 14 »

Cuando los ojos de Carolina se abrieron, se encontraron con la calmada expresión en el rostro de Camilo. Recorrió con sus ojos todo el contorno del cuerpo del hombre que descansaba a su lado, y se detuvo en su pecho. Subía y bajaba una y otra vez. Se acercó un poco más, pasó su mano izquierda por el abdomen del muchacho y apegó su mejilla a su torso.

«Pum, pum... pum, pum»

Quiso quedarse ahí para siempre. Quiso no sentarse en la cama para luego salir despacio, y quiso también no haber mirado atrás antes de cruzar el umbral, desde donde vio que una sonrisa inconsciente acompañaba el profundo sueño de Camilo.

Dejar atrás la cabaña, a sabiendas de que no volvería, fue tan doloroso como besar por última vez sus labios. Lo amaba, lo amaba tanto que lo interpuso a él antes que a su egoísta felicidad.

Cuando Camilo despertó, le pareció raro no ver a Carolina. La buscó en la cocina y no la encontró, salvo por un pequeño papelito que había al lado de una taza de café y que llevaba una inscripción de su puño y letra:

«Nunca voy a olvidar esta noche... ni ésta ni las anteriores. Gracias».

Sonrió. ¡Qué lindo era saber que era correspondido en el sentimiento! Tampoco él olvidaba todo lo que habían vivido juntos.

Pero la sonrisa no duró mucho, un mensaje le indicaba que se vieran al día siguiente en el café que habían coincidido hacía casi un año atrás. Al principio no le pareció extraño, hasta que ella no respondió ni una sola llamada.

Carolina no soportaba escuchar cómo el teléfono sonaba y sonaba, sabía que si lo atendía, declinaría la decisión tomada.

Y así lo hicieron, ambos llegaron puntuales.

Él más nervioso de lo habitual, le pidió que le explicara el motivo de aquella reunión y por qué no atendía.

Ella explicó, dijo que ya no daba para más la relación, inventó mil excusas... y entonces, la reacción de Camilo no fue la mejor.

—El problema es que estás tirando todos nuestros sueños por la borda. Porque yo sí soñé, y sé que por miedo, no te permitiste soñar de mi mano.

No era así, ella también había comenzado a soñar, pero en silencio. Respiró hondo e intentó explicar lo inexplicable.

—Desde que supe que sería abuela, con Álvaro nos hemos acercado más y... —Tenía que alejarlo como fuera. Se le partía el alma al ver cómo Camilo sacaba su propia conclusión a aquella frase.

—No sigas. Me queda claro. ¿Tantos rodeos para decirme que ya no me amas? ¿En qué minuto pasó todo esto? Hasta hace poco éramos invencibles, hasta tu madre había comenzado a aceptar nuestra relación... ¿Y justo ahora te das cuenta de que no me amas?

—Se acabó el amor, quizás.

—No. No me vengas con eso. El amor, el verdadero, no se acaba porque es para siempre. Una vez que el amor de tu vida aparece ante tus ojos, no hay absolutamente nada ni nadie que te lo arrebatte. Yo te amo y cuando lo digo es para toda mi vida. Si me presenté ante ti con la fuerza y la convicción que lo hice, fue para darte mi vida. Me da igual los años que nos separen, los prejuicios e incluso tus inseguridades. Había amor y eso era lo importante.

—Eres joven y encontrarás a alguien que te ame con esa intensidad. —Se estaba reprimiendo para no gritarle que ella lo amaba igual. Que ella estaba dejándolo ir precisamente por amor. Porque estaba segura que si ella no intervenía como lo estaba haciendo, él dejaría su sueño de lado por ella. Había renunciado a todo. A tener hijos, a postergar sus estudios por ella. Ahora debía ser fuerte y dejarlo partir para que él forjara su futuro, el futuro que no tendría con ella.

—No... porque cuando esa persona llegue, yo no podré amarla igual. Pero está bien. Me falta edad pero me sobra la madurez que tú no tienes para enfrentar esto. Me decepcionas, Carolina. Yo creí que estaba con una mujer hecha y derecha ¿Y qué me encuentro? Me encuentro a una mujer llena de miedos y que deja que su entorno decida su felicidad. No te creo que ya no me ames... Pero está bien, si no quieres seguir conmigo así

se hará. Buenas noches y ojalá que cuando te des cuenta del error que estás cometiendo, no sea demasiado tarde.

Carolina vio cómo se levantaba Camilo. Destrozado y con la cabeza agacha.

Quería gritarle que se detuviera, que no se fuera, pero no podía echarlo a perder. Ya se había ido.

Estaba en el mismo café en el cual casi un año atrás había estado con Camilo, cuando le entregó aquella nota.

«Si sonríes, el café pasa por mi cuenta».

¿Cómo sonreír si el motivo de su sonrisa ya no estaría más?

Tomó su café que ya estaba frío, y mientras pasaba el trago amargo, recordó tantos momentos. La primera vez juntos, los besos que compartieron y el entusiasmo de Camilo en cada sueño.

¿Cómo lo sacaría de su mente? No tenía idea. Camilo tenía razón, una vez que se conoce al verdadero amor, es imposible olvidarlo.

Lo había hecho por él, pero no estaba segura si daría resultado. Se quedaría más tranquila cuando supiera que había aceptado aquella beca. Que por lo menos uno de tantos sueños se concretaba para él.

Cerró los ojos, juntó sus manos y suspiró mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas frías.

—¿Cómo me voy a quitar este dolor, Camilo? ¿Cómo, mi amor?

Era media tarde. Necesitaba ver a sus amigas. Necesitaba contarles lo que había hecho.

—¿Qué hiciste qué? —preguntó Liliana.

—No tenía otra alternativa. Él no me iba a dejar... ¡Hubieran visto su carita! Se me parte el alma. —Carolina cada vez que recordaba los ojos de Camilo cuando le había dicho que terminaba toda la relación, cerraba los propios, como si con aquel gesto, doliera menos el alma.

Paola se acercó con cautela, y cariñosamente la abrazó. Ese era un momento en el cual Carolina necesitaba ser acompañada en silencio, sin reproches.

Joaquín bajó las escaleras corriendo. Le habían hablado del bar «Summa» para decirle que su amigo llevaba horas bebiendo. Cuando vio a Carolina llorando, comprendió que algo entre ellos iba mal.

No dijo nada, las miró un segundo y se marchó.

Camilo había pasado horas rellenando una copa. Y cuando llegó Joaquín, lo primero que le dijo fue:

—Yo creía que era para siempre.

Su amigo movió la cabeza, apartó la botella y lo miró a los ojos.

—¿Qué pasó?

—Me dejó... Por el imbécil de tu suegro... Me dejó.

—¿Por Álvaro? —preguntó incrédulo—. La verdad es que los he visto en una relación mucho mejor, pero no me atrevería a decir que estén volviendo... Aunque ellos quizás lo están manejando con discreción.

Camilo se tomó unos minutos y luego dijo:

—Iba a rechazar una beca por ella. Porque nos veía tan felices, tan bien... ¿Y ahora? —Camilo se encogió de hombros y volvió a beber un trago.

—¿De qué hablas, Camilo?

—Recibí una beca, tengo que aceptarla o rechazarla el viernes que viene. Yo la iba a rechazar... Es más, la voy a rechazar.

—¿Estás loco? ¿Por qué harías eso? A ver, vámonos de acá. El alcohol no te deja pensar con claridad. —Joaquín le tomó el brazo pero Camilo logró soltarse.

—No, no, no. Era una decisión tomada desde antes de que Carolina me dejara.

—¿Por qué no te vas a tu casa o a mi departamento a descansar? Vi a Carolina en la casa de mi madre y tampoco está muy bien.

—¡Pero si ella me dejó! Yo la amo, Joaquín. La amo —pronunció con dificultad.

—Bueno, mañana vas y se lo dices, ahora vamos a casa.

—¿A casa? No, yo lo que menos quiero es llegar a casa... Voy a beber y beber hasta que me olvide de ella. —Camilo no comprendía que Carolina lo dejara. Ella lo amaba y se lo había demostrado, aunque ahora dijera lo contrario—. ¿La viste? ¿Cómo está? La extraño taaaaaaaanto... —Suspiró y volvió a llenar su copa vacía.

—Sí, la vi. Pero vamos, hombre... —En eso sonó el celular de Joaquín. Como dentro del bar no se escuchaba nada, se fue a refugiar al baño—. Espérame acá, ya vengo. —Miró al barman y dijo—: Tony, mira que no haga ninguna estupidez, por favor. —El chico, asintió y siguió con su trabajo.

—Tony... Yo le di todo a esa mujer... pero parece que no fue suficiente. —Se lamentó Camilo—. La única que no me abandona es mi morenita... —Miró hacia afuera y la vio estacionada—. Carolina es el amor de mi vida, no tengo dudas. ¿Por qué me dejó? —preguntó intentando enfocar la imagen de Tony.

—Quizás te portaste mal... —intentó el joven.

—¿Mal? La traté como se merecía... —De pronto se asustó—. Tony... ¿Y si no lo dije lo suficiente? ¿Y si no le dije que la amo? Espérame aquí. —Levantó una palma y con la otra, sacó efectivo más que suficiente para pagar todo lo consumido.

Tony en un descuido, lo vio desaparecer tambaleando hasta la puerta principal.

—No me abandones tú tampoco, morenita. Vamos a buscarla.

A duras penas intentó subirse a su moto. La encendió y no midió la velocidad. Se les resbaló al voltear la esquina del bar y se arrastró varios centímetros sobre el cemento.

—¡Camilo! —Escuchó gritar a la vez que intentaba levantarse.

—Mierda... —De reojo vio su brazo derecho sangrando y sus pantalones rasgados por la fricción, con algunas manchas rojas.

Joaquín levantó la moto que había quedado a varios metros en medio de la calle y luego intentó levantar a su amigo.

—Ahh... —Se quejó Camilo. Se puso de pie con cuidado—. ¿Cómo está la morenita?

—Mejor que tú... ¡Te dije que no te movieras! ¿Dónde ibas?

—Da igual... Déjame manejar. —Joaquín, con paciencia, lo hizo desistir de la idea y se fueron juntos en un taxi.

Esa noche, Camilo no pudo dormir bien por culpa de los dolores físicos y por los del alma.

—Mi mamá está destrozada. ¿Qué le hizo Camilo?

—Si Camilo le hubiese hecho algo, no estaría así de destruido como está. No tengo idea, Antonia, pero creo que lo mejor es no meternos. Ellos ya son grandes y saben tomar decisiones.

—No ha salido de la habitación en todo el día... Anoche llegó muy tarde y la sentí llorar.

—Anoche Camilo estaba conmigo, así que él no es el motivo de su estado, me imagino.

Mientras Joaquín hablaba por teléfono, Camilo comenzaba a despertarse. Le dolía todo el cuerpo. ¿Qué le había sucedido? ¿Dónde estaba? El brazo lo tenía hinchado pero tenía un vendaje que Joaquín había colocado. Movi6 la cabeza y sintió que se le partía. Se sentó en el sillón y pasó sus manos por la cara. Se dio ánimos y cuando estuvo de pie, sintió un tirón en las rodillas. Se miró, lucía horrible, desaliñado y con su pantalón blanco lleno de polvo y pequeñas manchas de sangre.

Recordó que había dejado su moto en el bar y abrió la puerta sin pensar para ir buscarla.

Tomó un taxi y al llegar, la vio. La miró por todos lados, tenía un par de rayones que lo hicieron maldecir.

Se sentó sobre ella y en lo primero que pensó fue en Carolina.

—¿Qué nos pasó, Caro? —se preguntó y apretó los dientes. No se resignaba, necesitaba verla.

Ahora, que la sangre se había limpiado un poco, que podía ver con algo de claridad, iría a verla.

No pensó en qué diría ella al verlo tan descuidado, simplemente fue en su búsqueda.

—¡Carolina! —gritó lanzando piedrecillas a la ventana de su habitación.

Ella estaba dormida. Le había costado conciliar el sueño. A ratos maldiciéndose, en otros momentos asegurándose que era lo mejor. Entonces, un sonido le hizo abrir de pronto los ojos. Un hombre, su hombre, gritaba su nombre.

—¡Caro! —Volvía a gritar Camilo.

Carolina se asomó por la ventana y le afectó verlo así. Ese no era su Camilo...

Bajó corriendo para que no siguiera gritando y despertara a su madre.

—Camilo... —susurró cuando lo tuvo en frente. De cerca se veía peor. Barba, vendajes en uno de sus brazos, pantalones rasgados y sucios tanto con polvo como con sangre—. ¿Qué te pasó?

—Caro, dime que no es verdad... Mi amor, dime que no es cierto.

—Camilo, ándate a tu casa... —Cerró los ojos y entre lágrimas le dijo—: No te convengo, Camilo.

—¡No! Yo te amo, nos amamos. ¿Es por Álvaro? Ese imbécil te está metiendo cosas en la cabeza, ¿verdad?

Carolina negó con la cabeza.

—Se acabó, Camilo... —Le lastimaba verlo así, sufría al igual que él por dejarlo.

—¿Quieres que desaparezca de tu vida? ¿Es eso? —preguntó intentando tomarle las manos, pero Carolina retrocedió.

—No mereces sacrificar tanto, Camilo. Eres joven... Tienes proyectos, sueños... —Lo único que quería era que se fuera pronto. Le partía el alma verlo así. Y ella no estaba segura de mantener su decisión.

—¿Proyectos, sueños? ¡Si esos me los arrebataste tú cuando me dijiste que esto se acababa! —Le quemaba por dentro la rabia. No se resignaba, le costaba.

—¿Y tus estudios? —Camilo, que había estado gesticulando con sus manos, se quedó inmóvil y la miró a los ojos.

—¿De verdad quieres que esto se acabe así? Carolina, ¿es en serio? —La mujer solo pudo asentir con la cabeza. Su boca no podía mentirle, sus ojos tampoco lo hacían, pero ella ya no lo miraba a los ojos.

Camilo le estiró su mano, como tantas veces lo hizo, solo que esta vez, ella no le entregó la suya.

—Si esto es lo que quieres, entonces... Así será. Pero antes, me voy con el sabor amargo de tu adiós.

Se acercó a ella, la tomó por la cintura y la besó como juró no besar nunca más a nadie. Recorrió su boca, la saboreó para que ella tampoco se olvidara de aquel beso.

—Sé que fui el dueño de tu sonrisa, de tus labios y de tu felicidad. Eso ni siquiera la distancia lo podría borrar. Y tú, fuiste dueña de mi vida, porque te la entregué completa. No te importó que te haya entregado lo mejor de mí.

Ahora sí. Se fue y no volvió a mirar atrás. El corazón de Carolina latía de prisa y podía sentir el palpar en sus labios hinchados por aquel último beso.

Camilo, por su parte, lanzó al aire un gruñido que se mezcló con el motor de su morenita.

« 15 »

El día en que Carolina fue a buscar el resultado de sus exámenes, caminó hacia la clínica más lento de lo normal. Se cuestionó todo. Desde su alimentación hasta los miles de proyectos que dejaría inconclusos si se enfermaba. Camilo, su hija y su nieta, ocuparon sus pensamientos.

Se creyó tanto tiempo inmune y pensó que jamás le sucedería nada, que ahora le parecía estar viviendo todo desde un segundo plano. Como si no habitara el cuerpo que al parecer tenía enfermo.

Gimió con profundo dolor, lloró en silencio y también descubrió que si no cruzaba la puerta de la clínica, no sabría nunca el resultado.

Treinta y cuatro minutos estuvo parada frente al centro de asistencia médica. No quería entrar, se rehusaba. Pero Ricardo en cuanto la vio, la tomó de la mano y la llevó hasta su oficina.

—No tienes nada, Carolina. Relájate. —El médico sonrió, y Carolina fingió que lo hacía.

Al salir de la clínica, quiso ir a su refugio. ¿A cuál iría esta vez? ¿A la tumba de su hijo o a la cabaña llena de recuerdos? Y entonces comprendió que en ninguno de los dos lugares se encontraban las personas a las que acudía para sentirse en paz. Al igual que en la cabaña no estaba Camilo, en el cementerio ya no quedaban restos de Bastián.

Prefirió caminar sin rumbo. Al conocer el resultado de sus exámenes, se alivió, pero a la vez, se sintió culpable. ¿Hubiera preferido tener un motivo contundente para alejarse de Camilo?

Ya no había vuelta atrás. Camilo hacía dos días se había marchado. Eso por lo menos la consolaba. Aún había un importante motivo: el futuro.

Camilo decidió aceptar la beca con la intención de olvidar a Carolina, sin embargo, a miles de kilómetros, su recuerdo lo seguía acompañando.

Cuando le comunicó a su familia que se iría a Nueva York, Sofía lo abrazó aliviada y su mamá emocionada, se resistía a dejarlo partir. Lo despidieron en el aeropuerto. Fue difícil aceptar que no se verían por dos años, pero a la vez, sabían que todo ese sacrificio les permitiría tener un mejor pasar.

—Cuídate mucho, hijito. —Lo abrazó y besó una y otra vez.

—Sí, mamá. Les enviaré dinero y llamaré seguido. —Luego miró a su hermana—. Intenta no hacer enojar a mamá. Cuida de ella y vigila que se tome todas sus medicinas.

Sofía asintió. Estaba feliz pero sabía que su hermano estaba sufriendo porque Carolina ya no estaba en su vida. Se sintió culpable pero no lo dijo.

—¿Carolina no vendrá a despedirse? —preguntó Margarita.

—Ella... Ya no estamos juntos, mamá. —Camilo encogió los hombros y le acarició la mejilla, ella lo miró extrañada pero no alcanzó a decir nada. Su hijo ya debía partir.

Bajar del avión fue mucho más difícil que subir a él. Había abordado con la necesidad de arrancarla de su vida, pero en cuanto pisó tierra norteamericana, sintió su ausencia.

Su perfume, se le colaba por las fosas nasales. No se reconocía. Miraba a todos lados pensando en que la descubriría sentada en algún café. Respiraba y le dolía porque ahora estaba a miles de kilómetros y ya no tenía sentido buscarla por las calles. Ella no estaba.

Llegó a su departamento alquilado, el cual solo contaba con un escritorio, una cama y nada de color. No tenía cocina, así que se la pasó medio mes comiendo pizza en cualquier lugar, hasta que conoció a un buen compañero que lo invitaba a diario a cenar con su familia.

El primer año de universidad, fue difícil. Se pasaba más noches pensando en cómo estaría Carolina, que estudiando. Despertar y ver el otro lado de la cama vacío, lo llenaba de rabia y de nostalgia. Se maldecía por haberse rendido, por haber aceptado alejarse de ella, pero también por enamorarse de la forma que lo hizo. Sufrió tanto que casi llegó a odiarla, pero su corazón no estaba hecho para odiar a Carolina.

Después, la rabia fue menguando y se convirtió en desesperación. La necesitaba, pero no volvería hasta olvidarla.

Lo único que lo llenaba de orgullo, era que siempre destacaba entre los mejores alumnos. Le gustaba lo que estudiaba y eso era lo que lo mantenía en pie. Sació su hambre de Carolina con los estudios. Se refugió en aquello que le había parecido un oasis en medio del desierto, para arrancar del dolor que le había causado Carolina. Ese fue su único objetivo y lo logró, sin embargo no era feliz.

Con Joaquín se comunicaba a diario, pero evadía el tema de Carolina. Se concentraba en preguntar por el crecimiento de Esperanza. Era igual a su abuela, pero jamás lo mencionó.

—Vas a tener que andar muy atento cuando crezca. Es una preciosura —dijo la primera vez que se la mostraron por webcam.

—Para eso te quiero como padrino. —Joaquín le dio la noticia así, sin anestesia. Se produjo un silencio. Uno incómodo—. Camilo... Adoras a mi hija como si fuera propia. No me falles ahora.

—Yo no viajo hasta dentro de un año... No se atrasen por mí. Mi cariño para Esperanza será el mismo si soy o no el padrino —afirmó.

—Lo sé, pero queremos que seas tú. Vamos a esperar para cuando regreses.

La insistencia de Joaquín lo puso en alerta. No le gustaba lo que estaban tramando. ¿Querían reunirlo con Carolina?

—Joaquín... No gastes energías en algo que para mí está superado. —¿De verdad lo había superado? No.

—¿Ya encontraste pareja por allá? —dijo entusiasmado. Su amigo no estaba sufriendo y eso lo dejaba tranquilo—. Bien... así me gusta.

Otro nuevo silencio y, Camilo, carraspeó para contestar:

—No.

¿Cuántos silencios podrían llenar la conversación entre dos amigos? En esa oportunidad, muchos. Joaquín conocía a Camilo y sabía en lo más profundo, que ese «no» rotundo era por Carolina. No se habló más sobre el tema. Simplemente centraron su charla en Esperanza.

Carolina, por su parte, no pudo calmar su dolor. Lo único que la alentaba era saber por medio de Joaquín que Camilo era uno de los mejores alumnos.

Cuando nació su nieta, su mundo volvió a tener sentido y fue por ella que volvió a sonreír. Esa niña con solo mirarla, le robaba el corazón.

—Será el padrino —le comentó a Paola.

—Me lo dijo Liliana. Caro, en un año vuelve y... creo que se deben una conversación —sugirió la amiga mientras tomaba en brazos a Esperanza.

—No nos debemos absolutamente nada, Pao.

—Sigues queriéndolo, y creo que él también.

—Estás suponiendo lo que no es —intentó defenderse a la vez que tomaba a su nieta para acunarla.

—Y si es así... ¿Por qué estás tan nerviosa?

Carolina efectivamente estaba inquieta, pero intentaba encontrarle sentido a esa intranquilidad.

—Paola, no lo veo hace un año. No acabamos en buenos términos, es obvio que algo...

—Quedó pendiente —completó su amiga y Carolina, se rindió.

—Está bien. Sí. Y si me preguntas, preferiría no volver a verlo —aseguró.

—No te creo.

—Yo tampoco me creo —admitió.

Unos pasos las alertaban de que debían guardar silencio.

—Gordita, ¿dónde quedó mi corbata? —Paola miró a su amiga y luego a Álvaro que bajaba las escaleras.

—No tengo ni la menor idea —contestó serena y a la vez divertida por la expresión de su amiga.

Álvaro luego de unos minutos, encontró la corbata y se marchó.

—¿Me perdí de algo? —Paola no entendía el motivo de tanta cercanía por parte de Álvaro, y menos comprendía que su amiga le abriera nuevamente las puertas de su casa y su vida.

—Nada. Álvaro se cambió aquí para ir a una ceremonia, nada más. Quería aprovechar de que Esperanza estaba en casa.

Paola estudió a su amiga con la mirada. Todo estaba muy calmo entre ellos y eso no indicaba nada bueno.

—Con cuidado, Caro... Que ya conoces cómo es.

La relación entre Álvaro y Carolina era confusa. Cada cierto tiempo discutían, se dejaban de hablar, pero finalmente Álvaro cedía y el trato volvía a ser cordial.

Antonia, no negaba que le gustaba la idea de que en casa se respirara la serenidad que hacía años no había. Ni siquiera Norma discutía

con su hija.

Pero entre tanta gente feliz, había una persona que sufría en silencio por un amor que ya no estaba. Y esa era Carolina.

Sus amigas intentaron presentarle a algunos amigos para que saliera y distrajera, pero prefería dedicarse a su nieta. Había tanto amor contenido dentro de ella, que Esperanza logró canalizarlo.

En Nueva York, al segundo año, Camilo comenzó a tener más vida social. Había salido con un par de chicas durante su estadía, pero Carolina estaba siempre presente al cerrar los ojos. En cada paso que daba y en cada suspiro, era ella quien venía a recordarle la felicidad que había alcanzado y le habían arrebatado.

Se permitió ir a algunos pubs y en uno de ellos, se encontró con Ximena.

Al principio ésta no lo reconoció. El tiempo le había venido muy bien.

—¡Qué alegría verte! La última vez...

—Mejor ni hablar de la última vez. —Camilo sonrió y le besó la mejilla.

—¿Qué haces acá en Nueva York? —Ximena le hablaba al oído, la música no dejaba entablar una conversación de una forma menos íntima.

—Estudios —respondió con una copa en la mano—. ¿Y tú, qué tal?

—Genial, ya sabes... mucho trabajo y ahora un poquito de diversión. Ando con una amiga. Estamos en la terraza, ¿quieres ir?

—Estoy con un amigo. —Señaló al que estaba cerca de la barra.

—Dale, dile que nos acompañe —insistió juguetona en medio del bullicio.

Camilo dudó, pero luego asintió con la cabeza.

Se acercó hasta Patricio, y le comentó que en la terraza los esperaban unas señoritas.

—¡Buenísimo! Ya era hora. —El amigo palmeó la espalda de Camilo y luego de tomar dos tragos de la barra, caminaron para encontrarlas.

Ximena hizo las presentaciones pertinentes y luego de charlas triviales, los amigos de ambos se dispusieron a bailar: Patricio y Bárbara se lucían en la pista.

—¿Quieres bailar? —Ximena notaba que Camilo estaba incómodo—. Así recordamos viejos tiempos, ¿te acuerdas cómo bailábamos?

Camilo la miró. Quería mucho a Ximena pero no quería recordar viejos tiempos, ni mucho menos bailar. Ni siquiera sabía el motivo por el cual estaba allí con ella a tantos kilómetros de donde su corazón había dejado de latir igual.

—Está bien. No bailemos —concluyó al no obtener respuesta—. Camilo, ¿qué pasó con ella?

—No quiero hablar de eso. ¿No te enojas si me voy? —Había estado bebiendo demasiado y se sentía mareado. Y tampoco quería que Ximena ahondara en temas que era mejor mantenerlos congelados.

—No hay problema. ¿Te parece si un día de estos nos tomamos un café?

Tampoco podía ignorarla. Ella había sido importante en algún momento de su vida; no de la misma forma que Carolina, eso estaba claro. Sin embargo no podía reducirla a solo una compañera de cama, porque Ximena también había sido una muy buena amiga.

Asintió con la cabeza, le besó la mejilla y le pidió su número de teléfono.

—Te llamaré. ¿Le avisas a Patricio que me fui?

—Claro. Buenas noches... Lamento si te he incomodado.

—No es nada, Ximena. Ha sido un semestre complicado en la Universidad, recién salí de los últimos exámenes y la verdad es que eso me tenía un poco agotado. —Sonrió y volvió a acercarse a ella para abrazarla—. Nos vemos en la semana.

Al llegar a su departamento, Camilo, con la ayuda de una botella de vino, comenzó a recordar.

Faltaba un mes para regresar y la espera lo tenía nervioso. En dos semanas recibiría su Título y le hubiese encantado compartir esa alegría con ella. Pero no estaba.

¿Por qué había elegido a Álvaro?

El alcohol tardó poco tiempo en hacer el efecto que jamás hubiese querido: Tomar su celular y marcar el número de teléfono de quien consideraba su mujer.

Carolina se había dormido temprano. La casa estaba en silencio y el sonido de su celular la despertó.

Pensó en que quizás su hija la llamaba por algo relacionado con Esperanza. Hacía días que la niña presentaba fiebre. Por lo mismo, ni se percató en ver el destinatario.

—¿Qué ocurre, hija? ¿Cómo está la niña?

Camilo se quedó sin aliento al escuchar esa voz. Carolina solo escuchó la respiración agitada al otro lado de la línea.

Buscó con su mano desocupada el interruptor de la lámpara y se sentó en la cama para ver de dónde venía la llamada.

«Camilo».

Se puso nerviosa, no supo qué hacer y cuando volvió a llevarse el teléfono a la oreja, el «tuuu, tuuu, tuuu», le informó que la comunicación había sido interrumpida.

Camilo lanzó el teléfono sobre su cama. El impulso de llamarla había hecho que sus fuerzas volvieran a quebrarse. Escucharla era como un nuevo respiro, pero a la vez una muerte lenta. A pesar de todo el tiempo, su corazón latía como la primera vez que la había visto sonreír o como la primera vez que la había amado. Escucharla y sentir tanto, era comprobar que su amor seguía intacto. Y si con solo oírla se alteraba, cuando la viera en un mes más, no conseguiría frenar el deseo de estrecharla entre sus brazos.

Carolina, aún aferrada al teléfono, estuvo a punto de devolverle el llamado, pero se contuvo. Le costó quedarse dormida y le hubiese encantado escucharlo aunque solo fueran unos segundos.

Ximena esperó paciente a que Camilo llamara, y lo hizo tal y como había prometido.

Conversaron de sus vidas durante el tiempo que habían estado separados. Al parecer, Ximena no había perdido el tiempo y tenía una relación bastante liberal con un compañero de trabajo, lo que alivió a Camilo. No quería que Ximena confundiera por segunda vez su amistad sincera.

—Me alegro que hayas logrado tu sueño, Camilo.

Todo el mundo se alegraba de que fuera el mejor alumno, que se titulara, pero nadie sabía cuánto él detestaba sonreír ante esas felicitaciones

sin poder expresar que el único sueño que ahora tenía, no se había cumplido.

—Gracias. Este viernes me entregan el título. Es una ceremonia solemne.

—¡Qué bien! ¿Quieres que te acompañe? Estoy hasta dentro de dos semanas aquí —preguntó Ximena a la vez que bebía un sorbo de café.

Estaba solo, no tenía familia allí y Ximena era lo más cercano a un amigo. Patricio ese día estaría con su familia y él no quería incomodar.

—La verdad es que me gustaría mucho que me acompañaras. —Sonrió.

Ximena le tomó una mano y mirándolo a los ojos, le dijo:

—Yo ya tengo asumido de que lo nuestro no resultó como pareja, pero en serio quiero estar para ti, para lo que quieras. ¿Cuándo vuelves a Chile?

—En dos semanas.

—Genial. Tomamos el vuelo juntos, así nos acompañamos.

Camilo la miró unos segundos y se sinceró:

—Sigues siendo una gran amiga, Ximena. —Ella solo le respondió con una amplia sonrisa.

El mismo día que se tituló, Camilo llamó a su familia y a Joaquín para contarles que ya era todo un profesional.

—¡Felicitaciones, amigo! Estoy orgulloso de ti. ¿Cuándo vuelves?

—En una semana.

—Perfecto. Me pondré a organizar todo para cuando llegues. Recuerda que es el bautizo de Esperanza. —Camilo cerró los ojos y volvió a pensar en Carolina. No quería ir al bautizo solo. Miró a Ximena y decidió invitarla.

—Claro, no me olvido.

Al cortar la comunicación, su amiga preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Tengo un bautizo y no quiero ir solo. Soy el padrino.

—Pero que no te preocupe eso. Yo te acompaño.

—Estará Carolina. —Hacía tanto tiempo que no pronunciaba su nombre.

—Por ella fue que... —Él solo asintió.

—Me enamoré, Ximena. Pero hay cosas que jamás funcionarán y esa fue nuestra relación. No fue suficiente habernos amado tanto. Los miedos la hicieron elegir por su ex marido.

—¿Casada? —averiguó.

—Divorciada, con una hija y quince años mayor que yo —confidenció. Ximena alzó las cejas en señal de asombro.

—Vaya... Pero Camilo, tú estás empezando a vivir, ella ya debe tener todo resuelto en su vida. Tarde o temprano iba a ocurrir. Quizás tú te hubieses terminado aburriendo.

—No me gusta tener que estar justificando siempre que lo que siento es real. Pero ni su edad ni que tuviera la vida resuelta eran un problema para mí. Renuncié a todo para estar con ella porque creí en lo que sentía y hasta último minuto, también creí en lo que ella sintió.

—Y cuando quisieras tener hijos ¿qué ibas a hacer? No sé, Camilo. Ella como mujer quizá también se resguardó. Para ti iba a ser mucho más fácil reponerte. Eres joven, con toda una vida por delante...

—Han pasado dos años y aún no me repongo. Y mi vida dejó de tener sentido cuando me dejó. Yo no le pedía hijos, solo que me amara.

—Era enfático en sus palabras y Ximena decidió callar. Había dolor en lo que decía y solo podía acompañarlo.

« 16 »

—¿Está todo listo? —preguntó nerviosa y con la niña en los brazos.

—Sí. Joaquín se comunicó con Camilo y en una semana estará en el bautizo. —Antonia notó que su madre se sentía incómoda con el tema—. Lo siento, no pude hacer cambiar de decisión a Joaquín, son muy amigos.

—No te preocupes. —Sonrió sin ganas y apartó la vista.

Cuando Joaquín anunció qué día se realizaría el bautizo de Esperanza, Carolina se sintió viva otra vez. Una vez más su corazón latía con la fuerza que solo alcanzaba cuando Camilo estaba cerca.

Estaba ansiosa. Quería verlo, saber cómo estaba. ¡Ya tenía treinta años!

El que solo faltara una semana para que se reencontraran, la preocupaba. ¿Y si seguía molesto con ella? ¿Y si tenía una pareja? ¿Y si ella ahora estaba más vieja para él? Cuarenta y cinco años en su cuerpo era mucho, tal vez.

Desde que Camilo se subió al avión, le sudaban las manos. Ximena intentaba hablarle de cualquier tema, pero fue imposible sacarlo de su estado. Estaba en un mundo paralelo, en el cual no le era permitido hablar. No quería hacerlo, necesitaba escuchar sus pensamientos y aclararse. ¿Qué diría al verla?

Los días se habían convertido en semanas, las semanas en meses y los meses en años. Dos años habían pasado desde aquella dolorosa despedida.

Ahora la volvería a ver. Y también vería cómo Álvaro la aferraba a su cintura. Joaquín no le hablaba del tema, pero él intuía que entre ellos todo se había arreglado.

El día del bautizo, Carolina estaba nerviosa. Se paseaba en su habitación sin terminar de decidir con qué ir. Había comprado tres vestidos y ahora, a horas de estrenar, no le convencía ninguno.

—Mamá, ¡apúrate! —dijo Antonia con Esperanza en los brazos.

—Ya voy, mis amores. Es que no me decido. —El rostro de Carolina reflejaba su acongojo.

Antonia se acercó despacio y con voz tierna, dijo:

—Mamá, él te encontrará hermosa. —Carolina la miró y no respondió, lo que le permitió a Antonia realizar una pregunta que hacía mucho se formulaba—. ¿Por qué si se amaban?

—Porque hay veces que el amor se demuestra con más que besos.

—Eso lo tengo claro. —Sonrió Antonia, pero luego dijo muy seria—. No te entiendo, mamá.

—Si tuvieras que renunciar a tu felicidad por la de Esperanza, ¿lo harías? —preguntó Carolina.

—Por supuesto.

—¿Y por qué lo harías? —Volvió a preguntar ladeando la cabeza.

—Porque la amo y quiero lo mejor para ella. —Carolina al escuchar a su hija, sonrió.

—Ahí tienes la respuesta. —Tomó un vestido cualquiera y se dirigió al baño.

—No me digas que lo hiciste porque sabías que tenía esa beca...

—Antonia susurró dejando las palabras en el aire. Carolina ya había cerrado la puerta del baño.

Camilo quería verla pronto. Llamó a Ximena para confirmar la hora en la cual pasaría por ella.

—Hola, gati... —Ximena contestó y Camilo chasqueó la lengua haciendo un sonido de desaprobación.

—Nada de gatito, Ximena. Te invito como amiga, no como pareja ni como lo que tuvimos antes. Supuse que te había quedado claro.

—¡Ay, Camilo! Fue la costumbre, nada más. Estás nervioso, ¿verdad?

—Ya me conoces. ¿A qué hora paso por ti? El bautizo es dentro de una hora.

—En media hora estaré lista. ¿Preparado para verla? —Ximena estaba preocupada por la reacción de su amigo.

—Sí. —Le costó decirlo. Le dolió.

—Aún la amas, Camilo. —Fue una afirmación.

—No pude hacerla lo suficientemente feliz como para que no me echara de su vida. —Se olvidó que era una conversación por teléfono, que era una conversación con Ximena. Lo olvidó todo y creyó que estaba pensando en voz alta. Lo dijo con sentimiento, con decepción y frustración.

—¿Estás ahí, Camilo? —Ximena llevaba varios segundos hablándole, pero éste ni se enteró.

—Sí, sí. Voy por ti en media hora.

Cortó la llamada y se preparó con un elegante traje negro.

En la iglesia sonaba una melodía acústica interpretada por *Ellie Goulding*, «*How long will I love you?*». (¿Cuánto Tiempo Te Amaré?).

Carolina intentaba limpiar el rostro de Esperanza que estaba lleno de chocolate. La niña se movía inquieta y Álvaro la sostenía en brazos para que Carolina pudiera hacerlo.

Desde la entrada y por la alfombra roja, un hombre con un poco de barba, bien vestido, y acompañado, avanzaba a pasos seguros.

Carolina giró y chocó con esos ojos que le encantaban. No existió nada más. Era él. Camilo caminaba hacia su dirección. ¡Por fin se encontraban!

Camilo entró a paso firme junto a Ximena.

Una espalda descubierta llamó su atención. Una espalda que él conocía muy bien, lo tenía otra vez hipnotizado. La vio girar y de inmediato sintió la conexión con su mirada. ¿Qué le decían esta vez esos ojos? ¿Amor? ¿Desagrado?

Avanzó despacio los últimos metros, volvió a distinguir el olor a rosas que lo hizo sentir en casa y estiró su mano. Carolina, volvió a rozar su palma. No se dijeron nada, no fue necesario. Lentamente apartaron el contacto físico pero continuaron observándose, midiendo quién daría el siguiente paso. No lo dio ninguno de los dos.

Carolina fue la primera en desviar la mirada. Se fijó en Ximena y le quedó claro que Camilo otra vez había iniciado una relación sin compromisos con ella. El joven, tampoco quedó ajeno a la compañía de Carolina. Menos cuando Álvaro, en un tono nada acogedor, preguntó qué era lo que hacía en el bautizo de su nieta.

—Es... es el padrino, Álvaro. Lo eligió Joaquín. —Carolina por fin hablaba. ¡Camilo la extrañaba! Extrañaba esa voz que con el paso de las semanas se había diluido en su recuerdo desde que la llamó.

La miró rogando que ésta volviera a dedicarle aunque fuese un vistazo fugaz, pero no lo hizo.

—Muy buenas tardes. Con permiso, iré a saludar a los padres. —Al escucharlo, Carolina tembló. Su voz era mucho más grave y tenía un acento distinto. ¿Dónde había quedado su voz dulce? Ahora era mucho más varonil, seductora. Juntó las piernas inconscientemente y Álvaro le reprochó con la mirada su actitud.

—No debería estar aquí —comentó el ex marido una vez que Camilo se apartó junto a Ximena.

—Eso no le decides ni tú ni yo —replicó Carolina.

—No te hubieses negado, de eso seguro. —Volvió a atacar Álvaro mientras mecía a la nena.

—Cállate, por favor. Ahí viene el cura.

La ceremonia se realizó de forma tranquila. La madrina era una de las amigas de Antonia y compartía lugar en el altar con Camilo.

Desde lejos, Carolina miraba su gesto serio. Lo observaba con la vista perdida y se preguntaba si alguna vez esos ojos la volverían a mirar con la admiración que lo hicieron en el pasado. Ante la duda, frunció el entrecejo con dolor.

Camilo estaba pendiente de ella. El rabillo del ojo le permitía saber lo que hacía sin siquiera ser evidente. Esa señora estaba mejor que nunca. Había cambiado un poco, pero era imperceptible. Tenía algunos gestos rígidos, la notaba intranquila y eso lo alertó. ¿Él seguía alterando a esa mujer? ¡Qué no daría porque ella lo hubiese elegido a él!

Durante el banquete que se dio en el jardín de la casa de Carolina, Camilo parecía relajado. Tomó en brazos a la pequeña Esperanza y cuando lo hizo, Carolina prestó atención desde lejos, emocionada.

«*Fue lo mejor. Ya está en edad de ser padre*», pensó tomando una copa que le ofrecía un camarero.

—Salió muy lindo todo. —Álvaro le habló al oído y ella dio una sacudida involuntaria. Lo miró y asintió.

—Está tan grande... —dijo con la vista fija hacia donde estaba su nieta, pero en realidad miraba la sonrisa de Camilo. Se le veía relajado, feliz. Conversaba con Ximena, y luego con Joaquín.

—¿Quieres bailar? —Le ofreció Álvaro para que su atención se desviara de aquel hombre.

—No, Álvaro. Estoy cansada.

Antonia llegó en el momento justo para quitar a Álvaro de en medio. Ximena caminó hacia el interior de la casa y Joaquín, al ver a Carolina mirando a Camilo, decidió alejarse.

Camilo se desentendió de la presencia de Carolina. Ella avanzaba despacio, pensando en qué decir. Necesitaba decir algo, saber cómo estaba, cómo le había ido.

—Hola... —susurró despacio, ubicándose a un costado de él.

—Buenas tardes, señora. —No la miró. Se mantuvo firme con la niña en brazos.

—¿Qué tal el viaje? —¿Por qué tanta distancia luego de haber compartido tanto?

—Normal... —Carolina alzó las cejas.

—Okey... Estás en plan de escueto. —Carolina cruzó sus brazos. No lo hizo intimidante, sino como una forma de escudarse ante la presencia fría de Camilo.

—Vaya con su marido, señora. —Fue el único instante en que la miró a los ojos. Pero Carolina hubiese preferido no haber visto nunca aquella expresión cargada de dolor—. Creo que si se queda más tiempo aquí conmigo, él mismo la vendrá a buscar. No hace bien estando aquí.

—No seas injusto, Camilo. —Logró decir Carolina al notar la ironía con que usaba sus palabras.

—¿Injusto yo? No, señora, fue usted quien decidió nuestro futuro. Usted fue la injusta con sus sentimientos y con los míos. Pero ya tiene lo que quiere. Su familia feliz... Porque supongo que es feliz, ¿no?

Carolina lo miró con la furia en las venas. ¿Quién se creía para hablarle así? Debía reconocer que si no hiciera uso de ese tonito, el modo como pronunciaba «*señora*», la excitaba y mucho.

—Yo no pude hacerla feliz lo suficiente como para que decidiera estar conmigo. Si su elección fue otra, es porque la felicidad estaba en otro lado, no junto a mí. Vaya al lugar que eligió, porque aquí sobra.

—¡Claro que me voy! ¿Qué te has creído, Camilo? —respondió entre dientes—. Solo quise ser amable.

—No hace falta su amabilidad, señora. —Camilo debió elevar un poco más su voz, porque Carolina ya había dado algunos pasos hacia la

pista de baile.

Camilo se maldijo al instante. Y volvió a hacerlo cuando la vio en los brazos de Álvaro, fingiendo que todo estaba bien, cuando no lo estaba.

Él no quiso ser menos, caminó hacia Joaquín, le entregó la niña y luego, atajó a Ximena que venía con dos copas en la mano y prácticamente la arrastró a la pista, junto a Carolina y Álvaro.

La madre de Carolina, disfrutaba de la cercanía entre su yerno y su hija, pero estaba ajena a lo que verdaderamente estaba sucediendo.

Aquel baile, fue un desafío que solo dos personas habían aceptado. ¿Qué querían demostrar? ¿Acaso querían hacerse creer que la vida después del otro seguía siendo normal? ¡Qué equivocados estaban! Cuando dos almas se unen, la conexión de sus miradas es tan poderosa, que en ellas pueden leerse un «para siempre».

OceanofPDF.com

« 17 »

Carolina no soportó ver cómo Camilo bailaba con Ximena. Se excusó con Álvaro diciendo que se sentía incómoda con su ropa. Caminó hasta su dormitorio y allí comenzó a desvestirse.

Estaba en ropa interior buscando algo más informal, cuando la puerta se abrió.

—¡Sal de aquí! —exigió antes de que Camilo la tomara por los codos y la elevara a centímetros de su boca.

—Dígame, señora... dígame que no lo quiere.

—Suéltame, Camilo... o...

—¿O qué? —La extrañaba y no sabía por qué la enfrentaba en vez de tomar su boca por asalto.

—O voy a gritar... Suéltame, me estás haciendo daño. —Carolina se removi6 inquieta y consigui6 que 6l la soltara—. ¿Qué tienes en la cabeza? Primero no me quieres hablar y ahora entras a mi dormitorio sin siquiera ser invitado.

Internamente Carolina agradecía la cercanía, pero no entendía la actitud de Camilo. Y Camilo tampoco lo entendía, se suponía que debería alejarse de ella, mas no lo conseguía.

Al ver cómo la piel de Carolina se erizaba, probablemente por la excitación de la proximidad que habían experimentado, Camilo se acercó sin tocarla y quedando a unos centímetros de su boca, le aseguró:

—Usted aún me ama.

Dicho lo anterior, salió de la habitación temblando, sin embargo, Carolina no lo hizo mejor. Necesitó sentarse y palpar sus labios, que anhelaban besarlo una vez más.

En los días siguientes Carolina paso por varios estados, pero el que más la atacaba era la ira.

—¡Que se vaya a la mierda!

—¡Carolina! ¿Desde cuándo esa boquita? —reprendió Liliana.

—Desde que al amigo de tu hijo se le ocurrió llamarme señora, ignorarme para luego entrar a mi habitación como si nada, y después pasearse con Ximena de lo más feliz. Aparte, me los encuentro en todos lados. ¡No puedo tener más mala suerte!

—¿Qué es lo que te altera? ¿Que te diga «señora», que te ignore, que te busque o que haya vuelto con Ximena?

—¡Todo! —Cayó rendida en un sillón—. El extranjero lo volvió un hombre que no es. Camilo no es así...

—Han pasado dos años... Las nuevas experiencias y relaciones con otras personas nos hacen ver las cosas de otra manera —intentó explicar Paola.

Ya más calmada, Carolina negó con la cabeza y suavizó su voz.

—No... Está resentido. Está dolido y lo peor es que con justa razón.

—Ahí te equivocas, Carolina. No tiene razón. Si tan solo supiera el real motivo por el que lo dejaste... —comentó Paola.

—¡Shh! —dijo mirando hacia todos lados—. Está en la cocina con Antonia y Joaquín. No quiero que por casualidad escuchen algo. —Todo lo dijo en voz baja.

—¡Pero si te has gritado la vida, mujer! ¿Qué cuidado pones ahora? —Liliana sonrió y Carolina le regaló una sonrisa forzada.

—Bueno, entonces nos vamos de acá porque no soporto un minuto más con él bajo el mismo techo.

—Sí, seguro... —pronunció en un murmullo Paola.

—Te escuché, Pao... Te escuché.

Salieron de la casa hacia un bar en el cual pudieron hablar abiertamente de todo.

Camilo estaba en la cocina de la casa de Carolina contándoles a sus amigos sobre la experiencia de vivir en el extranjero. De pronto solicitó el baño y a la pasada escuchó a Carolina hablando de lo molesto que le resultaba el trato de «señora». Pues Camilo no veía el motivo de su disgusto. Era una señora casada. Punto.

¡Cómo le gustaría volver a besarla!

Pero se lo tenía que negar. No le convenía, en eso Carolina había tenido razón. Entregó el corazón y se lo rechazaron, esta vez no lo volvería

a entregar.

Muchas noches se preguntó si era normal tanto dolor, luego comprendió que aquel dolor sería siempre parte de él. Carolina ya no estaba en su vida y jamás lo estaría. Visitar a Antonia con la excusa de ver a Esperanza, era su única “esperanza”. Así era cómo sabía de ella, de sus estados de ánimo y comprobaba que ya no sonreía como hacía dos años atrás.

Pronto, Carolina estaría de cumpleaños. Moría de ganas por prepararle algo especial, pero su orgullo se lo impedía. Hacía casi tres años la había conocido, le hubiese encantado que ella lo hubiese elegido, pero no fue así.

—¿Qué hace aquí otra vez? —irrumpió en la cocina la abuela de Antonia.

—Nona, Camilo es nuestro amigo y el padrino de Esperanza. ¿No pensarás que no lo voy a dejar pasar?

—Mire... —Norma obvió el comentario de su nieta y se dirigió a Camilo—. Mi hija está feliz con Alvarito...

«*Confirmado, está con él*», pensó Camilo y el gesto se volvió más serio.

—No se preocupe, señora. Mis intereses han variado. —Era falso. No habían variado ni los intereses, ni los sentimientos, pero no iba a revelar lo que le gritaba el pecho cada vez que Carolina respiraba, para que le hicieran daño otra vez. Bastante sufrió a la distancia.

Con el orgullo herido y corazón sangrando por confirmar de la boca de esa arpía que Carolina, su Caro, estaba con Álvaro, Camilo montó su moto y anduvo sin rumbo un par de horas. No sabía hasta dónde se dirigía hasta que se encontró frente a su nidito.

No había entrado desde hacía dos años atrás cuando ella lloró en su hombro producto de la felicidad. ¿Había sido felicidad?

Se había cuestionado cada noche que estuvo ausente, si de verdad era felicidad o ya había planeado dejarlo. Esa había sido la última vez que sintió el calor de Carolina.

Cuando se acercó a él en el bautizo, creyó que la razón se le iría a los pies al sentir ese olor a rosas que tanto había añorado. Pero no iba a ceder, no sería vulnerable. Le enrostró su decisión, le dijo que sobraba. No sobraba, le faltaba y le dolía la ausencia de Carolina en su vida. Y entonces, después, poseído por una fuerza desconocida, necesitó escuchar de su boca

que no quería a Álvaro, que lo amaba a él. La vio tan frágil y descubrió que en sus ojos se reflejaba la misma tristeza que en los propios. Fue en ese instante, que decidió salir de la habitación.

Ella lo había alejado de su lado y aún no entendía el motivo. No creía en el amor entre Álvaro y ella. La creía inteligente y durante el bautizo, solo vio rechazo hacia las caricias que le otorgaba su ex marido. O eso era nada más que una pantalla social o él estaba negándose a creer que su querida Carolina había vuelto a los brazos de su ex.

Era tarde y decidió dormir ahí, en medio de los recuerdos, de las sábanas que aún guardaban el olor a rosas y un par de fotos que tenía en su celular con su amor sonriendo.

«¿Qué voy a hacer contigo, Carolina?», se preguntó antes de dormir.

Ella, mientras tanto, hablaba con sus amigas.

—Bueno, voy a seguir como estaba. No me voy a calentar la cabeza por su indiferencia —concluyó bebiendo el último sorbo de café—. Me tengo que ir chicas, tengo cena con Álvaro.

—¿Otra vez Álvaro?

Sus amigas no estaban de acuerdo con esa cercanía.

Para Paola, el hombre no asumía que Carolina ahora era una mujer independiente y quería ser indispensable para ella.

Para Liliana, el motivo era que como Isabel ahora lo había dejado por alguien mucho más joven, pretendía calmar su ego herido conquistando a su ex mujer.

Y Carolina, pensaba que de verdad estaba arrepentido. No le huía pero tampoco le entusiasmaba. Le daba el beneficio de la duda, nada más.

Lo cierto era que las tres estaban equivocadas. Álvaro buscaba un equilibrio social. Buscaba audiencia. Buscaba que sus más cercanos supieran que él seguía siendo un hombre de familia.

—Sí, otra vez. Pero no se confundan. Nos llevamos bien, eso es todo. A parte, tienen que reconocer que ha cambiado.

—Que se haga el "aquí no ha pasado nada" no significa que haya cambiado, Carolina —aseguró Paola.

—No soy tonta, Pao. Me respeta, tenemos una relación de padres y abuelos de Antonia y Esperanza. No voy a cenar para compartir una velada amorosa. Yo no vuelvo atrás y lo saben.

—¿O sea que Camilo tampoco es candidato a una velada romántica?
—dijo Liliana entrecerrando los ojos.

—Camilo es otra cosa... —asumió—. Él me amó como nadie y permitió que viera en mí lo que no vi. Nunca disfruté tanto de sonreír como cuando él me miraba y me decía lo feliz que le hacía ver mi sonrisa.
—Sonrió, suspiró, añoró.

—¿Qué sentiste al verlo?

—Me despertó la memoria. Fue verlo, sentir su aroma, escucharlo y pude retroceder en el tiempo. Me da mucha pena que tenga esa actitud. Tenía la esperanza de que podríamos por lo menos ser amigos cuando nos viéramos nuevamente.

—Sabes que eso es imposible, Caro... ¿Por qué te engañas?
—Liliana tomó la mano de su amiga.

—Porque por algo había que empezar. —Negó con la cabeza—. No me hagan caso. Ya me voy. Gracias por el café.

Álvaro le abrió la puerta del taxi y le estrechó una mano para ayudarla a descender de él.

—Te dije que me avisaras para ir a buscarte, cariño.

—No me digas «cariño» —Lo miró y luego agregó—. No te avisé porque puedo llegar sola, Álvaro.

—Está bien, ¿vamos? —Carolina aceptó el brazo que la guiaba por el salón principal del fino restaurante.

Álvaro había reservado en el más elegante y concurrido lugar de la ciudad. La mesa que había solicitado, era una muy cerca del sector en el cual se encontraban grandes empresarios y políticos.

Al sentarse, Carolina observó:

—¿Es idea mía o pediste la mesa de forma estratégica? —Se daba cuenta que todos miraban de reojo. Durante el trayecto de la entrada a hasta donde estaba, había saludado a un montón de gente del círculo que antes frecuentaba cuando acompañaba a su ex marido a las ceremonias públicas y eventos privados.

—¿Por qué lo dices? —Álvaro se removió incómodo y le apartó la vista. Levantó una mano y solicitó al camarero que se acercara.

—Es cosa de mirar alrededor... ¿Es un evento privado? Están todos tus «amigos» —dijo en forma discreta, pero enfatizando con las manos.

—El lugar es así, ya hemos venido antes. Despreocúpate.

Carolina no dijo más, porque el camarero se acercó para tomarles el pedido.

—Para la dama, Pato a la Naranja y para mí, Pollo al Coñac, por favor.

—¿Vino? —preguntó el camarero mirando de reojo mientras anotaba lo solicitado.

—El mejor. —Cerró la carta, esperó que el muchacho los dejara solos y dijo—: Te pedí tu plato favorito.

«*No tienes idea, Álvaro*». Su favorito era la Reineta al horno. Cerró los ojos y casi podía olfatear el aroma que desprendió cuando Camilo había cocinado para ella. A lo sumo, se hubiese comido el Pollo al Coñac... pero detestaba el pato y la naranja. No dijo nada. Solo sonrió levemente.

—Y bueno... tú me dirás para qué me llamaste. ¿Pasó algo con el pago del banquete del bautizo? Si faltó, solo dime y te extiendo un cheque... —Se giró para buscar en su cartera la chequera, pero Álvaro le tocó el brazo para que se volviera.

—Me da gusto verte así... tan resuelta. —Sonrió y luego continuó—: Te cité para... conversar de la vida, de nosotros, no sé... —Se encogió de hombros y delineó con sus ojos los labios de su ex mujer.

Si bien la necesitaba cerca para reunir votos, también estaba arrepentido de todo lo que la había hecho sufrir. Ahora que había vivido en carne propia lo que era ser abandonado, admiraba en silencio la fuerza que tuvo ella para levantarse.

—¿Nosotros, Álvaro? —preguntó discreta, con una voz apenas legible.

—Yo... —vaciló y luego lo dijo—: Yo te he extrañado mucho. Y lo siento tanto. Tú, podrías... algún día... —Carolina no daba crédito a lo que escuchaba. Álvaro, su ex marido, no era de las personas que reconocían sus errores. Tomó la copa, bebió un poco de agua y lo dejó continuar sin decir una palabra—. ¿Me perdonarías, cariño?

—Yo no tengo nada que perdonarte, Álvaro. Y sé para dónde quieres llevar esta conversación y la respuesta es: No, gracias. No me interesa ser el adorno que quieres que sea.

—¡No quiero que seas un adorno, Caro!

—¿No? ¿Y qué significa que hayas elegido el restaurante más exclusivo, reservando la mesa céntrica en la cual nos pueden ver todos los demás comensales, que para asombro mío, son personas del partido

político, empresas y otros «amigos» de la alta sociedad? —Golpeó cada palabra.

—Baja la voz, nos oirán —dijo Álvaro entre dientes.

—¿Ves? Ahí tienes. —Carolina se levantó en el mismo instante en que el camarero llegaba con la cena. Ésta lo miró y luego llevó sus ojos al rostro descompuesto de Álvaro—. Y además... El pato y la naranja no son de mi agrado. Jamás lo han sido.

Tomó su cartera y se retiró.

—¡Carolina! —llamó alzando un poco la voz, lo que hizo que quienes lo rodeaban, miraran en su dirección. Al notarlo, Álvaro les sonrió y dijo—: Cosas de mujeres...

Todos giraron la cabeza y él, dejó el efectivo para pagar la cena y salió tras su ex mujer.

—Vamos, Caro. Yo te llevo.

—No. —Siguió caminando mientras Álvaro la seguía.

—Carolina... —El nombre salió de su garganta como si fuera un gruñido. Se detuvo de inmediato. Algo en ella recordaba la autoridad de esa voz. Por un segundo quedó inmóvil y hasta que Álvaro no estuvo junto a ella, no levantó la cabeza—. Ven, vamos a casa.

De un momento a otro recuperó la cordura y al ver un taxi pasar, le hizo señas.

—Vamos, Caro. No te vayas. Ya sé, me equivoqué... no debí traerte aquí.

—Yo no debí venir. Tus intenciones son muy alejadas a las mías. Y la verdad, es que no me interesa en lo más mínimo volver el tiempo atrás. La única relación que nos une, es la de padres de Antonia y abuelos de Esperanza. Nada más.

Subió al taxi y desde la ventanilla abierta, Carolina volvió a hablar:

—Y pide a tus amigos periodistas que dejen de sacar fotos. El beso que pactaste para que saliéramos en los diarios como la pareja feliz que no somos, no te lo voy a dar.

Dicho lo anterior, Carolina se marchó.

Y tenía razón. Álvaro había invitado a Carolina con la intención de que volvieran a verlos juntos. Y los del diario estaban al pendiente de cualquier gesto de la pareja. Necesitaban encontrar algo comprometedor para reafirmar las declaraciones que el Gobernador y postulante a Consejero Regional había otorgado horas antes en una entrevista.

Los periódicos afirmaban que el político *«creía en la reconstrucción de los establecimientos afectados por el terremoto, como creía en la reparación de su matrimonio. Era fiel testigo que solo con perseverancia, podía lograr grandes cosas»*.

Necesitaba esa portada con el beso en los titulares. No quería desmentir lo que había dicho: *«Nos estamos reconciliando»*.

Cuando Carolina llegó a la casa de Liliana y le contó lo que había sucedido, ella no tardó en dar su opinión:

—Ese hombre no cambiará nunca. —Movi6 la cabeza en forma reprobatoria y le extendió un café.

—Me molesta que me siga usando aún divorciados. ¿Qué creía?

—Te dije que fueras con cuidado. ¿Qué piensas que harán los diarios? ¿Publicarán la peleíta que sostuvieron fuera del restaurante? —preguntó Liliana.

—Álvaro puede hacer desaparecer la imprenta con todo el dinero que tiene. Te apuesto que mañana saldrá algo totalmente distinto, y del incidente, nadie mencionará nada.

—Me imagino que con esto, se acabaron las cenas y salidas con él.

Carolina no respondió. Estaba claro que Álvaro no había cambiado en nada.

—Buenas noches. —Ricardo entró a la sala en la que estaban, saludó a su esposa y luego a Carolina.

—Hola, Ricardo. Disculpen, he sido una imprudente. Me voy a casa.

—No, tranquila. ¿Todo bien? —preguntó abrazando a Liliana.

Se habían casado hacía un año. Eran felices, muy felices y Ricardo, luego de insistir a Carolina de que lo disculpase por las veces que confundió su relación paciente-doctor, ambos se trataba con más familiaridad.

—Sí, todo bien. La verdad es que es bastante tarde y ya quiero irme a descansar. —Sonrió y miró a Liliana—. Muchas gracias. Por cierto, Antonia me pidió que te dijera que mañana nos esperan a almorzar. No sé qué se traen esos dos.

Dicho lo anterior, salió y se acercó a un paradero de taxi.

Hacía unos días había decidido vender su camioneta para cambiarla por un auto más familiar. Sin embargo, aún no se decidía por cuál. Pudo haber caminado, pero estaba cansada y ya era muy tarde.

Camilo despertó cerca del medio día como si un camión le hubiese pasado por encima.

Caminó hasta la cocina, se sirvió café y salió a la terraza de la pequeña cabaña en el instante en que un niño se acercaba en bicicleta.

—Bue... Buenos días, señor.

El chico de no más de diez años, dejó caer sus piernas a cada lado de su medio de transporte y las usó para frenar.

—Buen día... —Camilo alzó las cejas y la taza de café en señal de saludo.

—U... ¿Usted vive acá? —preguntó a las carreras el inquieto chiquillo.

Camilo frunció sus labios y asintió. El chicuelo dejó la bicicleta en el suelo, levantando un poco de polvo. Se sacudió las manos y de la mochila que traía colgando, sacó un periódico enrollado.

—Tome... —Le extendió.

Camilo lo abrió y en primera plana, salía su pesadilla sonriendo frente a su amor y una frase titular que le removía las entrañas, el alma y el corazón.

«Nos estamos reconciliando».

—Yo no estoy suscrito al diario. ¿Quién lo envía?

El chico se encogió de hombros y con rapidez levantó su medio de transporte para desaparecer por las callecitas.

Camilo estaba furioso. Estaba seguro que era una forma de recordarle el abandono. Él había perdido, y Álvaro se lo enrostraba como mejor sabía.

Leyó la nota completa. Mezclaba política con su supuesta vida color de rosas. Y lo peor, es que la gente le creía. En cinco años no había hecho nada para que las casas que habían resultado destruidas por el terremoto del 2010, se repararan. Tampoco había apoyado para adquirir nuevos terrenos que permitieran a las familias afectadas trasladarse y construir con material seguro sus nuevos hogares.

Su familia había sido una de las tantas que terminó endeudándose para subsanar lo que el gobierno no fue capaz de hacer.

Pero eso ya era pasado, al igual que lo era Carolina.

Lanzó con rabia el periódico contra la mesa.

—No, Carolina jamás será pasado.

Sin embargo, viendo que ella había iniciado otro camino, lejos de él, tomó una decisión.

Álvaro se paseaba con una copa de merlot en la mano por la oficina del jefe de prensa del diario. No era diario de gobierno, pero la estrecha relación, le permitía algunos beneficios al publicar. Ni señas de la discusión que había mantenido con Carolina en las afueras del restaurante. Para todo el resto de la gente, ellos se estaban reconciliando.

—A esta hora, ya debe haber recibido el diario. Dos pájaros muertos de un tiro. —Sonrió con aire superado.

Por su parte, cuando Carolina vio los titulares regionales, quiso matar a Álvaro. Tomó su teléfono, lo llamó y le dejó muy en claro que ella ya no era un adorno.

Su ex marido, se excusó diciendo que lo habían sacado de contexto, cosa que Carolina por supuesto no creyó.

Durante la tarde, se volvieron a ver en el almuerzo que Antonia y Joaquín habían preparado para comunicarles su intención de casarse.

Norma, expresó que demasiado se habían tardado.

Álvaro, extendió un cheque sustancioso para todo lo que requirieran.

Carolina permaneció en silencio jugando con su nieta y Liliana, los felicitó.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó muy bajito su hija.

—Estás tan grande. —Carolina acarició el cabello de su Antonia. Muy internamente, sabía que se estaba quedando sola. Que el tiempo corría de prisa y que a ella se le estaba escapando algo... El amor.

Antonia abrazó a su madre y ésta, entre sollozos, le dijo:

—Te felicito, mi amor. Sé que serán muy felices. Respétense, como siempre. Y confíen. —Besó las mejillas de su hija y con una sonrisa, la volvió a abrazar.

Al salir del departamento de los novios, Álvaro y Carolina compartieron ascensor.

—Que bien que se decidieron —comentó el hombre con las manos en los bolsillos. Carolina miró el techo y no le dirigió palabra—. ¿No me vas a hablar? Caro, yo no tengo la culpa de que los periodistas escriban lo que vende.

—Pero te conviene, ¿no? No me veas la cara de tonta, Álvaro. Y si no quieres que yo misma hable con ellos y les dé mi versión, no me

involucres más en tus asuntos.

—No serías capaz...

—Pruébame. —Lo miró muy segura y en cuanto las puertas se abrieron, ella salió dejándolo atrás.

OceanofPDF.com

« 18 »

A los pocos minutos de decidir dejar de visitar la casa de Carolina con la excusa de ver a Esperanza, recibió una invitación de Joaquín para almorzar en su departamento.

—¿Quién estará? —preguntó temiendo la respuesta.

—Toda la familia de Antonia. —Camilo se tensó pero al mismo tiempo le respondió firme.

—No voy a ir, Joaquín. Te agradezco la invitación, pero la verdad es que dentro de poco tengo una entrevista de trabajo y no quisiera perderla. Quizás uno de estos días me pase por tu departamento.

Quiso parecer convincente y hasta ese momento lo logró.

Lo de la entrevista era real. Un amigo de un amigo de Ximena le había conseguido una reunión con el dueño de un diario bastante pequeño, pero que de seguro le serviría de experiencia.

No había estudiado periodismo pero mientras estuvo fuera, se anotó a algunos módulos relacionados con lo mismo.

Durante dos horas, le explicaron el funcionamiento del periódico. Se notaba un lugar serio y a pesar de ser pequeño, trabajaba un montón de gente.

Se embebió de todo lo que veía y le decían para poder desempeñarse mejor. Una semana bastó para descubrir que su compañero de oficina estaba llevando a cabo una investigación que le pareció muy interesante.

—Es sobre... ¿el gobernador? —preguntó echando un vistazo al ordenador de Ivo, un joven de aspecto hippie.

Éste, al escuchar la pregunta, cambió de ventana y se quedó en silencio unos segundos, luego añadió:

—No te incumbe.

—Quisiera ayudarte, Ivo. —Estaba obsesionado con saber de ese tipo. Por descubrir algo que hiciera entender a Carolina que ese hombre no

le convenía ni un poquito. Y la posibilidad se la podía dar su colega.

Ivo, por su parte, lo estudió. Miró al nuevo y le advirtió:

—Es confidencial. Es mío y ni te creas que te voy a dar el crédito.

—No necesito el crédito. Lo que quiero es ayudar y aprender.

—Camilo te llamas, ¿verdad?

—Sí... Ivo, en serio. Dime de qué trata... quizás puedo averiguar y aportar en la investigación.

—Estuviste dos años en el extranjero, no creo que seas de aporte. O quizás sí, no lo sé.

—Sigo sin entender.

—No tienes que entender nada. Te voy a dar acceso a un link en el que tienes toda la información, estúdiala y mañana conversamos. Es tarde.

—Gracias. No voy a defraudarte.

Ivo apagó su computador, se levantó y antes de cruzar la puerta, se volvió.

—Si decides entrar a la investigación, no puedes decir ni una sola palabra, y tampoco puedes recular. Es un tema jodido que cuando salga a la luz, va a traer serios problemas; no solo a él, sino a un par de empresarios importantes del país. Piénsalo bien, no sabemos con qué más nos vamos a encontrar ni qué tan peligroso puede resultar meterse donde supuestamente no debemos.

—De acuerdo. —Asintió Camilo.

No creyó que fuera tan grave investigar un par de cosas irregulares en la gestión de Álvaro. No lo creyó hasta que leyó sin parar toda la noche. El gobernador había ocupado dinero estatal para su futura campaña. No conforme con eso, además se registraban un par de contactos con empresas que le compraron tierras que habían sido adquiridas con dinero estatal con la intención de construir allí las casas de los afectados. Algo que nunca se cumplió. ¿Dónde mierda estaba el gobierno para regular todo aquello? Cada cosa que leía, más le indignaba. No sintió miedo a pesar de saber que había muchos empresarios de dudosa conducta.

Al día siguiente, ya sabía qué haría.

—Entro al caso. Anoche estuve averiguando un par de cosas que nos pueden servir.

—Camilo, esto es serio. No se trata de ser superhéroes, se trata de investigar cosas certeras.

—Lo sé y no te imaginas lo serio que me lo voy a tomar.

La investigación y la involucración en el caso, le permitió abstraerse lo suficiente como para que Carolina desapareciera durante el día de sus pensamientos.

Sus amigos lo llamaban constantemente para cenar, pero se excusaba con el trabajo.

—¡Mira lo que tenemos aquí! Escucha —dijo Ivo un día. Camilo se acercó y esperó atento a que continuara—. «*El gobernador manipuló información confidencial para adquirir becas extranjeras para hijos de empresarios y funcionarios públicos que le ayudaban a ocultar las transacciones que hacía para recibir el dinero por las ventas de las tierras*».

La taza de café que Camilo sostenía entre sus manos, se deslizó como si fuera jabón.

—¡Mierda! —exclamó Camilo.

—¡Hey! Cuidado...

Él había gestionado esa beca. Era un buen alumno, obtuvo un buen puntaje... ¿pero qué tan real era? ¿Carolina estaría al tanto? ¿Se pusieron de acuerdo ambos para sacarlo de en medio? No, no era posible. ¿O sí?

Las semanas siguieron avanzando y cada paso que daban, se volvía peligroso.

Una tarde, Ivo fue trasladado al hospital. Un vehículo negro sin patente lo embistió por detrás y se dio a la fuga.

—¿Crees que se hayan dado cuenta de lo que estamos buscando? —preguntó Camilo cuando Ivo ya estaba mejor. Se había volcado y tenía algunas heridas, nada de mucho cuidado.

—Fue capaz de enviar a dismantelar la oficina de su ex esposa. No me cabe duda que también está detrás de esto que ves. Su pellejo está en peligro. Se supone que aquellos empresarios son intachables.

Camilo registró hasta «*ex esposa*». El resto ya lo había escuchado antes.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó intentando ocultar la preocupación.

—¿Hacerme daño? Para que me calle. ¿Lo de la esposa? Porque lo dejó por un chico mucho menor que ella. —Eso era mentira. Ella ya estaba

separada hacía un año.

—¿Estás seguro que lo dejó por un chico menor?

—No tengo idea, no entra en la investigación. No me fijo en su vida privada y menos en la de su ex. Eso de que se quieren reconciliar no se lo cree nadie... Nadie que sea inteligente. —Camilo carraspeó. Él sí se lo había creído.

Carolina, al ver que Joaquín llegaba solo y no acompañado de Camilo como lo hacía antes, preguntó:

—¿Están enojados con Camilo?

—No, Carolina... al parecer tiene mucho trabajo.

—Ah... —Fue lo único que dijo antes de ir hasta su oficina.

Llevaba varias semanas preguntándose si habría visto el diario. Coincidió con la fecha en que dejó de verlo en su casa. Y aunque no se hablaban, por lo menos podía saber cómo estaba.

Tomó su teléfono con la intención de llamarlo, pero desistió al instante y prefirió pasar más tarde por casa de Paola para desahogarse.

—...Está trabajando, supuestamente. Paola, necesito verlo. Lo extraño tanto. —Suspiró y hundió su rostro entre sus manos—. Pero no quiere saber nada de mí.

—Entonces búscalos, Carolina. Tú lo dejaste, búscalos.

—¿Crees que estaría bien? Digo... decirle todo como realmente fue —dijo esperanzada. Esperaba que Paola le dijera lo que su corazón le venía gritando hacía tiempo.

—Mira, Carolina, ustedes tienen mucho en contra. La edad, que fue lo primero que los frenó —comenzó a enumerar—, los prejuicios de tu madre y la intromisión de Álvaro. La beca que justo llegó cuando sabías que él era capaz de todo por ese amor que te decía tener y la enfermedad que vino para asustarte y que luego como por obra de magia, no fue nada más que un susto. Ahora que tu madre no tiene tanta entidad sobre ti. Que Álvaro ya descubrió que eres capaz de todo y que no te dejas amedrentar. Que además Camilo logró terminar su carrera, ¿no te parece que no hay nada que los separe? ¿Que todo está en orden?

—Hay algo que no estás tomando en cuenta, Pao —dijo secándose las lágrimas que habían surgido una vez que recorrió mentalmente cada

suceso que habían transitado y los había distanciado—. Nos separa su orgullo herido.

—Habla con él, haz que te escuche. Estoy segura que sabiendo lo que realmente sucedió, comprenderá que debe dejar su orgullo de lado.

—No lo sé, Pao. Al fin y al cabo la edad siempre seguirá siendo un problema. No puedo obligarlo a que esté atado a una mujer que en muy poco tiempo no servirá para nada.

—Tienes razón, me había olvidado de algo más. La mayor barrera, eres tú.

—Es lo que te digo, mi edad... —dijo Carolina, sin embargo, Paola negó con la cabeza.

—No es tu edad, es tu empeño en boicotearte la felicidad. Él no considera que la edad sea un impedimento y te lo demostró tantas veces... Pero para ti, sus demostraciones no fueron suficientes.

—Sí lo fueron, nunca dudé de su amor.

—Pero sí dudas de lo que pueda sentir en un futuro. Mira, si hoy estás en pareja, no puedes prever qué sucederá. Ya viste que lo que los separó no fue la edad, sino una beca. Y puede que en el futuro los separe la edad u otra cosa... Nunca lo sabrás si no te arriesgas a vivirlo.

Cuando llegó a casa, Carolina se preparó un café. Dio tantas vueltas con la cuchara, como veces pasó por su mente una idea. Y entonces... decidió hablar con él en cuanto tuviese la oportunidad.

A la mañana siguiente, estaba sentada para comenzar a desayunar, cuando Antonia le preguntó algo que no esperaba.

—Mamá, el otro día preguntaste por Camilo... ¿Lo extrañas?

—¿No te parece que es muy temprano para hacer esas preguntas? —Revolvió el pelo de su hija en cuanto ésta se sentó frente a ella—. ¿Cómo van los preparativos de la boda?

—Tranqui... La verdad es que aún no me acostumbro a la idea...

—Antonia hizo un gesto con su boca que a Carolina le preocupó.

—Hija... ¿Estás segura de casarte?

—Yo amo a Joaquín, mamá. Tanto como padre como pareja, pero casarse es un paso muy grande. Si bien vivimos juntos casi la mayoría del tiempo... Casarse es... Es complicarlo todo, me parece.

—No lo veo así, pero si no estás segura, siempre puedes retractarte, mi amor. —Carolina acarició la mano de su hija y sonrió.

—Lo sé, supongo que es normal tener dudas, ¿no? ¿Qué sentiste cuando papá te pidió matrimonio?

Carolina tomó aire y luego de pensarlo un poco, de hurgar en sus recuerdos, dijo:

—Felicidad. Era todo lo que quería. Siempre fui la muñequita de mi padre y Álvaro me recibió de la misma forma. Yo era intocable... Era su princesa.

Antonia notó nostalgia en los ojos de su madre y preguntó:

—¿Qué hizo que todo cambiara?

—Una vez que me supo suya, dejó de ser el hombre que conocí... Y no me pidas que te cuente más porque eso es parte de la intimidad entre él y yo. Pero sí tienes que saber que Joaquín te adora, ese chico es el hombre más feliz estando contigo.

—¿Y quién me asegura de que siga siendo igual?

—Tu corazón, mi amor.

—¿Y tu corazón no sintió que mi padre podría cambiar?

—Mi corazón me avisó muchas veces que el mundo que Álvaro tenía pensado para mí, era comparable al de una planta. Y yo quise ser parte de ese mundo hasta que me di cuenta que en ese mundo, no se me permitía florecer.

—Y Camilo sí te ofreció ese mundo... ¿no?

¿Para qué negarlo? Con Camilo había descubierto mil formas de florecer, de sentirse bella y mujer. Había descubierto que el corazón podía latir siempre más fuerte cuando él aparecía para alegrarle el día.

—Sí, Camilo me ofreció eso y muchas cosas más. —Estaba sonrojada.

—Mamá, él te ama. No logro aceptar que se lleven tantos años de diferencia, pero no puedo negar lo que él siente por ti.

—Sentía, hija... Sentía.

—¿Me contarás alguna vez qué fue lo que los separó?

—No vale la pena. —Suspiró Carolina.

—Él no ha querido venir. Dice que es por trabajo pero es poco lo que le creo —comentó Antonia.

—Está molesto, lo conozco. —Carolina desvió la mirada y revolvió su café.

—¿Tiene que ver con que tú y papá se están reconciliando?

—¡Qué preguntas haces, hija! Nosotros con Álvaro no nos estamos reconciliando... Si lo dices por el diario, sabes de sobra cuánto inventan esos tipos.

—Mmm... puede ser, pero eso no tiene por qué saberlo Camilo.

Y su hija tenía razón... No tenía cómo saberlo.

Norma entró en ese instante y exclamó contenta:

—¡Alvarito me acaba de llamar para que nos vayamos todos de viaje durante unos meses! ¿A que no es lindo?

—¿Qué? Está loco. Olvídate, yo no voy a ningún lado.

—Hija, no seas injusta. Ni siquiera tendría que invitarnos a ningún lado, pero se ha acordado de nosotras. No puedes rechazar tan buen regalo.

—Tú no cambias, mamá. —La miró a los ojos y negó con la cabeza—. Olvida el viaje, mañana hablo con él y le digo que no es necesario.

—¡Pero claro que lo es! Todas mis amigas comentan sus vacaciones... ¿Crees que es muy bonito decir que al único lugar que he ido en los últimos años es a la esquina a comprar el pan? No, señorita... Nos vamos, porque nos vamos.

—Pues irás sola, yo no te acompañaré.

—Yo menos. Y con Joaquín y Esperanza ni cuenten. Con los preparativos de la boda estoy hasta la coronilla —anunció Antonia, haciendo que la sonrisa de Norma se borrara por completo.

Carolina tomó su cartera, se despidió de su hija y luego de su madre.

—Iré a buscar a Esperanza al jardín, para que no te preocupes.

—Llévala a casa de Joaquín porque estaremos allá.

—Perfecto.

Álvaro no estaba loco, estaba desesperado. Había sido advertido por uno de los empresarios involucrados en el caso «*terrenos post terremoto*» de que los estaban investigando. Descubrieron en varias oportunidades a un periodista rondando las empresas, haciendo preguntas a algunos empleados y un par de llamadas de dudosa procedencia.

Le habían advertido.

—Caemos nosotros y caes tú. Y contigo, toda tu familia.

Necesitaba alejar a su familia del país, porque si se destapaba la olla, no irían solo tras él, sino que también tras sus allegados, y no precisamente la justicia.

Tal como prometió, Carolina llevó a Esperanza hasta la casa de Joaquín. Antonia no estaba y su yerno hablaba por teléfono cuando le abrió la puerta.

—...Te tengo que colgar, ¿seguro está todo bien?... Ajá... Por favor no hagas una locura. ¿Quieres que vaya a la cabaña?

Carolina había pasado a la sala y jugaba con la niña mientras escuchaba la conversación sin mirar directamente. Al escuchar «cabaña», supo que quien estaba al otro lado del auricular era Camilo.

—Confío en eso entonces...

Cortó la llamada y miró a Carolina.

—¿Todo bien? —preguntó ella, sin dejar de jugar con su nieta.

—Es Camilo... —Joaquín evaluó el efecto que ese nombre causaba en su suegra, y entonces, vio el brillo que siempre había notado en sus ojos cuando se trataba de él—. ¿Aún lo quieres, verdad?

Carolina desvió su atención hacia su nieta e hizo otra pregunta.

—¿Él está bien? —Intentó que en su voz no se notara la necesidad de saber de Camilo. Habían pasado semanas sin siquiera conocer su paradero.

—Me imagino que igual que tú. ¿Qué fue eso que los alejó? Lo de la edad lo venían manejando bastante bien... ¿Lo dejaste porque decidió irse? —Esa elucubración le molestó sobremanera.

—Nada que ver, Joaquín. Lo que más quería y quiero para él es que crezca, que se perfeccione y que sea feliz. —Esperanza comenzó a jugar con la cartera de su abuela y ésta la dejó hacer.

—Creció, se perfeccionó, pero no lo veo feliz. —Joaquín tomó en brazos a su hija y se sentó al lado de Carolina—. No tengo idea qué sucedió, pero para que los dos estén así después de tanto tiempo, es porque lo que sintieron no se ha acabado.

—Él parece llevarlo muy bien con Ximena. No creo que no sea feliz si está con ella.

—Ximena es su amiga —respondió Joaquín.

—Pero tú y yo sabemos qué clase de amistad tienen. No voy a tapar el sol con un dedo. —Se aclaró la garganta, en clara señal de nerviosismo y finalmente decidió marcharse—. Bueno, creo que estoy un poco atrasada. Me voy.

Besó a su nieta, luego la mejilla de su yerno y se dirigió a la puerta. Sin embargo, antes de abrirla, Joaquín habló.

—Por si te interesa, está en la cabaña y no lo noté nada bien...

Carolina lo miró, asintió con la cabeza y cerró la puerta sin decir nada más.

Era cierto. Camilo no estaba nada bien. La investigación lo tenía ocupado y desde que supo que estaban en peligro constante, estaba asustado. Pero precisamente ese día había estado pensando en Carolina. En pocas semanas sería su cumpleaños y por más que quisiera dar su brazo a torcer, no podría acercarse a ella hasta que todo acabara y ojalá, de la mejor forma. No podía retractarse, y tampoco quería arriesgarla.

Era difícil olvidar lo que ella le hacía sentir. Aun teniéndola lejos, la pensaba... extrañaba el olor a rosas y el sonido de su risa.

Había estado tomando durante una hora. Llamó a Joaquín para avisarle que cancelaba la cita que tenían esa noche. No se sentía bien y la verdad es que no tenía ganas de salir.

Intentó cocinarse algo, pero le fue imposible. Terminó sentado, comiéndose un emparedado mal hecho y viendo una película de acción.

Y entonces, cuando se disponía a apagar la televisión e irse de una buena vez a dormir, sonó el timbre.

« 19 »

Carolina conducía nerviosa.

Luego de pasar por el mecánico a retirar su auto, fue cuando decidió tomar la ruta que la llevaría hasta la cabaña.

Casi dos años sin recorrerla. Casi dos años sin estar a solas con Camilo, sin contar la abrupta manera en la cual él entró a su habitación.

Puso música, porque los latidos que retumbaban en su garganta, la ponían mucho más nerviosa.

¿Qué fue lo que sonó? *«Evidencias» de Ana Gabriel.*

*«Son mis temores los que me alejan.
Lo cierto es que te quiero más que a mí».*

Y sí, lo quería... Sí que lo quería. Y ya no podía seguir sin decírselo.

Cuando llegó, vio salir a Ximena a toda velocidad en su auto. Desde la cabaña, la voz de Camilo sonaba extraña pero convincente.

—¡Fuera!

Dudó si estaba haciendo lo correcto. Estaba con Ximena, ella sobraba. Se quedó unos segundos esperando que el auto de la mujer desapareciera por completo y luego, sin saber por qué, siguió con su plan y bajó con cuidado. Se quedó a una distancia prudente de la puerta. Volvió a dudar, pero ya estaba ahí y no se iría sin exponer lo que venía a decir. Entonces, tocó el timbre.

Camilo había recibido la inesperada visita de Ximena. No quería ver a nadie, le pidió en buenos términos que se fuera pero ésta no quiso dejarlo solo en ese estado. Fue descortés, pero en serio... no necesitaba que lo miraran como a un estúpido y le dijeran: *«No deberías estar tomando»*, *«no*

deberías seguir pensando en ella». «*No deberías...*» ¡¿Qué mierda sabían todos de lo que significaba estar sin ella?!

Joaquín y Antonia lo tenían podrido preguntándole si estaba comiendo bien, pendientes de invitarlo a cuanta reunión se les ocurría para que se "distrajera".

Ximena, por su parte, hacía de amiga incondicional; le sobaba la espalda y le quitaba el trago de las manos.

En el fondo se los agradecía, pero de verdad que precisamente ese día, necesitaba estar solo... Dormir una eternidad y si era posible, despertar en los brazos de Carolina como si nada hubiese sucedido.

En eso estaba pensando cuando volvió a sonar el timbre.

Primero abrió enojado.

—Ximena, te pedí que...

Y la frase quedó colgando en el aire. Ahí, frente a él, estaba la mujer que le había roto el corazón. Aquella a la que había intentado odiar con la misma intensidad con la que la amaba. Estaba temblando, o quizás era el trago que ya no le permitía distinguir bien. ¿Y si era producto de su imaginación? ¿Y si no era real? No quiso averiguarlo. La tomó de la mano, la arrastró hasta pegarla a su cuerpo y con ambas manos le sostuvo la cara para besarla.

Primero la furia se apoderó de él. El beso se volvió violento, pero poco a poco, el sabor de Carolina pareció calmarlo, suavizar y ralentizar aquel beso que se hizo esperar años.

Sus manos comenzaron a descender por los hombros de Carolina y ella disfrutó dándole acceso a su cuello.

Carolina aferraba sus manos a los hombros de él, y con ellas apretaba fuertemente su contextura para asegurarse de que efectivamente era el cuerpo de Camilo que por fin volvía a sentir.

Camilo quitó con fuerzas el vestido que cubría el cuerpo de la mujer. Frente a él estaba Carolina con ropa interior negra. La apoyó en la puerta de entrada y descendió por su vientre a punta de besos. Al llegar a su monte de venus, subió nuevamente hasta encontrarse con su boca y besarla de forma indecorosa.

Cuando Carolina quiso arrebatarse la camisa, éste le asió ambas manos y las inmovilizó sobre su cabeza.

—No...

Fue lo único que dijo Camilo antes de romper con una sola mano la tanga de Carolina.

A esas alturas, ella respiraba de forma irregular y tenía los ojos cerrados.

—Míreme... Míreme, señora, por favor —rogó Camilo, abandonando su boca.

Carolina tragó saliva. Abrió los ojos y vio cómo Camilo desprendía fuego no solo por su cuerpo sino que también en su mirada.

Dos segundos bastaron para que Camilo bajara la cremallera de su pantalón y volviera a sentir el calor que se sentía estando dentro de Carolina.

Ambos gimieron, ninguno cerró los ojos y dejaron que el fuego se siguiera avivando pero esta vez unidos.

Carolina había envuelto las caderas de él con sus piernas. Éste la tomó y la dejó con torpeza en el sillón.

Besó su hombro, mordió su cuello y terminó de deshacerse de su ropa cuando el segundo orgasmo de Carolina se aproximaba.

Quitó el sostén sin previas. Su lengua se deshizo por la piel de Carolina y no dejó centímetro de ella sin demostrarle cuánto la había necesitado. Sin dejarle saber que esa piel era tan de él que lo reconocía entregándole no solo el temblor de su cuerpo sino que también los gemidos que le confirmaban que había llegado al paraíso una vez más.

Carolina no podía seguir conteniéndose. Tan pronto como bajaba del cielo, volvía a subir como en una montaña rusa. El contacto con Camilo le quemaba la piel. El calor le encendía hasta las mejillas y sus manos parecían no alcanzarle para recorrer el torso fibroso de Camilo. El alma de él seguía intacta, pero ahora su cuerpo era completamente distinto, tonificado y trabajado.

De un momento a otro, cayeron ambos a la alfombra, quedando ella sobre él. Se detuvo un momento para sentir el palpitar de ambos; allí donde sus cuerpos se unían. Se miraron a los ojos, esos ojos que jamás mentían, y se encontraron nuevamente. Otra vez encajaban y entonces ninguno de los dos pudo contener la emoción. A Carolina se le llenaron los ojos de lágrimas y Camilo no soportó verla llorar. La tomó por la cintura y con más delicadeza de lo que la había tratado desde que la vio entrar por su puerta, la arrastró a su pecho y la abrazó.

Aún unidos, posó una de sus manos en su pelo y bajó despacio por su columna. Hundió su nariz en ese cabello castaño y el olor a rosas le llenó el espíritu y le permitió olvidar por un momento, todo el tiempo que estuvieron separados.

El silencio los acompañó durante unos minutos, hasta que él, con una mano le levantó el mentón.

Esta vez, le haría el amor lento. Quería retener en su memoria cada vez que la tocaba. Quería disfrutarla suave y entregada.

Ella se dejó amar y sin palabras de por medio, recordaron viejos tiempos. Se aferró a su espalda, echó su cabeza hacia atrás y Camilo aprovechó el movimiento para recorrer con su lengua la garganta de Carolina. La lentitud con la que transitaban en el cuerpo del otro, les excitaba y a la vez los desesperaba.

La llevaba al límite, para luego dejarla caer. Acariciaba sus muslos, su cintura, sus pechos que ya eran víctimas de la gravedad.

Su cuerpo era solo un medio para acariciar el alma de aquella mujer. Explotó en sus brazos nuevamente, alcanzaron juntos el cielo y volvieron a alcanzarlo hasta que el alba los descubrió sobre la cama, empapados de sudor y de múltiples sensaciones que no terminaban de comprender.

Sintió la tibieza de un rayo de sol en su ojo izquierdo, de fondo también escuchó el sonido de algún riachuelo y el canto de algunas aves. Abrió los ojos y la vio. Ahí estaba Carolina, descansando con la plenitud en su rostro. Respiraba de forma pausada y mientras Camilo se deleitaba con la paz que tenía entre sus brazos, recordaba todo lo que había sucedido durante la noche. Entonces, el miedo se apoderó de él. No podía arriesgarla. Suspiró intentando aflojar el nudo que se le había formado entre la cabeza y el corazón.

La observó con detenimiento. Sus labios rosados, un poco entreabiertos, dejaban escapar un suave aire caliente. Sus mejillas sonrosadas, su pelo alborotado y el olor a rosas, eran el panorama que la cama le ofrecía.

Se deshizo de su abrazo con cuidado y se dirigió a la cocina. Bebió agua y sobre el mueble de cocina encontró el diario que hacía mucho tiempo tenía guardado y que le recordaba que lo de ellos había terminado. Luego dirigió su mirada hacia su ordenador. Allí dentro estaban todas las culpas ocultas de Álvaro.

¿Qué hacer? No deberían haber estado juntos, pero era lo que quería. Había soñado con despertar en los brazos de Carolina y lo había conseguido. Sin embargo, la realidad lo abofeteaba. Debió haber esperado a que la investigación terminara. A sacar del camino a Álvaro para que no siguiera siendo una sombra en medio de ellos.

—Buenos días. —Dirigió la vista hacia la puerta de su habitación.

Carolina sonreía, y se cubría con una camisa a cuadros de él.

Se le antojaba besarla, repetir lo que habían hecho antes de dormirse. Pero no podía.

—Hola —dijo seco y Carolina sintió que todo lo que habían avanzado, aunque no hubiesen hablado, se había esfumado.

—¿Qué ocurrió?... Te noto... ¿molesto?

—Esto... lo de anoche... no debió ocurrir. —No la miraba a los ojos. No podía mentirle, pero lo hacía. Claro que había disfrutado cada segundo a su lado, en sus brazos. Respiró hondo y entonces Carolina habló.

—Mírame a los ojos. Dímelo mirándome a los ojos.

Titubeante la miró.

—Váyase, señora.

—O sea que realmente me terminaste utilizando...

—¿Perdón? —Se iba a acercar a ella, pero descartó la idea. Si llegaba a rozarla otra vez, tiraría todo por la borda y volvería a hacerla suya—. Yo no fui el que fue a la casa del otro.

—¿Cobarde! Yo no te obligué a nada.

—¿Cobarde yo? Señora, por favor. Recuerde que fue usted la que decidió acabar con esto en aquel café. Yo no fui quien la dejó. —Y las palabras comenzaban a salir. Desde ese rincón en donde la herida había permanecido abierta, surgían todas las palabras que en dos años estuvieron guardadas.

—No tienes idea de lo que estás diciendo. —Otra vez las lágrimas de Carolina acunaban sus ojos—. El problema es que tu orgullo no te permitirá escucharme. Quizás las heridas que te causé, jamás sanen.

—Ésta, es mi mayor herida... —Le espetó y le enseñó el diario en el que salía su ex esposo hablando sobre la reconciliación.

Carolina abrió mucho los ojos. ¿Se estaba vengando de ella? ¿La dejaba porque ella lo había dejado? Si ya sabía de la existencia de ese titular de diario, ¿por qué la había adorado durante toda la noche?

—Mira cómo son las cosas... —Negó con la cabeza—. Tienes razón, no debió haber ocurrido. —Lo miró, suspiró y con la poca dignidad que sentía al saberse desnuda y cubierta solo con una prenda de él, recogió las ropas que estaban esparcidas desde la puerta hasta el living.

Al ver la tanga destrozada, cruzó una mirada con Camilo y él pareció ablandarse. Caminó hasta la habitación y abrió un cajón donde guardaba algunas cosas de Carolina.

—Estas... te las compré el mismo día que me dejaste. —Le extendió una tanga color blanca con unas rosas pequeñas de seda a los costados.

—Gracias —murmuró y se dirigió al baño para vestirse.

Luego de algunos minutos, salió como si nada hubiese ocurrido. Estaba impecable, bella pero triste.

—Bueno, creo que me voy.

—Supongo... —La miró. Quería abrazarla, decirle que no se fuera. *«Es lo mejor por el momento, mi amor».*

La vio alejarse, se mantuvo firme hasta que sintió el sonido del motor del auto de Carolina.

Y entonces, cuando el silencio retumbó en toda la casa, unas pocas lágrimas hicieron acto de presencia.

Comenzó a respirar agitado y con un solo brazo, arrasó con todo lo que estaba sobre la mesa del desayuno.

Carolina salió con el cuerpo, el alma y la piel en pedazos. Esa cabaña había atesorado sus mejores momentos y esa mañana se habían empañado todos. Se maldijo por haber decidido mover las aguas. ¿Qué pretendió?, ¿que la iba a perdonar? ¡Ni siquiera pudo decirle lo que había ocurrido!

Aceleró todo cuanto pudo y desapareció por la carretera que la llevaría devuelta a su casa.

« 20 »

Luego de aquello que ocurrió y que los destrozó a ambos, Camilo continuó averiguando más sobre Álvaro.

Las alertas para que dejaran el caso archivado no cesaron. Luego del volcamiento de Ivo, les jaquearon las cuentas de correo y les intervinieron las llamadas telefónicas.

Por otro lado, Álvaro no podía frenar lo que estaba ocurriendo. Él estaba en medio. Por un lado el gobierno al que servía y por otro a los empresarios que le habían otorgado beneficios de dudosa procedencia.

Si las leyes descubrían todo lo que había hecho, sin duda iría a prisión. Si los empresarios salían a la luz por su culpa, no viviría para contarlos. No tenía ni la menor idea de que quien estaba detrás de aquella encrucijada, era Camilo.

Carolina, ajena a todo, cerró todas las puertas al amor. Sus amigas no pudieron sacarla de su habitación para contenerla, ni su hija, ni su nieta.

Había renunciado a un par de clientes y dormía más de lo que trabajaba. Se había saltado sus controles médicos y el casamiento de Antonia se había aplazado en parte por el estado anímico en el que se encontraba.

Faltaba un día para el cumpleaños de Carolina y Camilo estaba nervioso. Según un informante, al día siguiente, un empresario reconocido a nivel país, le pediría a Álvaro reunirse para hacerle entrega del último pago por unas hectáreas tratadas hacía unos meses.

Era una cifra importante, pero que jamás llegaría al destino correcto. Se irían directo a la cuenta bancaria del político y si tenía suerte, no volvería a contactarse con ellos.

Bernard Leyton, empresario hotelero de renombre dentro del país, citó a Álvaro a las diez de la mañana en un sitio eriazo, a unas dos horas

hacia el este de la ciudad.

—Viejo, estás en el horno. Si te transfiero, nos pillan de una. El pago debe ser por mano y olvídate que te daré todo. Me estoy arriesgando bastante con tus irregularidades.

—No va a pasar nada. Dime dónde debo estar.

Luego de darle la ubicación exacta, Leyton agregó:

—Fíjate si alguien te sigue. Y por último, tráete a tu esposa para despistar. Invéntate un fin de semana en las termas, ¡qué sé yo!

—No, olvídalo, no la voy a involucrar en esto.

—Mira, huevón, las reglas las pongo yo. ¿Quieres el dinero o no?

—¡Claro! Pero...

—Pero nada. Te armas un picnic en la cordillera y de paso nos encontramos donde te dije. ¿Quién va a sospechar de los recién reconciliados? —dijo seguido de una falsa carcajada.

Tenía razón, Carolina podía ser un señuelo. Sin embargo, estaba aterrado por más calma que demostrase.

Convencer a Carolina para que saliera de su habitación no fue fácil. Prácticamente le rogó con la excusa de su cumpleaños.

—No voy a ir a ningún lado. No tengo ni la menor intención de celebrar nada. —Ese día cumplía tres años desde que había conocido a Camilo. Aún le dolía la frialdad de su última mirada, de sus palabras.

—Te hará bien, Caro. Prometo comportarme, de verdad.

Insistió tanto, que no supo cómo estuvo sentada en el auto de Álvaro.

—Pero volvemos temprano, tengo cosas que hacer.

—Como por ejemplo ¿dormir? Carolina, si lo que te tiene así es ese niño que apareció, por favor te ruego que salgas de ese estado. Sabes que conmigo no te faltaría nada... ¿Por qué insistes en buscar en otros brazos lo que yo te puedo dar?

—No tengo por qué explicarte nada, Álvaro. Si no quieres que me baje, mejor no me toques ese tema.

Desde lejos, Ivo, Camilo y el chofer del periódico seguían al auto patente NM 39 09.

—Mi informante estaba en lo correcto, se van hacia la montaña —comentó Ivo, frotando ambas manos.

—Pero no va solo, hay que tener cuidado. —Camilo no sabía quién era el acompañante. Habían comenzado a seguir el auto desde donde terminaba la urbanización y solo habían podido distinguir con dificultad a dos siluetas dentro de él.

—Si está dentro de ese auto, es porque sabe muy bien a lo que van. Camilo, acá vamos a tener que correr y saber capturar la imagen delatadora. ¡Esto va a ser una bomba! —comentó extasiado.

—Ya lo sé... Solo espero que... —Y no pudo continuar porque el sonido de su celular lo sobresaltó.

—Cuando cortes, lo pones en silencio...

—Lo siento, es Sofía, mi hermana. —Apretó el botón para responder y habló—: Sofía, estoy en el trabajo.

—Lo sé. Te llamo para avisar que llegué a Chile.

Su hermana había logrado salir de Linares y surgir. Había traspasado fronteras y estudiaba gastronomía internacional en una prestigiosa academia. No la veía hacía más de dos años, pero precisamente en ese momento, hubiese querido que no estuviese en Chile.

—No te separes de mamá —dijo tajante.

—¿Qué ocurre, Camilo? —preguntó desorientada.

—Te adoro, pero no me pidas explicaciones, por favor.

—¿Por qué?

—Por una vez en tu vida, hazme caso sin chistar, ¿sí?

Fueron palabras duras y que la dejaron con dudas, pero aceptó al notar la desesperación de Camilo.

—Está bien... está bien. ¿Me llamarás?

—Te lo prometo. Tengo que cortarte.

—¿En qué andas metido, Camilo? —preguntó molesta.

—Te adoro.

Finalizó la llamada y al descubrir el gesto reprobatorio de su compañero de investigación, se disculpó.

Viajaron dos horas y luego debieron esperar. El auto había entrado a una finca.

Carolina desayunó entre la hierba junto a Álvaro.

Estaba nervioso, pero el ánimo de Carolina no estaba para detectar nada. Hubo más silencio que el habitual, silencio que fue interrumpido por una llamada que recibió el ex marido. En pocos minutos, volvieron a subir al auto y emprendieron viaje.

Los periodistas se sorprendieron al ver que el auto retrocedía en su ruta.

—Este imbécil se equivocó... ¡La puta madre!

—Te dije que no era nada seguro... Tanto tiempo investigando y...

—Shhhhhh. —Sin despegar la vista de la ventana por donde registraban cada movimiento del *mercedes*, Ivo notó algo extraño. Voltearon a la derecha y frenaron cerca de un portón gigante de madera. A lo lejos, un helicóptero se acercaba.

Carolina terminaba de abrochar el cinturón de seguridad cuando notó que Álvaro cambiaba de rumbo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, tengo que recibir unos documentos para la oficina, pero no nos demoraremos nada.

Carolina resopló y se acomodó en el asiento. No prestó mucha atención, ya que era algo a lo que estaba acostumbrada durante su matrimonio. Salidas familiares y en medio un break para aprovechar de resolver problemas de la oficina. Ya sea un contrato sin firmar, reuniones con empresarios o políticos que estuviesen cerca. En fin, él jamás se desconectaba.

Álvaro esperó hasta que aterrizara el helicóptero y se acercó a ellos. Bernard venía acompañado de dos jóvenes vestidos de traje negro.

—Acá está lo pactado. Hice la vista gorda con todo a lo que me has expuesto —dijo a la vez que el viento provocado por las hélices, le volaba la corbata.

—Tenemos que firmar el contrato. Debes firmar en la parte de concesionario. Haremos como si hubieses ganado la licitación para la construcción, luego todo el mundo se olvida y armas tu hotel cinco estrellas o lo que quieras. Pero debes esperar seis meses —instruyó Álvaro.

—Eso no es en lo que quedamos —reclamó Bernard al instante.

—Pero por cómo están las cosas, no podremos hacerlo de otra forma. Querías ese lugar, te lo conseguí y a un precio bastante razonable. Ganas tú, gano yo.

—Pierdo seis meses, Álvaro. —Leyton comenzaba a desesperarse. Eso no era parte del trato y no era primera vez que Álvaro no cumplía.

—Y yo arriesgo toda mi carrera. Tómallo o...—No pudo continuar. Un solo gesto de Leyton bastó para que los dos hombres que lo

acompañaban sacaran sus armas.

—¿Qué haces, Bernard? —Álvaro levantó las manos.

—Me gusta que respeten los acuerdos. Si no los respetan, para mí representan un problema y a mí los problemas me gusta eliminarlos. ¿Me explico?

Carolina notó que se estaba tardando demasiado; levantó la vista y del asombro pasó al miedo. Álvaro era apuntado con dos armas. ¿Qué estaba sucediendo?

Sin pensarlo, abrió la puerta del auto y corrió hasta donde estaba.

La adrenalina no le permitió advertir el peligro. Ni mucho menos le dio oportunidad de sentir el temblor en sus piernas y el bombeo irrefrenable de su corazón.

Camilo que estaba atento a la escena y que no sabía qué hacer, se sobresaltó cuando vio que quien acompañaba a Álvaro era Carolina.

—¡Mierda! Mierda, mierda, mierda.

—No nos podemos meter, hay que llamar a la policía —intervino Ivo.

Ni siquiera lo escuchó. Corrió para alertar a Carolina de que se alejara. Le faltaba el aire imaginando que lo peor podría suceder ante sus narices y quizás no alcanzaría a detenerlo.

—¡Carolina! —Gritó y ésta frenó su carrera. La mujer quedó entre su ex y su gran amor, mientras que Leyton, al percibir que tenían compañía, sacó su propia arma y apuntó a Carolina.

—¡Vaya! Tenemos espectadores, señor Irarrázabal. —Camilo aprovechaba los descuidos de Leyton y los rayos de sol que le imposibilitaban ver con normalidad para avanzar lentamente hacia Carolina.

Álvaro calló de rodillas rogando que dejara ir a su ex esposa. A esas alturas, le importaba poco ir a prisión, pero no quería morir. Tenía miedo, mucho miedo. Y se sintió por primera vez en su vida, pequeño.

—Vamos a terminar pronto esto. Tengo tres armas, y tres personas a quienes se les ocurrió cruzarse en mi camino.

Dicho lo anterior, disparó una bala que alcanzó a esquivar Álvaro y solamente le hirió el hombro.

Pero uno de sus hombres, había disparado y aún no sabía si el disparo había sido mortal. Se subió al helicóptero y abandonó el sitio sin

importarle lo que acababa de hacer. Ni dimensionando que por aire, ya lo perseguían.

Ivo había relatado al detalle cada persona y cada acto que sucedió. La policía ya estaba en camino y muy pronto atraparían a los culpables.

Sobre el polvo, yacían dos cuerpos unidos a la perfección. Uno de ellos estaba fatigado y el otro empapado en sangre.

Camilo en cuanto sintió el disparo, corrió a cubrir el cuerpo de Carolina. En cuestión de segundos, sintió el ardor. No sabía con exactitud dónde había entrado la bala, pero cuando apoyó la cabeza en el pecho de Carolina, durante pocos segundos, respiró en paz.

—¡Ayudaaaa! Por favor, ayúdenme. Álvaro, Álvaro si estás bien, te ruego que me ayudes.

Álvaro no le respondía. El dolor había hecho que se desmayase. Entonces, sintió pasos. Dos hombres, uno joven y otro mayor.

—¡Dios, Camilo! —Ivo intentó levantarlo mientras que el chofer se ocupaba de Álvaro.

—Con cuidado, por favor —rogó Carolina entre lágrimas—. Está herido.

Ivo se quitó su sudadera y la utilizó para taponar la herida que tenía a la altura de la cadera.

En pocos minutos estaban dentro de la minivan del periódico.

—Mi amor, por favor... resiste. —Carolina se mecía mientras sostenía la prenda que ayudaba a detener la pérdida. Ésta continuaba empapándose de sangre y las ropas de Carolina también.

—Las ambulancias vienen en camino. Debemos ir a encontrarlas para ganar tiempo.

—Está bien —susurró Carolina y luego le habló a Camilo—: ¿Qué estabas haciendo aquí, corazón? ¿Me seguías? Te prometo que con Álvaro no tenemos nada.

Álvaro estaba inconsciente al igual que Camilo. Pero por lo que se podía observar, no había daño a ningún órgano vital, sin embargo, de Camilo no se tenía la misma certeza.

Carolina lloraba desconsolada. No lograba comprender por qué justo Camilo había salido herido. Le había salvado la vida. Si algo le pasaba, no se lo perdonaría nunca.

—Oh, Dios mío... —Carolina se balanceaba con la cabeza de Camilo sobre sus piernas y apretaba los ojos para no tener que ver cómo la

sangre seguía brotando—. No vamos a llegar. ¡Acelera, por favor!

El trayecto que debía durar una hora para encontrar a las ambulancias, se redujo inexplicablemente a treinta minutos. Volaron en el auto.

Una vez que los paramédicos hicieron lo suyo, todo fue sucediendo en cámara lenta. El trayecto hasta el hospital les pareció eterno. Y Carolina lo único que sabía hacer era gritar para que actuaran con celeridad.

Al llegar, tanto Álvaro como Camilo fueron ingresados al quirófano. Debían extraerles las balas.

La operación de Álvaro duró algunas horas y salió con éxito. Pero la de Camilo estaba demorando. Entre la hemorragia y la extracción de la bala, se les había complicado la situación a los médicos.

Carolina estaba en la sala de espera acompañada de sus amigas, Joaquín, Antonia y Norma.

—¡Vine en cuanto supe! ¿Estás bien? —La abrazó Paola.

Carolina solo asintió y luego agregó:

—Él no ha salido del quirófano. —Carolina lucía un aspecto demacrado, tanto que pareciera que mil años se le hubiesen venido encima. Paola la abrazó nuevamente y recibió las lágrimas de su amiga—. No quiero que se muera, Pao.

—Shh... Estará todo bien, ya vas a ver.

Antonia, estaba abrazada a Joaquín. Ambos tenían a dos seres muy queridos debatiendo su salud. Álvaro estaba estable pero grave y el diagnóstico de Camilo, era tan desalentador que solo quedaba esperar.

Norma, con lágrimas en los ojos y en silencio, abrazó a su hija. No necesitaba decir nada, Carolina recibió ese abrazo que después de tanto, necesitaba.

Margarita y Sofía, fueron las últimas en llegar. Cuando vieron a Carolina, solo pudieron correr hasta ella y llorar juntas.

—Es tan joven... Es tan joven y se arriesgó por mí. Si él no hubiese estado, la bala me hubiese llegado directo. Retrocedimos unos pasos antes de que la bala impactara. —Tenía el rostro empapado.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hacían los tres ahí? —preguntó Liliana.

—No tengo idea... Álvaro sabrá explicar.

Ivo estaba presente, pero no diría nada. Ética le llamaban algunos, respeto a los que desconocían los hechos, le llamaba él.

Pasaron varias horas sin saber nada. La evolución de Álvaro era lenta y Camilo seguía luchando por su vida dentro de la sala de operaciones. De pronto, salió el doctor.

—Logramos extraer la bala, pero...

Los segundos que vinieron después de ese «*pero*» fueron eternos. Carolina no quería escucharlo.

—...necesitaremos donadores de sangre. Perdió mucha y su estado es complicado.

Carolina no podía más con la angustia. Necesitaba verlo, necesitaba volver a mirarse en sus ojos, necesitaba contarle el real motivo por el cual lo alejó de su vida.

La desesperación la llevó a un ataque de histeria, y terminó siendo ingresada a un box de urgencia para inyectarle calmantes. Poco a poco se fue tranquilizando, hasta que se durmió.

Carolina cumplió su año número cuarenta y seis, en una habitación de hospital y con sedantes. Mientras que el amor de su vida seguía en riesgo vital.

—¿Cómo sigue? —preguntaba al momento de abrir los ojos.

—Igual... —contestaba Liliana, quien la acompañaba por las noches. Y entonces Carolina volvía a llorar y la enfermera traía una nueva dosis para mantenerla serena.

—¿No cree que es demasiado? —preguntaba la asustada amiga a la asistente. Estaba preocupada, las dosis eran constantes y su amiga solo tenía poquitas horas de descanso. No podía seguir el resto de los días así. No podía continuar adormeciendo su pena.

—Es necesario antes de que tenga un colapso nervioso.

Paola también estaba preocupada por lo que su amiga debería enfrentar.

Álvaro ya había abierto los ojos, hablado con la policía y contado todo lo que había sucedido.

Camilo, no mostraba mejorías. Habían requerido veinte donadores de sangre, pero aun así, su estado seguía siendo crítico.

Margarita, lo único que pedía era una intervención Divina.

Y entonces, al cuarto día, se produjo el milagro. Camilo abrió los ojos y se encontró rodeado de máquinas.

—¿Dónde estoy? —preguntó pero nadie oía.

Estaban todos afuera. Carolina había intentado controlarse ya que no quería estar sedada para cuando despertara. Porque iba a despertar a como diera lugar.

—¿Aló?

La voz de Camilo sonaba apagada y por lo mismo, las enfermeras que caminaban por los pasillos no notaron que había recuperado la consciencia.

Carolina había solicitado pasar a visitarlo diariamente, aunque solo fuera una vez y durante pocos minutos. En los dos últimos días, así lo había hecho. Le besaba los párpados, tomaba su mano y le susurraba al oído.

Ese día, cuando entró y los ojos de Camilo se concentraron en su delgada figura, sintió que todo el peso que había cargado esos días, se iba. Dejó que un suspiro doloroso se le escapara por la boca y le hiciera caer de rodillas junto a su cama.

—Mi amor... Mi amor, no te agites. —Intentaba no tocarlo, pero le era imposible—. ¿Te sientes bien? Asiente con tu cabeza. No hables.

—Carolina... —Rozó con el pulgar la mano de su mujer.

—Camilo... ¿Para qué lo hiciste? —preguntó entre lágrimas.

—Te... dije... que si estaba contigo era... para darte mi vida. —Le costó un montón decir esas palabras. Se cansó y también le dolió decirlas.

Carolina apoyó la cabeza sobre el pecho de Camilo y ahí, cerquita de donde latía su corazón, lloró con el alma. Amaba a ese hombre y él la amaba a tal punto de entregar su vida por ella. Si no se hubiese despertado nunca, si no lo hubiese vuelto a mirar a los ojos o a escuchar su voz, se habría muerto.

Comprendía que su vida era él, porque esos cuatro días en los que la vida de Camilo pendieron de un hilo, sintió un vacío que no lo llenaba nadie.

La intimidad les duró poco. Las enfermeras y los doctores comenzaron a ocupar toda la habitación, pidiéndole que les permitieran trabajar.

Se retiraba de esa habitación, pero se retiraba tranquila, su amor ya estaba de vuelta.

Camilo salió del hospital a los diez días, pero debería controlarse mensualmente y continuar el reposo algunas semanas en casa.

Álvaro, permaneció seis días en el hospital y después debió cumplir condena por fraude al fisco, por cohecho, por utilizar información privilegiada y otros cargos menores.

Leyton y todos los involucrados, corrieron la misma suerte, a diferencia de que él y sus hombres, arriesgaban la pena por homicidio frustrado.

—¿Estás cómodo? —Carolina entraba con una bandeja de desayuno hasta la habitación de Camilo.

—Sí, ven acá. —Ella se sentó a su lado y luego de un pequeño beso en los labios, le dio de comer.

—Cómete todo. Tienes que reponerte.

—Carolina... —Camilo sabía que había un tema pendiente que ninguno de los dos quería tocar.

—Dime...

—¿Me vas a decir realmente por qué me dejaste? —Carolina suspiró. No era el momento de hablarlo.

—Sí, pero no hoy. No ahora que debes descansar.

La voz dulce de Carolina resonaba en toda la cabaña. Y el aroma a rosas otra vez volvía a su vida.

« 21 »

Unas semanas después...

Camilo notaba bastante callada a Carolina. Desde el incidente, solo hablaba con él temas triviales, nada profundo. Le hacía reír y se encargaba de cuidarlo. Pero sabía que ella estaba preocupada por su estado de salud.

Se despertó a media noche y la vio durmiendo a su lado. Se le notaba cansada. Probablemente hacía mucho que no dormía, porque era consciente de que se quedaba atenta a cada movimiento de él, pero ese día la había vencido el sueño.

Acarició su rostro pálido y se deslizó uno poco más para que ella ocupara cómodamente el lado de la cama.

Tenía ganas de levantarse, pero aún le costaba. De todas formas lo hizo y se dirigió a la cocina. Como pudo, preparó dos tazas de café y dos sándwich.

Cuando volvió, ella seguía dormida.

No quería despertarla, pero lo hizo. Seguramente no había comido nada.

—Caro... —susurró sin resultado.

Volvió a intentarlo y ella abrió los ojos.

—Oh, me quedé dormida. —Se incorporó y luego lo miró extrañada—. ¿Qué haces levantado? ¿Y con esa bandeja...?

—Debes comer, Caro. Yo estoy bien pero al parecer tú no has comido ni descansado.

Carolina aceptó la cena improvisada y Camilo se ubicó a su lado para también comer.

—Te quiero invitar a pasear mañana —comentó Camilo mordiendo el pan.

—¿Estás loco? Aún necesitas descansar.

Era cierto. Solo un par de días más debía esperar y le daban el alta.

—Entonces en cuanto me autoricen, quiero que salgamos a pasear. Iremos a almorzar.

Carolina solo sonrió y asintió con la cabeza.

Se lo debían. A pesar de estar los dos solos en la cabaña, no habían tenido muchos momentos de intimidad porque tanto la familia de él como de ella iban a visitarlo.

Al día siguiente, recibieron la visita de Norma. Ella se había portado muy bien con ambos.

Era increíble cómo había cambiado con ellos. Pero no fue fácil. En su mente se debatía su conveniencia y su corazón. Era una lucha difícil, ella estaba acostumbrada a actuar de otra manera. Se interesaba por todo aquello que le otorgara beneficios y se olvidaba muchas veces de sentir.

Allí, frente a ella estaba el hombre que hacía feliz a su hija. El mismo que le había protegido la vida. ¡Estuvo a tan poco de perderla y él la salvó!

Aún recordaba lo que le había dicho a Álvaro en cuanto despertó:

«Si no es por ese muchacho, ella hubiese muerto. La arriesgaste, Álvaro. Casi una bala me la arrebató, y es algo que jamás te voy a justificar».

Eso fue lo único que su orgullo le permitió decir. Había sido una conversación privada, pero lo suficientemente importante como para que ella pudiera ver con claridad. ¿De qué le valían los viajes? ¿De qué le valía el dinero si en un segundo estuvo a punto de perder lo irreparable?

—¿Cómo sigues, Camilo? —Él la miraba receloso.

—Mejor, pero ella no me deja levantar.

Se quedó una hora más conversando. Por primera vez lograba ver a su hija tan feliz al lado de un hombre, y ella no pudo hacer más que sonreír antes de partir.

Margarita y Sofía, también los visitaron uno de esos días. Sofía se sentía muy avergonzada, sin embargo Carolina le dio un apretón de manos y con aquel gesto le quiso transmitir tranquilidad. Al fin y al cabo, todo se había solucionado y Camilo pudo cumplir su sueño de estudiar lo que le gustaba.

No habían tocado el tema de por qué se habían distanciado. Ya llegaría el momento.

Y ese momento llegó. Tal como Camilo propuso, al día siguiente que le dieron el alta, se fueron en el auto de Carolina a almorzar a un lugar bastante campestre que les recomendó Paola.

Era un lugar tranquilo y de poca concurrencia. Se tomaron todo el tiempo del mundo para comer y luego caminaron por el borde de una quebrada.

A lo lejos, podían observarse algunos animales que eran alimentados por gente del recinto.

Habían estado conversando de diversas cosas, de la zona en la cual se encontraban, del color que tomaban los árboles en otoño. De la familia, de Esperanza y lo cariñosa y mimada que estaba con ellos, de los preparativos de la boda de Antonia y Joaquín, de la probabilidad de dejar la boda para más adelante cuando Álvaro terminara de cumplir condena, de todo. Hablaron de todo excepto un tema.

Ninguno de los dos se atrevía a tocarlo y cuando se produjo un silencio luego de una risa por una travesura que había hecho Esperanza, entonces Camilo habló.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Carolina detuvo el andar y a la vez que guardaba sus manos en los bolsillos de su abrigo, miró a Camilo.

—¿Por qué? —No entendía el cambio de conversación. O quizás sí.

—Me dolió tanto que te fueras así. —Él paseó su vista desde los árboles hasta los ojos de Carolina—. Me dolió haberte echado, haber causado el dolor que vi en tu mirada. —Levantó su mano y acarició la mejilla de aquella mujer a la que amaba. Ella inclinó la cabeza y la descansó sobre su palma.

—Me lastimó mucho que me echaras después de todo lo que ocurrió esa noche —confesó Carolina—. Dos años esperando el milagro de volver a verte. De decirte tantas cosas que no te pude decir... De amarte una vez más.

Carolina aún guardaba el recuerdo de esa vez. Eran tantos sentimientos encontrados. Aún se le aceleraba el corazón con solo recordar cómo habían hecho el amor. Y aunque no quisiera, aún se le partía el alma al recordar esa mirada, esas palabras, pocos minutos antes de que le solicitara que se fuera.

—¡Ay, Carolina! —Se ubicó delante de ella, unió sus frentes y con una mano le sostuvo el cuello—. ¿Podrás perdonarme? Yo... —Tragó

saliva y con su pulgar delineó los labios de la mujer—. Yo solo tenía que alejarte... El caso se estaba volviendo peligroso y no quería arriesgarte. ¿Me entiendes? Di que me entiendes, por favor.

¿Cómo no entenderlo? Si ella también lo había echado, quizás no de la cabaña pero sí de su vida. ¿Eso era peor, no?

Carolina cerró los ojos, asintió y dijo:

—Yo también te hice daño. También me desesperó verte tan mal luego de ese último café. Y te mentí, te hice creer que Álvaro y yo...

—Si no fue por Álvaro, ¿qué fue eso que te hizo desistir de lo nuestro? —Esa era una pregunta que llevaba tanto tiempo formulándosela que no podía creer que por fin tendría una respuesta.

—Tú. Tú y tu futuro. —No se habían apartado. Seguían frente a frente y él continuaba reteniéndola con una suave caricia en el cuello.

—Finalmente te enteraste... —concluyó Camilo, alejándose un poco, pero no demasiado.

—A casi una semana de que tuvieras que aceptar, Sofía me fue a visitar. —Carolina notó la presión leve que su mano ejerció sobre el cuello—. Tranquilo...

—Ella no debió haber dicho nada —comentó desilusionado.

—Ella hizo lo que creyó mejor para ti, Camilo. Ni siquiera me lo contaste para que buscáramos una solución juntos. No me diste la opción de apoyarte. No te ibas a ir y esa oportunidad no podías dejarla pasar.

En el fondo, Camilo sabía que lo correcto hubiese sido confiar en ella desde el principio y haberse ido, quizás juntos... Pero Antonia había quedado embarazada y no la iba a hacer elegir entre su nieta y él.

—No me dejaste otra alternativa, Camilo. —Se justificó—. Tú ya habías decidido rechazarla y yo no estaba dispuesta a que dejaras pasar tu futuro por nuestra relación. Era muy egoísta de mi parte quedarme de brazos cruzados.

—Tampoco me lo dijiste... Fuiste arbitraria en la decisión.

Camilo la miró a los ojos y ella le correspondió la mirada.

—Los dos nos fallamos —sostuvo para finalizar los diálogos que los inculpaban.

—Con la investigación descubrí dos cosas.

—¿Cuáles? —Quiso saber y Camilo evaluó qué decir primero.

—Él fue quien envió a dismantelar tu oficina.

Bajó la vista decepcionada. No era necesario ahondar más en el tema del robo... Se repuso y le pidió que continuara con lo otro que había descubierto.

—Y además, que fue Álvaro quien gestionó esa beca. —Carolina alzó las cejas. Ya poco y nada le sorprendía de su ex marido—. Yo soy parte de esa lista que se manipuló para enviar a gente al extranjero. Él esperaba que yo me fuera y te dejara... Nunca supo que yo no me iba a ir y que fuiste tú quien prefirió dejarme.

—Fue por tu futuro, Camilo... No lo olvides, por favor.

—Gracias. —Tomó una de las manos de Carolina y agradeció sincero. La acercó un poco más y le entregó uno de los besos más dulces que se hubiesen dado.

Ambos sabían que esa palabra venía para cerrar el tema.

«Gracias y perdón», por amarse tanto que por cuidarse se hicieron daños colaterales. Pero allí estaban; ahora eran libres. No había mentiras, no había prejuicios, no había llantos. Se darían la oportunidad. La vida puede tener mil formas de terminar con algo y lo habían aprendido de la peor forma. Ella, que siempre pensó que sería la primera en partir, estuvo a punto de perderlo. Vivirían el presente, porque eso era lo único que tenían.

Esa tarde llegaron a la cabaña y encontraron a la madre de Camilo y a Sofía esperando a que llegaran.

—Hola, no las esperábamos —dijo sonriente Carolina.

Camilo miró a su hermana y una pequeña presión en su mano, producida por la de Carolina, hizo que la saludara de forma normal.

—Esta niña quería ver a su hermano. ¿Cómo te has sentido, hijo? —preguntó la madre con extremo cariño.

—Bien, muy bien. Ya cada vez duele menos. —Besó la mejilla de su madre y abrazó a Sofía.

Compartieron unos cafés hablando de todo un poco. Camilo de vez en cuando miraba a su hermana, la notaba nerviosa. Tal vez sospecharía que él ya sabía la verdad.

—¿Qué tal te fue con tus estudios, Sofía? —preguntó Camilo, muy concentrado en sus gestos.

—Bien, ahora estoy de vacaciones y dentro de unos meses tengo que volver. Logré ser la mejor de la promoción este año —comentó

orgullosa, intentando volver a ver el brillo de admiración que antes le dedicaba su hermano.

Y por algunos segundos lo logró. La conversación se hizo ligera y la tensión poco a poco disminuía.

Ese día, Sofía llegó a la cabaña dispuesta a hablar con su hermano. Esperó el momento en que su madre y Carolina conversaban en la cocina, para acercarse hasta el dormitorio en el cual Camilo descansaba.

—¿Se puede? —preguntó dejando ver solo su cabeza.

—Claro, pasa. —Su hermano le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

Sofía inhaló profundo antes de dar el primer paso hacia su hermano, que la miraba atento.

Se sentó escondiéndole la mirada y revolviendo sus manos.

—Yo... —No encontraba las palabras para decirle todo lo que había hecho—. Yo... creo que pude ser la responsable porque Carolina te dejara antes de que te fueras.

El impasible gesto de Camilo le llamó la atención.

—¿No me preguntarás por qué?

—Dímelo tú, te escucho. —La voz de Camilo no sonaba igual, podía notar un grado de falsa calma, tras la cual se ocultaba la impaciencia.

—Es que... ¿te acuerdas el día que recibiste esa citación y nos dijiste que no te irías?

¿Cómo olvidarlo? Solo asintió con la cabeza y no emitió ninguna palabra. ¿Qué sentido tenía reclamarle si ya el daño estaba hecho?

—Bueno... luego de pensarlo mucho, fui a ver a Carolina. —Sofía no levantaba la vista de sus manos. No quería mirarlo a los ojos, no se atrevía—. Le mostré la carta en la que decían que te habías ganado esa Beca.

Por primera vez sintió que su hermano respiraba. Giró la cabeza y lo vio cruzado de brazos, observándola como si fuese una niña que cometió una travesura.

—Dime algo, por favor, Camilo —imploró al ver su gesto.

—No deberías haber hecho nada. Era mi decisión. ¿Sabes cuánto sufrí cuando ella me dejó? ¿Sabes cómo fueron esos años sin poder tenerla?

—No te costó mucho decidir irte en todo caso —susurró intentando justificarse.

—Si me hubiese quedado, me hubiese vuelto loco sabiendo que la tenía en esta misma ciudad y no podía tocarla. Me aseguré que había vuelto con su marido... —Tan solo con recordar aquella mañana que la besó con rabia fuera de su casa, su vista se nubló—. No, no tienes ni la menor idea de lo que causaste.

—Era tu futuro, Camilo. Era lo que habías querido siempre y en ese momento intenté de alguna forma hacerte ver que ella no merecía tanto sacrificio.

—Y no lograste nada... Ella está conmigo, le duela a quien le duela. Es mi mujer. —Ocupó su índice derecho para golpearse el pecho.

—Logré que hoy estés con ella y que también tengas el título que querías.

Se mantuvieron la mirada. Allí se concentraban los reproches, las justificaciones y las culpas. Unos segundos le bastaron a Camilo para detener la tortura que habían iniciado.

—Ven acá. —La abrazó con fuerzas y Sofía le lloró el perdón en su hombro.

—No pensé en todo lo que podía causar. Quería tu bien. —Continuó diciendo entre hipidos.

—Shh... Ya pasó. Ya pasó.

Ambos entendían que había consecuencias irrevocables, y era por ello que los actos debían ser meditados con calma, bajo ningún tipo de emoción que alterara el razonamiento. Ni la alegría profunda, ni la tristeza más aguda. Todo acto debía contar con el respaldo de prever las consecuencias para no lamentarse.

Sofía, en su momento no pensó completamente en la felicidad de su hermano.

Y Camilo y Carolina no pensaron en cuánto se dañaban al ocultarse información, al no visualizar juntos el futuro, sin necesidad de postergarse por el otro.

« EPÍLOGO »

Cuatro meses después.

Carolina esa mañana se levantó temprano a pesar de haberse acostado muy tarde por el matrimonio de Antonia y Joaquín.

Fue una ceremonia muy linda e íntima. Álvaro, por razones obvias, no pudo acompañar a su hija; aún le quedaban unos cuantos años privado de libertad. Sin embargo, eso no empañó la felicidad de Antonia.

Tanto amor, hizo que se replanteara algunas cosas.

Mientras Camilo dormía en la habitación de la cabaña, ella salió para ver el amanecer y aclarar algunas ideas; encontrar las palabras adecuadas que le permitieran exponer lo que hacía un tiempo tenía ganas de decir.

Así la encontró Camilo luego de una hora. Mirando lo que los rodeaba, con el sol alumbrándola de pies a cabeza y una taza de café entre sus manos.

Se acercó despacio y se detuvo a unos pocos pasos, muy cerca del umbral de la puerta que conducía a la terraza. Le gustaba mirarla abstraída. Le gustaba imaginar que en sus pensamientos, había recuerdos de ellos juntos. Riendo, hablando, bailando o cocinando, pero juntos.

Camilo no se equivocaba. En ese preciso momento estaba pensando en ellos. En realidad Carolina pensaba en su vida futura, en lo que se vendría. Aunque tenía un poco de miedo, se daba la oportunidad de pensar en la plenitud que sentía en ese preciso instante.

Y se dijo: *«Aquí es donde quiero estar. Para siempre»*. No hablaba del lugar, sino que hablaba de la sensación de hogar que le brindaba Camilo en su vida.

Era cierto, lo amaba profundamente y no tenía dudas de lo que sentía él, ni tampoco titubeaba en lo que concernía a sus sentimientos. Pero

una cosa era amar en presente y otra cosa era pensar que el futuro seguiría siendo tan mágico como lo que estaba viviendo en aquel momento. Y se vendrían quizás tiempos difíciles...

Bebió otro sorbo de su café, tomó aire y lo dijo:

—Me gustaría que nos casáramos. Ya sé, no necesitamos papeles de por medio para afianzar lo que nos prometemos día a día, pero quiero hacerlo. —Se giró y encontró a Camilo apoyado en el umbral de la puerta. Vestía solo un jeans gastado a medio abrochar y estaba descalzo.

Lo que la sorprendió no fue verlo allí, ya que había sentido cómo la observaba. Lo que la terminó asombrando más que el hecho de haber sido ella quien pidiera dar un paso más, fue que Camilo sostenía entre sus manos un cartel con la siguiente inscripción hecha a mano:

*«No sé si sea el momento,
pero ¿te casarías conmigo?
Puede ser hoy, en un año o diez...
Cuando quieras, pero conmigo»*

—Supongo que ese es un sí —señaló Carolina y Camilo sonrió tímido. Se revolvió el pelo y dejando en la mesa de la terraza el cartel, se acercó a Carolina, quien aún no salía de su emoción.

—No sabía cómo abordar el tema. Hace un tiempo me dijiste que querías vivir el día a día y que no pensara en futuro porque éste era incierto. Y bueno, después de ver cómo esos dos locos se daban el «Sí» en el altar, me pregunté si quizás tú podrías reconsiderar la idea...

Carolina lo miraba con dulzura, un poco divertida por la forma en la que él justificaba su petición. Camilo estaba nervioso y ni siquiera sabía muy bien por qué, ella misma había dicho las palabras que había esperado escuchar. Y no la había obligado. Ella solita lo había expresado sin siquiera ver el cartel que ideó durante la noche mientras ella dormía.

—Camilo... —susurró Carolina a la vez que dejaba sobre una pequeña mesa su taza de café.

¿Se había arrepentido? Cuando ella hacía una pausa luego de decir su nombre, era porque lo que vendría era un aterrizaje forzado. Siempre que él volaba muy alto planeando un futuro, ella con solo decir su nombre y un par de palabras, lo bajaba de su nube para hacerle ver la realidad.

Esperó paciente, miró sus ojos para intentar descubrir algún gesto que le indicara que todo iba a estar bien.

Poco a poco, las comisuras de los labios de Carolina se elevaron en una sonrisa, sonrisa que lo iluminó y pudo respirar aliviado. Era un sí... un rotundo sí.

Camilo llevó las manos hasta el rostro de su mujer. Con una leve presión, la inmovilizó para besarla una y otra vez.

—Te amo. Te amo, Carolina.

Y la abrazó. Lo hizo tan fuerte que ella debió pedirle que se detuviera.

—Oh, perdón... —La soltó, pero no por completo, porque quiso enlazar sus manos a las de ella.

Una suave brisa removi6 el cabello de Carolina y cuando Camilo cerró los ojos, ella supo que su amor y futuro esposo, estaba disfrutando de aquel olor a rosas.

—Hay algo más... —informó Carolina luego de unos minutos en profundo silencio.

—¿Quieres algo especial para la boda? —Ella negó con la cabeza, pero luego se retractó.

—Quizás sí... ¿Podría ser dentro de... —Soltó una de las manos que Camilo tenía atrapadas, contó con los dedos y dijo—: ...siete meses?

—¿Quieres hacerlo para tu cumpleaños? Sería una buena forma de celebrar y...

—Camilo... —lo interrumpió y él se volvió a poner nervioso—. No es por mi cumpleaños... es porque dentro de siete meses llega una personita que en un futuro podrá decirnos papá y mamá.

Camilo pestañeó un par de veces. Se quedó mudo y la miró como si fuera lo más irreal que hubiese visto nunca.

Llevó sus manos hasta las caderas de Carolina. Ella vestía una ligera camisa de seda que se le pegaba al cuerpo. Y ahora que se fijaba, sus caderas se habían ensanchado y su panza había aumentado de tamaño. ¿O eran ideas suyas? ¡Oh, Dios! ¿Había sido muy brusco la noche anterior cuando...?

Las manos le temblaban mientras palpaban el vientre de Carolina. Ella lo miraba asombrada y dejando que disfrutara de ese momento mágico.

Ricardo y el ginecólogo le habían asegurado que todo marchaba bien. Se había enterado hacía un mes y medio pero con los preparativos de la boda de Antonia, prefirió que todo se enfocara en eso.

Le costó un mundo contener la noticia, pero había sido una decisión acertada. Se había cuidado muy bien y el embarazo marchaba perfecto. Tan perfecto como aquel momento íntimo que Camilo estaba viviendo aferrándose con delicadeza a su abdomen.

Lo vio arrodillarse emocionado. Se acercó aún más con sus rodillas y la abrazó, dejando su mejilla pegada a la barriga inexistente que Carolina llevaba.

—No puedes imaginar lo feliz que me has hecho esta mañana —dijo Camilo, aún conmovido. Si bien hacía mucho había asumido que los hijos no serían un tema entre ellos, la noticia le alegraba en lo más profundo.

Carolina le revolvió el pelo y se inclinó para tomarle con ambas manos su rostro.

—Ni tú puedes dimensionar cuán feliz me hace tener esta nueva vida, contigo.

Lo besó una, dos, tres veces y él le aseguró sobre sus labios:

—Para darte mi vida, mi amor. No lo olvides que yo vine para darte mi vida.

Camilo se incorporó y sin importar que no hubiese música, la hizo girar al compás de alguna canción que resonaba en su mente.

El sol siguió entibiando el paisaje, mientras que Camilo y Carolina se miraban complacidos.

Allí estaban los dos, disfrutando de saber que el porvenir traía consigo una promesa. Porque ellos, a pesar de las cicatrices del pasado, merecían un futuro. Y ese futuro venía de la mano de una niña, que llevaría el nombre de Leonor.

Fin

OceanofPDF.com

*“Ella sólo quiere a alguien que sueñe con
encontrarla un día,
que le haga sentir que el otoño es primavera y
olvidar que alguna vez estuvo triste.
Alguien que le enseñe a mirar el mundo como si
fuera de ella,
que pronuncie su nombre suavemente,
que cuando no la entienda, le bese la frente,
que platique con ella cuando habla dormida.
Alguien con quien compartir el café y
¿por qué no? La vida.”*

Anónimo.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

A ella, que ha entregado toda su vida a mí.

A él, porque daría su vida por mí. Gracias por ser, además, mi Camilo.

A MACR y a JdPCA por permitirme conocer a Carolina.

A KiaBen y Patricia, sin ustedes no conseguiría el equilibrio. Las quiero.

A María, por esos “lo lograremos”, “yo te acompaño” y “a ver si tenemos suerte”. Por involucrarte en cada uno de mis pasos.

A Claudia González, por guiarme de tantas formas. Jamás podré terminar de agradecerte por tomar mi mano y no soltarla.

A Mariana Sciacca y Lorena Giménez, infinitas gracias por ya saben qué.

A ti, que confiaste en mí una vez más.

A ti, que me diste la oportunidad por primera vez.

A ti, que me has acompañado desde siempre.

A ti, que me acompañarás en el futuro.

Muchas gracias, y hasta la próxima si Dios así lo permite.

Valeria.

CARTA A CAMILO Y CAROLINA

Ya se me ha hecho costumbre escribirles a mis personajes cuando finalizo su historia, y esta es una de ellas.

Queridos:

Camilo, creo que de ti me enamoré desde el primer día que apareciste en mi mente y a medida que te fui conociendo, me fui enredando en tu ternura y me dejé secuestrar por esa dulce persona que eres. No pude resistirme, me enamoré y fue a primera vista.

Espero tener algún día un hijo como tú o que mi hija elija a un hombre así para que camine a su lado. Tan cariñoso, atento y enamorado. Tan sincero, impulsivo y un poco ingenuo también.

Muchas gracias, porque me hiciste suspirar en cada página y me quitaste el aliento con tu forma de amar.

¿Se nota que sigo en una nube gracias a ti?

Carolina, qué mujer que eres. Te agradezco me contaras tu historia y me permitieras ver de cerquita cómo fuiste levantándote a pesar de las dificultades y cómo dejaste partir lo que te mantenía viva para que él fuera feliz, aunque no lo lograra del todo. ¿Aún no comprendías que su vida eras tú? Pero bueno, creo que lo entendiste... Si él estaba contigo era para darte su vida y todo lo que ello conlleva.

A pesar de los impedimentos, y todo lo que mirabas como barreras, éstas se derribaron y pudiste darte cuenta que no había que temerle tanto a la palabra futuro. Espero que Leonor, que fue la promesa que les regaló la vida, esté dando brincos en tu barriga mientras Camilo cada mañana te lleva el café y besa esa panza que crece más y más.

Un beso enorme y se quedan en mi corazón.

Valeria.

BIOGRAFÍA

Valeria Cáceres B., nacida en Linares, Chile, inició su camino en la escritura a sus 23 años, autopublicando en el 2014 su primera novela romántica correspondiente a la Trilogía Quiero, siendo Best Seller tanto en España como en América y manteniéndose hasta el día de hoy entre los primeros 100 puestos.

Con una corta pero destacada trayectoria, Valeria publicará bajo el sello Romántica de Ediciones Coral la novela titulada "Adiós, John" en diciembre de 2015.

Obras de la autora:

- Sí, te quiero (2014)
- Volver a ti. Sí, quiero (2014)
- Y a pesar de todo... Te sigo queriendo (2015)

Grupo de facebook: “El mundo de Valeria”

Facebook: “Valeria Cáceres B”

Blog: valeriacaceresb.blogspot.com

